

FRANCISCO BRAVO

JOSE ANTONIO

EL HOMBRE, EL JEFE,
EL CAMARADA



SALUDO A
FRANCISCO
ARRIBA ESPAÑA



EDICIONES ESPAÑOLAS, S. A. - MADRID

JOSÉ ANTONIO. EL HOMBRE, EL JEFE, EL CAMARADA - FRANCISCO BRAVO

Copyright, 1940. Ediciones Españolas, S. A,
DIANA.-Artes Grráficas.-Larra 6, Madrid

FRANCISCO BRAVO

JOSÉ ANTONIO

EL HOMBRE, EI JEFE, EL C AMARADA

SEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES ESPAÑOLAS

¡¡¡SALUDO A FRANCO!!!

¡ARRIBA ESPAÑA!

Digitalizado por Triplecruz

ÍNDICE

AL LECTOR	5
PRIMERA PARTE	6
José Antonio y la Dictadura.....	6
José Antonio, candidato	9
Evolución de José Antonio hacia el fascismo	11
El espíritu "agónico" de José Antonio	12
El mitin de la Comedia.....	13
José Antonio, en acción.....	19
El decoro de "F. E."	21
José Antonio era un intelectual.....	22
Alma cálida y generosa	23
Una ambición de calidad.....	24
La "desconfianza, casi enfermiza"	26
Tres horas con José Antonio	27
Días de verano en San Sebastián.....	30
Los sucesos de octubre de 1934.....	32
La expulsión de Ledesma Ramos	33
José Antonio y Unamuno.....	34
El primer aniversario de Matías Montero.....	38
José Antonio y el terrorismo	38
Un instante decisivo	40
Frente a la dulce Francia enemiga	41
"El humanismo del fascismo"	42
"Era él; se veía que era él"	43
Sobre la nostalgia	44
Mi última noche a su lado	45
Cuatro cartas a una mujer.....	49
Cómo nos llegó la noticia de su muerte gloriosa	51
Sobre un "falso fascismo conservador"	53
La famosa entrevista con un periodista inglés en la cárcel de Alicante	54
"La justicia popular"	56
SEGUNDA PARTE. RECUERDOS DE UN "CAMISA VIEJA"	58
José Antonio Primo de Rivera y su destino	59
Origen de la "camisa azul"	61
De cuando la Falange, altiva y sola, decidió ir a la insurrección	63
Con José Antonio, sobre César	66
La revolución, ocasión de un César	68

Historia de la canción de guerra y de amor de la Falange.....	69
Uno de los días en que pudo ser asesinado José Antonio	73
El primer Consejo Nacional y los Estatutos que aprobó	74
José Antonio y el 10 de agosto	76
José Antonio, en los toros	78
El famoso "Boletín de los días de persecución" de la vieja Falange	79
José Antonio en el 18 de julio	85
TERCERA PARTE	87
MI CORRESPONDENCIA CON JOSÉ ANTONIO.....	87
Salamanca, 5 de marzo de 1934.....	88
Madrid, 20 de marzo de 1934	88
Madrid, 24 de mayo de 1934	89
Salamanca, 12 de octubre de 1934.....	89
Madrid, 24 de octubre de 1934	90
Salamanca, 26 de octubre de 1934	91
Madrid, 3 de noviembre de 1934.....	92
Madrid, 1 de diciembre de 1934	92
Salamanca, 18 de enero de 1935.....	92
Madrid, 4 de febrero de 1935. Francisco Bravo. Salamanca.....	93
Madrid, 9 de febrero de 1935.....	94
Madrid, 15 de febrero de 1935.....	94
Salamanca, 11 de marzo	94
Madrid, 13 de marzo de 1935	95
Madrid, 16 de abril de 1935	96
Madrid, 28 de marzo de 1935	96
22 de mayo 1935	97
Salamanca, 18 de febrero de 1936.....	98
Madrid, 21 de febrero de 1936.....	99
Circular a todas las Jefaturas territoriales, provinciales y de las J. O. N. S.....	100
18 de mayo 1936	101
Prisión provincial de Alicante, 18 de junio de 1936	101
El último manifiesto de José Antonio.....	102

AL LECTOR

ESTE libro sobre José Antonio no es el que él y su obra merecen. Se trata más bien de un reportaje que de un estudio biográfico o un ensayo sobre su doctrina y su obra. Sírvale de disculpa a su endeblez intelectual la admiración por aquel César joven inmolado en lo mejor de su vida, la lealtad a sus consignas y el deseo de aportar algunos materiales que acaso puedan servir a los que con más autoridad estudien la influencia decisiva que José Antonio ejerció en la historia de nuestra España en estos tiempos de tempestad y de crisis.

Las cuartillas que siguen fueron escritas en períodos distintos. Fácil será comprobarlo al lector. Mas se ha procurado darles la unidad orgánica precisa para encuadrar la figura del jefe nacional de la Falange en el período turbulento y heroico que acabamos de vivir. Mucho ha de satisfacer la curiosidad de quien se sienta atraído por José Antonio el leer también nuestra "Historia de la Falange Española de las J. O. N. S.", en la que hemos recogido una serie de documentos acreditativos de la pasión dialéctica, la clarividencia genial y las dotes políticas del que fué nuestro amigo, jefe y camarada.

José Antonio dio a España su vida entera. Murió a su servicio, ganando la inmortalidad y la gloria. Que este libro modesto—y más, en relación con su figura—sea como un tributo postrero de camaradería. Si logramos reavivar en quien nos lea el entusiasmo y la admiración, se habrá logrado nuestro fin. Cuando España prosigue sus jornadas más trascendentales, que el mito que es ya José Antonio, sobre todo para su "vieja guardia", logre asentarse definitivamente en el corazón y en la mente de los españoles todos.

¡Arriba España!

PRIMERA PARTE

"Pero no me presento a la elección por vanidad ni por gusto de la política, que cada instante me atrae menos. Porque no me atraía pasé los seis años de la Dictadura sin asomarme a un Ministerio ni actuar en público de ninguna manera. Bien sabe Dios que mi vocación está entre mis libros, y que el apartarme de ellos para lanzarme momentáneamente al vértigo punzante de la política me cuesta verdadero dolor." Esto decía José Antonio en el manifiesto que lanzó a los electores de Madrid la primera vez que se presentó candidato—"para defender la sagrada memoria de mi padre"—, a mediados del año 1931, y quiere el autor que sirva de principio a este libro, escrito en torno a su figura, a sus luchas y a su obra.

Y esa pesadumbre le siguió durante todo el tiempo de su batallar. José Antonio, al que algunos de sus adversarios llamaban, para denigrarle, ensayista, de vivir en otra época, no se hubiera asomado jamás a la política, pues su alma egregia asentía a la definición orteguiana según la cual tal dedicación es un "menester subalterno". Y si se mantuvo en la brecha, una vez situado en combatiente, fué por su amor a España y a la Falange, y porque esta, en sus tiempos Sí almenes, encarnaba, más que una tendencia, ¿una aspiración mística a la que había que servir más como soldado que como partidario. Si la Falange no hubiera sido, por la aspereza de su circunstancia, una tarea misional y combativa, en la que se arriesgaba incluso la vida a sabiendas de que ningún logro podría proporcionar, José Antonio jamás hubiera abandonado su gabinete, su comercio con los hombres más discretos del país, sus viajes y su bufete de abogado. El hijo del Dictador de España, del hombre omnipotente que en sus manos pudo tener, y acaso tuvo, la suerte de su país no sentía aficiones políticas. Su afirmación hay que creerla sincera. Cuando la formuló, José Antonio no había sentido sobre la conciencia la imperiosa obligación de aparecer como hombre público. Le molestaba incluso que las gentes únicamente vieran en él al hijo del Dictador. Y si venció tal antipatía fué por piedad filial, por veneración a la figura de su padre, tan rudamente combatido después de la terminación de su poder. Los que le conocíamos bien nos explicamos perfectamente su manera de reaccionar, como hijo y como hombre, ante aquella campaña iracunda, que no se detuvo ante ningún límite y que fué como el comienzo bochornoso de estos años de tempestad sobre España. Quien esto escribe ni aun a estas alturas puede aceptar la sobreestimación que de la Dictadura hicieron sus incondicionales, los que, en su ceguera burguesa, no comprendieron que su fracaso como intento revolucionario era la garantía más segura de tremendas crisis ulteriores. Pero ante José Antonio y su puntilloso cuidado por la memoria de su padre—vigilante siempre—no había más remedio que adoptar una postura de plena simpatía. Hacia el hijo del Dictador, por reaccionar gallardamente contra toda una España enemiga, que históricamente tenía razón; hacia el hombre, por lealtad a la memoria de quien siempre creyó que había procedido bien; respecto a las consecuencias, porque sin esta causa filial y de pasión justiciera nunca hubiera encontrado el Movimiento falangista un Jefe tan limpio, tan noble, tan egregio de condición y de mente.

José Antonio y la Dictadura

Y, sin embargo, José Antonio no tuvo con la Dictadura otra relación que la que le unía sagradamente con la persona del Dictador. "Yo no fui nunca de la Unión Patriótica", replicó un día en el Congreso a un zafio interruptor incapaz de comprender las razones sentimentales que le movían a defender la memoria de su padre, reconociendo, no obstante, su fracaso. E incluso vino a situarse en contra de ella por el hecho de ser, cuando estudiante, uno de los creadores de la Federación Universitaria Española, de la famosa F. U. E., que manos audaces habrían de emplear más tarde en la lucha contra la Dictadura y el régimen que de ella se sirvió durante un septenio.

"Yo fui de la F. U. E.—oímos decir a José Antonio alguna vez, cuando se hablaba de sus antecedentes políticos—. Estuve, como representante de mis compañeros de Derecho de la Universidad de Madrid, en el Congreso de Zaragoza. No fui de la Dictadura por muchos motivos, y sobre todo porque no estaba conforme con ella."

El 10 de febrero de 1935 le presenté a don Miguel de Unamuno en el recogido despacho del rector de Salamanca, todo erizado de libros, de estanterías repletas de volúmenes, sobre alguno de los cuales campeaba el frío humorismo de una pajarita de papel. Esa entrevista la contaré más adelante. Por ahora, basta anticipar que en ella, José Antonio, ante el acusador de su padre—acusador en ocasiones injusto, por arrebatarse al paroxismo su carácter y su egolatría—, ganado en admiración por don Miguel, estableció bien claro esto: como hijo, se honraba en serlo del Dictador; como Jefe de la Falange, situaba a ésta alejada de toda concomitancia con el ensayo de su padre. Y recuerdo que don Miguel, satisfecho en el fondo de aquella visita, acertó con una frase a deslindar posiciones :

"Lo del padre de usted es ya Historia. Lo de ustedes, porvenir. Ya veremos lo que hacen, que desde luego yo supongo será distinto de aquello."

Después de la muerte de su padre, José Antonio, en unión de sus hermanos, se dedica a reivindicar su memoria. Realiza algún acto que da que hablar a las gentes, que, no conociéndole, comienzan a juzgarle mal. Se había difundido la leyenda de que era un asiduo concurrente a los cabarets, un señorito "echado p'a-lante", más bien de corte andaluz que madrileño. Pocos sabían que era abogado desde 1923, que trabajaba profesionalmente con acierto—lo elogiaban Sánchez Román, Ossorio y otros jerifaltes de la juridicidad—, y que si alguna vez visitó los "centros de diversión", nada tenía del señorito mujeriego y bronquista. En el fondo, era la envidia la que propalaba todas las especies calumniosas, contra las que siempre reaccionó altivamente, desenfadadamente.

Durante la etapa del Gobierno Berenguer, al iniciarse las campañas de propaganda partidista, José Antonio, por la misma mecánica de las cosas, se encontró enrolado en un grupo de propagandistas monárquicos de la Dictadura. Con Calvo Sotelo y algunos más, se empeñó en divulgar públicamente los méritos de "los siete años indignos", como habrían de ser llamados después. El intento era, sencillamente, heroico. La presencia de aquel grupo suscitaba motines en todas partes. José Antonio era, naturalmente, el que concitaba más odios. Su bravura ante el riesgo le iba creando esa aureola de temerón que poco después, y ante los más crudos peligros anejos al puesto de la máxima responsabilidad en la Falange, quedaría exenta de todo matiz ingrato. En 1935, los que le odiaban, envenenados por una propaganda sectaria falseada, era de bien distinta manera de Ta de aquellas que le recibían a ladrillazos cuando sus viajes de propaganda unos meses antes de ser instaurada la segunda República.

Pero servirá mejor a la curiosidad del lector el que reproduzcamos aquí un prólogo que José Antonio puso al libro editado bajo el título "La Dictadura de Primo de Rivera, juzgada en el extranjero", del marqués de la Vega de Ansó. Tiene este documento interesante la fecha del 8 de diciembre de 1931, y dice:

"En rigor, dentro de cada clase social hay masa y minoría auténticas. Como veremos, es característico del tiempo el predominio, aun en los grupos cuya tradición era selectiva, de la masa y el vulgo. Así, en la vida intelectual, que por su misma esencia requiere y supone la calificación, se advierte el progresivo triunfo de los seudointelectuales incalificados, incalificables y descalificados por su propia contextura."

Si el general Primo de Rivera hubiera escrito en alguna de sus notas palabras de dureza semejante a la de las transcritas, ¿qué hubieran dicho de él los intelectuales? Porque el latigazo no puede ser más seco: no es que entre los intelectuales se mezcle algún que otro elemento inferior, es que en la clase intelectual "se advierte el progresivo triunfo, el predominio", de los incalificados y descalificados. ¿Qué se hubiera dicho del general Primo de Rivera si llega a escribir tales palabras? Pero las palabras no son suyas; son, y no ocultan el estilo, de alguien que debe conocer a los intelectuales: de Ortega y Gasset. ("La rebelión de las masas". Madrid. "Revista de Occidente", 1929, página 16.)

Las traigo aquí porque lo que dañó quizá en mayor medida a la Dictadura fué su divorcio con las personas de oficio intelectual. Alguna vez, cuando se escriba despacio y por quien pueda la historia de los años dictatoriales, habrán de analizarse los motivos de aquel divorcio. Entonces se verán frente a frente dos opiniones distintas. Una, la de los escritores que en nuestro tiempo fueron adversarios del Dictador. Para ellos, la cosa es clara: el Dictador no pudo congeniar con los

intelectuales porque era un hombre inculto, iletrado, incapaz de entender pensamientos de cierta jerarquía; toda la culpa del divorcio entre el Dictador y los intelectuales estuvo de parte del primero. Pero semejante opinión, que los hombres de pluma sentencian con su característica petulancia, ¿ será la llamada a prevalecer? ¿O se abrirá camino frente a ella la opinión contraria? Porque no faltará entre los historiadores futuros quien considere al general Primo de Rivera como un magnífico, como un extraordinario ejemplar humano, al que una clase intelectual en la que se advertía por momentos "el predominio de la masa, el progresivo triunfo de los seudointelectuales incalificados, incalificables y descalificados", fué incapaz de entender.

Si lo hubiera entendido... La aparición del general Primo de Rivera vino a ser, en el ambiente tonto y raquítico del antiguo régimen, como una afirmación de salud. Claro que el Dictador rompió con las normas existentes; por eso es natural que le odiaran los políticos, acogidos a aquel sistema de normas como se acogen los paráliticos a un establecimiento de caridad. Pero ¡los intelectuales! Verdaderamente, fué curiosa su torpeza: los intelectuales venían clamando durante lustros por la ruptura de la costra política que invalidaba a España, y he aquí por dónde, al hallarse frente al hecho del golpe de Estado, no reaccionaron en forma intelectual, profunda, adivinadora de las posibilidades revolucionarias que el golpe envolvía, sino que prestaron oídos a los pequeños recelos, a las pequeñas aversiones supervivientes en la parte vulgar de su espíritu, bajo la capa intelectual sobrepuesta. Por ejemplo, el autor del golpe de Estado era militar, y reconocer a un militar dotes de conductor de pueblos mortificaba a los paisanos. Uso a propósito la palabra más mediocre, porque, en realidad, la antipatía contra los militares tiene una gestación cursi, de pequeña guarnición provinciana, donde acaso el estudiante de Derecho empezó a sentirse antimilitarista cuando envidió los éxitos del teniente vestido de uniforme entre las muchachas concurrentes a las cachupinadas.

He pensado a menudo que los intelectuales, entre nosotros, acaso por la falta de vida universitaria, acaso por la falta de apacibles lugares de cultura, no se forman verdaderamente como intelectuales. Es decir, no tienen carácter impreso. Si lo tuvieran, adquirirían una cierta manera de vibrar no sólo ante los temas profesionales, sino ante cualquier estímulo exterior. Por ejemplo, un militar veterano no es sólo militar cuando manda tropas; lo es en todo: en sus actos conscientes y en sus actos automáticos, en el modo de sentarse y en el de llamar al sereno. A los magistrados suele pasarles igual. En cambio, a los intelectuales (descarto, no hay que decirlo, a los sobresalientes) no les acontece lo mismo; quedan en ellos como dos hombres: el intelectual, apto para un determinado grupo de ejercicios, y el hombre vulgar, completamente vulgar, ni impregnado ni teñido siquiera por la cultura; el hombre que se impacienta, se envanece y se pone de mal humor como el más adocenado concurrente a la tertulia de su café. ¿ Quién no recuerda, no ya el desencanto, sino la incredulidad que experimentó al encontrarse con que el fino escritor a quien admiraba sin conocerlo era ese señor de gustos vulgares, falto de trato social, achaparrado en la conversación, que sin pudor se desató en plebeyo torrente de interjecciones porque el camarero tardaba en saciar su glotonería con unas raciones de percebes? ¿Y quién que tenga el espíritu un poco disciplinado no ha llegado a sentir asco y cólera al ver el deliberado desorden, la inelegante mala fe con que suele discutirse en las reuniones de muchos profesionales de la inteligencia?

Por eso, por no estar formados hasta la raíz, sino barnizados de informaciones pegadizas, los intelectuales españoles, cogidos por sorpresa, no vibraron ante el advenimiento de la Dictadura en tono intelectual. El cuadrado de sus actividades ordinarias no preveía la irrupción del acontecimiento. Y fuera de lo previsto en el cuadrado, los intelectuales sólo podían reaccionar como hombres corrientes, con los malos humores y las antipatías de sus tertulias. Así lo hicieron. Dejaron solo al Dictador. Abrieron en torno suyo como un gran desierto. Quien osaba pisarlo renunciaba a toda esperanza de consideración entre los dispensadores de las jerarquías intelectuales. Y se dio el espectáculo asombroso de que el Dictador, solo, sin otros instrumentos que su optimismo, su ingenuidad, su valor, su maravillosa rapidez de inteligencia, su flexibilidad, su cordialidad, su triunfante riqueza de auténticas condiciones humanas; de que el Dictador, solo, falto de intermediarios, cercado de silencios hostiles, en comunicación inexperta y directa con el pueblo, levantara y sostuviera por lo menos durante cuatro años la más robusta suma de esperanzas que acaso nuestro pueblo recuerda.

¡ Si los intelectuales hubieran entendido a aquel hombre!... Quizá no vuelva a pasar España por coyuntura más favorable. Los intelectuales pudieron allegar todo lo que saben y todo lo que piensan. A buen seguro, los hubiera entendido el Dictador, cuyo talento natural era una verdadera generosidad de la Providencia. Los intelectuales hubieran podido organizar aquel magnífico alumbramiento de entusiasmos alrededor de lo que faltó a la Dictadura: una gran idea central, una doctrina elegante y fuerte. Y, en cambio, se hubieran encontrado con lo que en mucho tiempo tal vez no vuelvan a tener: con un prodigioso hombre, en el auténtico sentido humano, nacido en nuestro tiempo con la misma exuberancia de espíritu, con la misma alegría generosa, con la misma salud y el mismo valor y la misma sugestión sobre las multitudes que un gran capitán del Renacimiento.

¡Qué le vamos a hacer ya! Dejaron pasar el instante. No percibieron su decisiva profundidad. Empezaron a hacer remilgos por si la Dictadura menospreciaba tales o cuales pequeñeces rituarías. Y desdeñaron al hombre para compartir, más o menos de cerca, el luto de las tertulias políticas expulsadas del mando. Mejor que el viento nuevo, imperfecto, pero vivificador, quisieron el cuartito de casinillo lugareño que era la política en España, con su camilla, su charla picaresca, su tute y sus cortinas de mal gusto, propicias a las chinches. Ya sé que los intelectuales, cuando escribían, también abominaban de esto; pero en el fondo intacto de sus espíritus no les era posible reprimir una afinidad sentimental con los políticos desahuciados; veían al Dictador como a un enemigo común. Y políticos e intelectuales aunaron sus ingenios (llamémoslos así) para esparcir ironías y editar "Murciélagos".

Tal fué, salvo excepciones, la actitud de los intelectuales españoles ante el hecho revolucionario de la Dictadura. Así lo entendieron. Tal vez están muy satisfechos de haberlo esterilizado. Pero no van a ser ellos los jueces de su propia clarividencia. Llegará un día en que se juzgue desde la altura del tiempo qué era más grande, si el Dictador o el ambiente intelectual de este rincón del mundo hacia 1923. ¿Dará la Historia la razón a los intelectuales? Por de pronto, no se les puede ocultar un mal síntoma: mientras ellos están acordes en desdeñar al general Primo de Rivera, hay muchos cerebros fuera de España para los que, mientras nuestra literatura contemporánea se cuenta en muy poco y nuestra ciencia en casi nada, el general Primo de Rivera, como figura histórica y política, representa mucho. En las siguientes páginas del presente libro hallará el lector numerosas opiniones extranjeras. Y no se olvide que, como dijo Clarín, "la distancia tiene a veces ciertas virtudes del tiempo; los países extraños suelen hacer el oficio de posteridad".

Ni aun a estas alturas el autor puede doblegarse a dar la razón política a José Antonio, que en el documento transcrito se limita a exponer un elogio exacto de las condiciones de su padre como hombre, y no de su gobierno, y a lamentar el apartamiento de los intelectuales de la esfera del Dictador. Fué en aquella ocasión quizá cuando los *clerics* auténticos supieron mostrar una sensibilidad, una conducta honesta respecto a un intento conservador que el general realizaba de buena fe, pero con el deseo de no alterar en lo más mínimo "el ambiente tonto y raquíptico del viejo régimen", la vida injusta de las masas españolas y el curso apocado de España. En esto, José Antonio cometía un error, llevado por una causa bien noble y legítima: su amor filial.

José Antonio, candidato

Para cubrir una vacante en las Constituyentes, por Madrid, capital, hubo que celebrar elecciones parciales al final del verano de 1931. Las izquierdas designaron a un viejo patriarca republicano de la Institución Libre de Enseñanza, don José Bartolomé Cossío. Las derechas, todavía ligadas en aquello que se llamó la Acción Nacional, no vieron inconveniente en que José Antonio fuera su candidato. En el país, después de la quema de los conventos—10 de mayo—, de la actitud cobarde y estúpida del Gobierno provisional, y ante el comienzo de las luchas sociales, llevadas a la máxima virulencia—huelga de la Telefónica, etc.—, se iniciaba ya, al mismo tiempo que el escepticismo respecto a la capacidad de gobierno de los hombres de la segunda República, la reacción conservadora contra el extremismo revolucionario.

Cossío triunfó sobre José Antonio por una votación alrededor del doble en cuanto al número de sufragios. Pero el hijo del Dictador—tal era, en verdad, la significación de su candidatura—tuvo por Madrid muchos miles de votos: veintinueve mil. Más que esto puede interesar el manifiesto que dirigió a los electores, y que decía así:

"POR UNA SAGRADA MEMORIA.— ¡HAY QUE OÍR A LOS ACUSADOS."

¡Los negocios, las francachelas, los atropellos de la Dictadura! El pueblo no oye hablar de otra cosa desde hace año y medio. Y es hora ya de que el pueblo, superior a la Comisión de Responsabilidades y a las propias Cortes Constituyentes, conozca la verdad y juzgue a los acusados y a los acusadores.

El presidente de aquel Gobierno, al que encarnizadamente se ataca, era mi padre. La muerte fué piadosa con él. Pero no pido que se le absuelva por misericordia ante la muerte. Pido, ¡exijo!, que se le juzgue. Y no sólo por el golpe de Estado y porque legisló sin Cortes. Para descubrir que hizo tales cosas no era menester la Comisión de Responsabilidades. Lo que el pueblo tiene que saber inexcusablemente es si ha estado durante seis años en manos de una cuadrilla de insensatos bandoleros o si ha sido gobernado por un hombre honrado, justo, patriota, valeroso, inteligente, al que otros dignos de él secundaron.

Sería una burla echar un velo sobre todas esas acusaciones y sentenciar únicamente acerca de las responsabilidades políticas. Lo deshonoroso no es sublevarse contra el Gobierno—como hizo el general Primo de Rivera en 1923—para salvar a la Patria, que se disolvía. Lo deshonoroso hubiera sido aprovecharse del Poder para ventaja propia o gobernar desatinadamente, que también es delito obstinarse en seguir gobernando cuando los desaciertos continuos son demostración de incapacidad.

Hay que juzgarlo y sentenciarlo todo. Pero he aquí lo extraordinario: la memoria del general Primo de Rivera, en las Cortes, tendrá cuatrocientos acusadores y ningún defensor. Los demás acusados podrán, al menos, designar quien les defienda; mi padre, no, porque, muerto ya, no es siquiera parte en el proceso de las responsabilidades.

Y eso es una tremenda injusticia. No puede quedar flotando sobre la memoria de un hombre el cúmulo de feroces acusaciones que ha lanzado contra el general Primo de Rivera. Hay que conminar a los acusadores para que precisen con pruebas, valerosamente, sus cargos. No es lícito acusar vagamente, en las tertulias y en la Prensa, y rehuir luego el deber de justificar las acusaciones. Y es preciso escuchar después a la defensa.

Sólo para eso (sin que por ello descuide todos los deberes, que sabré cumplir, para con Madrid y para con mis electores) quiero ir a las Cortes Constituyentes: para defender la sagrada memoria de mi padre. Sé que no tengo merecimientos para aspirar por mí mismo a la representación en Cortes por Madrid. Pero no me presento a la elección por vanidad ni por gusto de la política, que cada instante me atrae menos. Porque no me atraía pasé los seis años de la Dictadura sin asomarme a un Ministerio ni actuar en público de ninguna manera. Bien sabe Dios que mi vocación está entre mis libros, y que el apartarme de ellos para lanzarme momentáneamente al vértigo punzante de la política me cuesta verdadero dolor. Pero sería cobarde o insensible si durmiera tranquilo mientras en las Cortes, ante el pueblo, se siguen lanzando acusaciones contra la memoria sagrada de mi padre.

Quiero ir a defenderle con mis argumentos y con muchas pruebas que nadie tiene más que yo. Necesito defenderle. Aunque caiga extenuado en el cumplimiento de ese deber, no cejaré mientras no llegue al pueblo la prueba de que el general Primo de Rivera merece su gratitud. El general Primo de Rivera, pacificador de Marruecos—¿ lo han olvidado ya las madres ?—, servidor de su país en ocho campañas y en seis años de gobierno; trabajador infatigable por la Patria, que lo vio subir al Poder con todo el empuje de su madurez vigorosa y salir del Poder a los seis años rendido, viejo, herido de muerte por la enfermedad que tardó tan poco en batirlo; hombre bueno y sensible, que se fué de la vida sin el remordimiento de una crueldad y al que mató, más que el cansancio de seis años de faena, la tristeza de seis semanas de injusticias.

Ese es todo mi programa. ¿Me negará sus votos el pueblo de Madrid? Un diputado republicano o socialista más no hace falta en las Cortes, porque ni la República ni el Partido

Socialista están faltos de quien les defiendan. Pero la memoria de mi padre, sí. Y este pueblo madrileño—al que tan bien entendía, con el que tan sencilla y tan cordialmente se comunicaba mi padre—no puede dejar que se le condene sin escuchar antes su defensa. ¡Un puesto en las Cortes para defender la memoria de mi padre!"

Indudablemente, estaban justificadas todas las prevenciones de los viejos jonsistas, de cuantos acudieron a Falange procedentes de campos revolucionarios, respecto a José Antonio. Resultaba legítima y magnífica su obsesión por la defensa de la figura de su padre. Pero era casi unánime el reconocimiento del fracaso de la Dictadura. Los acontecimientos desmentían su pretendida obra. La nostalgia burguesa por sus años de paz y de prosperidad material no era apta para convencer a los españoles, que, cansados de soportar irónicamente al paternal Dictador, querían embarcar al país en peligrosas navegaciones, de las que habría de salir—creían ellos—más fuerte, más limpio y más hambriento de historia y de porvenir.

Pero José Antonio demostró poco a poco que su personalidad era más vigorosa que la de su padre. Siempre conservó románticamente el prejuicio favorable a aquel período, en el que con el máximo decoro se mantuvo en la penumbra. Pero esto no le impidió demostrar que era capaz de llegar a la plenitud cesárea para la lucha, el mando y el pensamiento, lo que comprobamos quienes junto a él hicimos las tareas del nacionalsindicalismo. Contra todos los augurios, el muchacho derechista de 1930 estaba destinado a ser un Jefe extraordinario de la revolución nacional en sus dos dimensiones fundamentales: lo social y lo patriótico. Acertamos los que, como luego se verá, hicimos lo posible por llevar a las J. O. N. S. a la fusión con Falange y para que la fuerza resultante fuera mandada por José Antonio como Jefe único y responsable.

Evolución de José Antonio hacia el fascismo

El 16 de marzo de 1930 fallecía en París el general Primo de Rivera. El 16 de marzo de 1933 José Antonio se iba a mostrar públicamente como "fascista", colaborando en la redacción de un semanario que no logró aparecer y que, no obstante, armó mucho ruido en toda España. Nos referimos a "El Fascio"—Haz Hispano—, que intentó crear un periodista conservador, mal informado sobre las ideas del fascismo, y que indudablemente fué una primicia del movimiento nacionalsindicalista, destinada a no llegar a cogüelmo por prematura.

José Antonio escribió para "El Fascio"—que por sugestión de Ledesma y Aparicio, animadores de las J. O. N. S., llevaba ya las flechas yugadas en su cabecera—un artículo del que son estos párrafos:

"Todas las aspiraciones del nuevo Estado podrían resumirse en una palabra: "unidad". La Patria es una totalidad histórica, donde todos nos fundimos, superior a cada uno de nosotros y a cada uno de nuestros grupos. En homenaje a esa unidad han de plegarse clases e individuos. Y la construcción del Estado deberá apoyarse en estos dos principios:

Primero. En cuanto a su "fin", el Estado habrá de ser instrumento puesto al servicio de aquella unidad, en la que tiene que crear. Nada que se oponga a tal entrañable, trascendente unidad debe ser recibido como bueno, sean muchos o pocos quienes lo proclamen.

Segundo. En cuanto a su "forma", el Estado no puede asentarse sobre un régimen de lucha interior, sino sobre un régimen de honda solidaridad nacional, de cooperación animosa y fraterna. La lucha de clases, la pugna enconada de partidos son incompatibles con la misión del Estado.

La edificación de una nueva política, en que ambos principios se compaginen, es la tarea que ha asignado la Historia a la generación de nuestro tiempo."

He aquí, pues, perfectamente marcada la evolución espiritual de José Antonio, en el que influían las corrientes de renovación espiritual de Occidente, sus viajes a Italia y a Alemania; pero, sobre todo, el espectáculo lamentable del ensayo de democracia y liberalismo que los hombres de la segunda República estaban perpetrando en España, con resultados catastróficos.

José Antonio era un español de su generación y de su tiempo. En el fondo, se mantuvo insurgente contra la Dictadura, que fué el último expediente de un sistema injusto para prolongar su existencia; sintió la alegría prometedora del 14 de abril—como más tarde habría implícitamente de reconocer (véase discurso del 19 de mayo de 1935 en Madrid)—, y ante la frustración del nuevo régimen, al que sus mediocres instauradores invalidaron, en vez de buscar el cobijo de nostalgias pasadistas, buscó el ambiente de lucha, la juventud prometedora de las nuevas corrientes, capaces de fundir lo nacional y lo social. Indudablemente que para las gentes de cuya situación cómoda abominaba, así como de su compañía, José Antonio tenía que ser un relapso en la misma medida que su presencia en las proximidades del campamento de los precursores fué saludada con alegre satisfacción.

Precedió a la fundación de Falange Española y al mitin de la Comedia una resonante polémica con Luca de Tena, director de "A B C", quien, fiel a su historia y a la de su casa, defendía la posibilidad de una Monarquía liberal, parlamentaria y democrática, olvidando que España no es Dinamarca precisamente.

El espíritu "agónico" de José Antonio

Pero su evolución espiritual no se produjo ni por la atracción de la moda que gravitaba sobre los jóvenes de su generación, ni por simple decisión de la inteligencia. Las ideas fueron en él madurando, paso a paso, venciendo insensiblemente la fuerza de algunos sentimientos bien enraizados en su alma, en su ambiente, y haciéndole vivir en una constante "agonía"—llevada elegantemente por fuera—, pero de tanto dramatismo como cualquier crisis de otro espíritu prócer, serio y consciente como el suyo.

Yo lo conocí a partir de la fusión de Falange con las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista. Me es familiar la ruta de su espíritu desde entonces hasta el comienzo de la guerra civil. Merecí en más de una ocasión, acaso por la enteriza independencia de mi carácter, pareja a mi concepto de la disciplina, la condescendencia de sus confidencias. He leído y releído sus artículos, sus cartas, sus discursos. Le vi en nuestros Consejos nacionales y sobre la tribuna de nuestros mítines ardientes, cercado siempre de esas circunstancias que templan y forjan a los Césares, el peligro y la adulación. Pienso por ello no equivocarme mucho si, con toda la veneración por su persona y su tarea me atrevo a estas exploraciones psicológicas, que no han de ser las últimas, pues José Antonio logró en sus contados años de lucha una personalidad de dimensión indudablemente histórica.

A José Antonio, dotado de una sensibilidad extraordinaria, que algunos confundían a veces con la indecisión, le costó una lucha durísima la evolución de sus ideas y de su vida. Primero, porque era más un poeta que un político, un intelectual mejor que un organizador. No sentía ninguna de esas tentaciones ambiciosas que seducen a los hombres elementales. Era un irónico hacia toda forma externa de poder, y viniendo de un medio donde todas las ofrendas de la vida le eran cercanas, no sentía apresuramientos por conseguir lo que el triunfo ofrece por lo común a sus perseguidores. Y después, porque sentía siempre toda la seriedad de la vida, de las normas y de los ritos, y ninguno de sus actos lo adoptó con impremeditada alegría. Sólo el sentido religioso del deber pudo empujarle a su conversión en jefe de un grupo catilinario, de patriotas exasperados, dispuestos a romper con todo antecedente y a vivir para la Falange, queriéndola como a la novia, a la familia y a la profesión.

Así, por ejemplo, ¿es posible afirmar que José Antonio dejó de ser monárquico? En todos los hombres de la vieja guardia se dio por lo común un fenómeno de superación partidista; unos venían del izquierdismo y otros de las derechas, los había procedentes del monarquismo y muchos también republicanos. Pues bien: entrados en la Falange, puestos a su tarea de militantes, en nada se distinguía a los unos de los otros. Y es que el problema de las formas políticas quedaba relegado como una cuestión sin sentido. Mas José Antonio, no obstante aquellas palabras reiteradas sobre la caída de la Monarquía, acaso no dejó nunca, por vocación familiar si se quiere, de sentir añoranza por el sistema anterior al 14 de abril.

Recuerdo que una tarde del verano de 1934, paseando en San Sebastián con él y con Aizpurúa, la conversación derivó hacia sus relaciones con quien encarnó la Monarquía. Aludimos a lo que se decía respecto a ingraticudes para con el Dictador, gastado en una empresa condenada al fracaso de antemano. No era fácil vencer la reserva de José Antonio en ésta y en otras cuestiones. Mas, desde luego, nunca asintió a los rumores aludidos. En cambio, nos dijo esto:

—Después de la caída de mi padre, el secretario del Rey dejó de felicitarme en su nombre el día de mi cumpleaños, como venía haciendo desde hacía varios años. Esto indicó que mis relaciones con don Alfonso quedaban canceladas.

Y cuando dijo esto, no había el menor dejo de amargura ni de reproche. Jamás pudo inculparsele una resolución motivada en el despecho. Aristócrata por su finura espiritual tanto como por su casta, abominó de toda arma indelicada. Nunca sintió despecho. Era en plena persecución sañuda contra la memoria de su padre y jamás cayó en la tentación de usar del archivo del general, en el que indudablemente había demandas y pruebas de adulación, suscritas por muchos de sus calumniadores.

—Sería situarme en su plano de envilecimiento moral—nos decía un día—si yo, para defender a mi padre de quienes le denigran, probase que habían mendigado su favor. Me basta con conocer a muchos de ellos y tenerles a raya con una sonrisa de conmisericordia irónica.

De todo su rompimiento con el mundo de donde venía, lo que menos le costó fué la adopción de los postulados radicales y revolucionarios del nacionalsindicalismo. Ledesma Ramos y las gentes arriscadas de las J. O. N. S. le suponían incapaz de sentir el drama de la miseria material y moral de millones de españoles, herederos de varias generaciones condenadas a la miseria, y tal argumento les substraía a su proximidad y compañerismo. Pero el mismo Ledesma tuvo que confesar en su libro polémico "¿Fascismo en España?" que José Antonio se fué radicalizando insensiblemente, hasta situarse en la línea ortodoxa de los más auténticos nacionalsindicalistas. Y era que, sabiéndose bien dotado para la lucha por la vida, entendía y sentía la justicia social como un trabajador, nunca como un "señorito".

El mitin de la Comedia

El 29 de octubre de 1933 se celebró el mitin del Teatro de la Comedia, de Madrid. Hacía ya dos meses que había caído el Gobierno Azaña. Gobernaba Martínez Barrio y se hallaba el país en pleno período electoral. Hablaron en aquel acto Valdecasas, Ruiz de Alda y José Antonio. El discurso de éste—recuérdense nuestras afirmaciones anteriores—fué publicado íntegro por la revista "Acción Española", órgano teórico de los monárquicos. "La Nación", que posteriormente mostraría desvío y hostilidad hacia el nacionalsindicalismo, publicó los textos taquigráficos de los discursos, y en un editorial elogioso dijo que era un acontecimiento parigual a los otros dos más destacados del primer tercio del siglo: la presencia de Maura en la política española y la Dictadura del general Primo de Rivera.

En aquel su primer discurso resonante José Antonio mostró fidelidad a su manera de ser, a su vocación poética y literaria, mejor que a su interés por la política. Hizo la crítica del liberalismo roussonian, del Estado liberal, del socialismo, "reacción legítima contra la esclavitud liberal", descarriada después por la interpretación materialista de la vida, su sentido de represalia y su dogma de la lucha de clases; estableció que el Movimiento que se iniciaba no era de derechas ni de izquierdas y terminó con unas expresiones líricas, ennoblecidas por la perspectiva del tiempo y por su sabor de profecía, afirmando que el nuevo intento político, en vez de programa, tendría sentido, que sería una manera de ser mejor que una manera de pensar, y exaltó la poesía que construye frente a la que destruye.

Aquel su primer discurso lo oímos juntos en el Casino de Salamanca, junto a su aparato de radio, don Miguel de Unamuno y el que esto escribe, con unos amigos. El viejo rector estaba sorprendido de aquella oratoria que, valiéndose de una retórica elegante, impropia de mitin, se acompañaba de música nueva. Francamente, le gustó. Sobre todo una frase que don Miguel

repetía mucho tiempo después, haciendo su elogio: "Creo que soy candidato; pero lo soy sin fe y sin respeto". Y la recomendación a sus oyentes de que votasen lo que les pareciera menos malo, porque de las elecciones no saldría la nueva España, sirvió a don Miguel, gruñón, desconfiado y receloso siempre respecto a los demás, para conceder beligerancia a José Antonio y a sus talentos políticos.

El 19 de noviembre siguiente José Antonio salía diputado por la provincia de Cádiz, yendo su nombre encuadrado en la lista de derechas. Seguía siendo todavía un hombre grato en dichos medios. Se le tenía en cuenta. Por cierto que en una ocasión—la última que yo hablé con él—me entretuvo con el relato de su campaña electoral y sobre todo con las noticias sobre los trabajos previos para conseguir en aquella elección que las derechas triunfases en Cádiz. Bastó, al parecer, que alguien, que sabía lo que se hacía desde un punto de vista muñidor y electorero, subvencionara a algún dirigente de la C. N. T. para que ésta acentuase su táctica inhibicionista. Un puñado de pesetas sembró las paredes de los pueblos gaditanos de recomendaciones en almazarrón para que los obreros no votasen y de esta forma José Antonio y sus colegas salieron diputados por la mayoría.

Pocos días después del mitin, José Antonio y sus compañeros fundaban Falange Española. He aquí cómo el primero definió lo que sería la nueva organización, en unos folletos divulgados por toda España y que se titulaban "Puntos iniciales":

I.—España

Falange Española cree resueltamente en España. España no es un territorio. Ni un agregado de hombres y mujeres. España es, ante todo, una unidad de destino. Una realidad histórica.

Una entidad, verdadera en sí misma, que supo cumplir—y aún tendrá que cumplir—misiones universales.

Por lo tanto, España existe:

1.º Como algo distinto a cada uno de los individuos y de las clases y de los grupos que la integran.

2.º Como algo superior a cada uno de esos individuos, clases y grupos, y aun al conjunto de todos ellos.

Luego España, que existe como realidad "distinta y superior", ha de tener sus fines propios.

Son esos fines:

1.º La permanencia en su unidad.

2.º El resurgimiento de su vitalidad interna.

3.º La participación, con voz preeminente, en las empresas espirituales del mundo.

II—Disgregaciones de España

Para cumplir esos fines España tropieza con un obstáculo; está dividida:

1º Por los separatismos locales.

2º Por las pugnas entre los partidos políticos.

3º Por la lucha de clases.

El separatismo ignora u olvida la realidad de España. Desconoce que España es, sobre todo, una gran unidad de destino.

Los separatistas se fijan en si hablan lengua propia, en si tienen características raciales propias, en si su comarca presenta clima propio o especial fisonomía topográfica.

Pero—habrá que repetirlo siempre—una nación no es una lengua, ni una raza, ni un territorio. Es una unidad de destino en lo universal. Esa unidad de destino se llamó y se llama España.

Bajo el signo de España cumplieron su destino—unidos en lo universal—los pueblos que la integran.

Nada puede justificar que esa magnífica unidad, creadora de un mundo, se rompa.

Los partidos políticos ignoran la unidad de España, porque la miran desde el punto de vista d3 un interés parcial.

Unos están a la derecha.

Otros están a la izquierda.

Situarse así ante España es ya desfigurar su verdad.

Es como mirarla con sólo el ojo izquierdo o con sólo el ojo derecho: de reojo.

Las cosas bellas y claras no se miran así, sino con los dos ojos, sinceramente: de frente.

No desde un punto de vista parcial, de partido, que ya, por serlo, deforma lo que se mira.

Sino desde un punto de vista total, de Patria, que al abarcarla en su conjunto corrige nuestros defectos de visión.

La lucha de clases ignora la unidad de la Patria, porque rompe la idea de la producción nacional como conjunto.

Los patronos se proponen, en estado de lucha, ganar más.

Los obreros también.

Y, alternativamente, se tiranizan.

En las épocas de crisis de trabajo, los patronos abusan de los obreros.

En las épocas de sobra de trabajo o cuando las organizaciones obreras son muy fuertes, los obreros abusan de los patronos.

Ni los obreros ni los patronos se dan cuenta de esta verdad: unos y otros son cooperadores en la obra conjunta de la producción nacional. No pensando en la producción nacional, sino en el interés o en la ambición de cada clase, acaban por destruirse y arruinarse patronos y obreros.

III.—Camino de remedio

Si las luchas y la decadencia nos vienen de que se ha perdido la idea permanente de España, el remedio estará en restaurar esa idea. Hay que volver a concebir a España como realidad existente por sí misma.

Superior a las diferencias entre los pueblos.

Y a las pugnas entre los partidos.

Y a la lucha de clases.

Quien no pierda de vista esa afirmación de la realidad superior de España verá claros todos los problemas políticos.

IV.—El Estado

Algunos conciben al Estado como un simple mantenedor del orden, como un espectador de la vida nacional, que sólo toma parte en ella cuando el orden se perturba, pero que no cree resueltamente en ninguna idea determinada.

Otros aspiran a adueñarse del Estado para usarlo, incluso tiránicamente, como instrumento de los intereses de su grupo o de su clase.

Falange Española no quiere ninguna de las dos cosas; ni el Estado indiferente, mero policía, ni el Estado de clase o de grupo.

Quiere un Estado creyente en la realidad y en la misión superior de España.

Un Estado que, al servicio de esa idea, asigne a cada hombre, a cada clase y a cada grupo sus tareas, sus derechos y sus sacrificios.

Un Estado de todos, es decir: que no se mueva sino por la consideración de esa idea permanente de España; nunca por sumisión al interés de una clase o de un partido.

V.—Supresión de los partidos políticos

Para que el Estado no pueda nunca ser de un partido hay que acabar con los partidos políticos.

Los partidos políticos se producen como resultado de una organización política falsa: el régimen parlamentario.

En el Parlamento, unos cuantos señores dicen representar a quienes los eligen. Pero la mayor parte de los electores no tiene nada de común con los elegidos: ni son de las mismas familias, ni de los mismos municipios, ni del mismo gremio.

Unos pedacitos de papel depositados cada dos o tres años en unas urnas son la única razón entre el pueblo y los que dicen representarle.

Para que funcione esa máquina electoral, cada dos o tres años hay que agitar la vida de los pueblos de un modo febril.

Los candidatos vociferan, se injurian, prometen cosas imposibles.

Los bandos se exaltan, se increpan, se asesinan.

Los más feroces odios son azuzados en esos días. Nacen rencores que durarán acaso para siempre y harán imposible la vida en los pueblos.

Pero a los candidatos triunfantes, ¿qué les importan los pueblos? Ellos se van a la capital a brillar, a salir en los periódicos y a gastar su tiempo en discutir cosas complicadas, que los pueblos no entienden.

¿Para qué necesitan los pueblos de esos intermediarios políticos? ¿Por qué cada hombre, para intervenir en la vida de su nación, ha de afiliarse a un partido político, o votar las candidaturas de un partido político ?

Todos nacemos en una familia.

Todos vivimos en un municipio.

Todos trabajamos en un oficio o profesión.

Pero nadie nace ni vive naturalmente en un partido político.

El partido es una cosa artificial que nos une a gentes de otros municipios y otros oficios, con los que no tenemos nada común, y nos separa de nuestros convecinos y de nuestros compañeros de trabajo, que es con quienes de veras convivimos.

Un Estado verdadero, como el que quiere Falange Española, no estará asentado sobre la falsedad de los partidos políticos, ni sobre el Parlamento que ellos engendran.

Estará asentado sobre las auténticas realidades vitales :

La familia.

El municipio.

El gremio o sindicato.

Así, el nuevo Estado habrá de reconocer la integridad de la familia como unidad social; la autonomía del municipio, como unidad territorial, y el sindicato, el gremio, la corporación, como bases auténticas de la organización total del Estado.

VI.—Superación de la lucha de clases

El nuevo Estado no se inhibirá cruelmente de la lucha por la vida que sostienen los hombres.

No dejará que cada clase se las arregle como pueda para librarse del yugo de la otra o para tiranizarla.

El nuevo Estado, por ser de todos, totalitario, considerará como fines propios los fines de cada uno de los grupos que lo integran y velará como por sí mismo por los intereses de todos.

La riqueza tiene como primer destino mejorar las condiciones de vida de los más; no sacrificar a los más para lujo y regalo de los menos.

El trabajo es el mejor título de dignidad civil. Nada puede merecer más atención al Estado que la dignidad y el bienestar de los trabajadores.

Así considerará como primera obligación suya, cueste lo que cueste, proporcionar a todo hombre trabajo que le asegure, no sólo el sustento, sino una vida digna y humana.

Eso no lo hará como limosna, sino como cumplimiento de un deber.

Por consecuencia, ni las ganancias del capital—hoy, a menudo injustas—ni las tareas del trabajo estarán determinadas por el interés o por el poder de la clase que en cada momento prevalezca, sino por el interés conjunto de la producción nacional y por el poder del Estado.

Las clases no tendrán que organizarse en pie de guerra para su propia defensa, porque podrán estar seguras de que el Estado velará sin titubeo por todos sus intereses justos.

Pero sí tendrán que organizarse en pie de paz los sindicatos y los gremios, porque los sindicatos y los gremios, hoy alejados de la vida pública por la interposición artificial del Parlamento y de los partidos políticos, pasarán a ser órganos directos del Estado.

En resumen:

La actual situación de lucha considera a las clases como divididas en dos bandos, con diferentes y opuestos intereses.

El nuevo punto de vista considera a cuantos contribuyen a la producción como interesados en una misma gran empresa común.

VII—El individuo

Falange Española considera al hombre como conjunto de un cuerpo y un alma; es decir, como capas de un destino eterno, como portador de valores eternos.

Así pues, el máximo respeto se tributa a la dignidad humana, a la integridad del hombre y a su libertad.

Pero esta libertad profunda no autoriza a socavar los fundamentos de la convivencia pública.

No puede permitirse que todo un pueblo sirva de campo de experimentación a la osadía o la extravagancia de cualquier sujeto.

Para todos, la libertad verdadera, que sólo se logra por quien forma parte de una nación fuerte y libre.

Para nadie, la libertad de perturbar, de envenenar, de azucar las pasiones, de socavar los cimientos de toda duradera organización política.

Estos fundamentos son: la autoridad, la jerarquía y el orden.

Si la integridad física del individuo es siempre sagrada, no es suficiente para darle una participación en la vida pública nacional.

La condición política del individuo sólo se justifica en cuanto cumple una función dentro de la vida nacional.

Sólo estarán exentos de tal deber los impedidos.

Pero los parásitos, los zánganos, los que aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás, no merecerán la menor consideración del Estado nuevo.

VIII.—Lo espiritual

Falange Española no puede considerar la vida como un mero juego de factores económicos. No acepta la interpretación materialista de la Historia.

Lo espiritual ha sido y es, el resorte decisivo en la vida de los hombres y de los pueblos.

Aspecto preeminente de lo espiritual es lo religioso. Ningún hombre puede dejar de formularse las eternas preguntas sobre la vida y la muerte, sobre la creación y el más allá.

A esas preguntas no se puede contestar con evasivas ; hay que contestar con la afirmación o la negación.

España contestó siempre con la afirmación católica.

La interpretación católica de la vida es, en primer lugar, la verdadera; pero es, además, históricamente, la española.

Por su sentido de catolicidad, de universalidad, ganó España al mar y a la barbarie continentes desconocidos. Los ganó para incorporar a quienes los habitaban a una empresa universal de salvación.

Así pues, toda reconstrucción de España ha de tener un sentido católico.

Esto no quiere decir que vayan a renacer las persecuciones contra quienes no lo sean. Los tiempos de las persecuciones religiosas han pasado.

Tampoco quiere decir que el Estado vaya a asumir directamente funciones religiosas que corresponden a la Iglesia.

Ni menos que vaya a tolerar intromisiones o maquinaciones de la Iglesia con daño posible para la dignidad del Estado o para la integridad nacional.

Quiere decir que el Estado nuevo se inspirará en el espíritu religioso católico tradicional en España y concordará con la Iglesia las consideraciones y el amparo que le son debidos.

IX.—La conducta

Esto es lo que quiere Falange Española.

Para conseguirlo llama a una cruzada a cuantos españoles quieran el resurgimiento de una España grande, libre, justa y genuina.

Los que lleguen a esta cruzada habrán de aprestar el espíritu para el servicio y para el sacrificio.

Habrán de considerar la vida como milicia: disciplina y peligro, abnegación y renuncia a toda vanidad, a la envidia, a la pereza y a la maledicencia.

Y al mismo tiempo servirán ese espíritu de una manera alegre y deportiva.

La violencia puede ser lícita cuando se emplea por un ideal que la justifique.

La razón, la justicia y la Patria serán defendidas por la violencia cuando por la violencia—o por la insidia—se las ataque.

Pero Falange Española nunca empleará la violencia como instrumento de opresión.

Mienten quienes anuncian—por ejemplo—a los obreros una tiranía fascista.

Todo lo que es haz, o falange, es unión, cooperación animosa y fraterna, amor.

Falange Española, encendida por un amor, segura de una fe, sabrá conquistar a España para España, con aire de milicia."

José Antonio, en acción

Ya está José Antonio frente a la política y a la realidad española, en plena acción. Arrojado por propia voluntad, por imperativo del deber, a la vorágine y a la lucha. Como figura principal de Falange Española, cuyos puntos iniciales había redactado, con aquella su pasión exigente por la forma y el decoro de la retórica.

Era aquél el instante psicológico para la organización de una fuerza fascista en España, que completase la obra de las J. O. N. S. Pero también el momento en que el marxismo, desalojado del Poder por el fracaso del primer bienio de la segunda República en España y aleccionado por la derrota de la socialdemocracia en Alemania al subir en enero de aquel año Hitler al Poder, y sobre todo, irritado por la derrota electoral de noviembre, estaba decidido a cortar en su raíz y sin escrúpulo alguno todo brote de tipo fascista. "La táctica contra Falange Española—reconoce Ledesma Ramos en "¿Fascismo en España?"—siguió dos veredas: Una, el asesinato de militantes suyos por el solo hecho de serlo. Otra, el recrudecimiento de una campaña antifascista, encaminada a conseguir llevar a la conciencia de las masas la creencia de que el fascismo significa el aplastamiento de los obreros por una tiranía de señoritos ricos, que organizan bandas armadas al servicio de los explotadores."

Falange Española tuvo que asistir al espectáculo de ver durante algunas semanas cómo caían asesinados militantes suyos, sin poder adoptar represalias por estas dos causas fundamentales: porque José Antonio —que más tarde escribiría aquello de que "la acción, cuando no está regida por el pensamiento, es pura barbarie"—sentía unos invencibles escrúpulos de conciencia a convertir a la naciente Organización en un instrumento de terrorismo irreflexivo, y también porque Falange Española, como todo grupo que nace a la lucha, no resultaba apta para lanzarse a la violencia, por múltiples razones que sólo podemos apreciar debidamente los que por fuerza hemos tenido que soportar el terrorismo y su atmósfera enrarecida.

El marxismo aprovechó la aparición del semanario "F. E." para mostrar su hostilidad a la nueva entidad. Los vendedores profesionales y los quioscos se negaron a venderlo, por orden de la Casa del Pueblo. Tuvieron que salir a la calle a ofrecerlo al público los propios militantes de Falange. Y éstos eran muchachos entusiastas e ingenuos, valerosos, pero sin entrenamiento para la acción, que salían a ofrecer sus vidas "en un acto del servicio", con un valor que incluso renunciaba a la defensa.

El 11 de enero fué muerto a tiros en la calle de Alcalá el joven Francisco Sampol, que acababa de adquirir el semanario y lo iba leyendo. El 27 de enero fué asesinado a tiros en la calle del Clavel el capataz de venta del semanario, Vicente Pérez. El 3 de febrero, en la Gran Vía, fueron heridos de bala dos estudiantes vendedores de "F. E.". El 9 de febrero caía Matías Montero, quedando truncada una de las más bellas promesas que el S. E. U. podía ofrecer a la corriente nacionalsindicalista.

Estos atentados producían en la opinión del país los siguientes efectos: En los núcleos obreros y revolucionarios difundían la idea de que en España el fascismo no sería posible; en las clases conservadoras, deseosas siempre de que alguien arrostre dificultades que a ellas les ponen

el pavor en el alma, el "franciscanismo" de Falange venía a ser como el reconocimiento de la incapacidad de José Antonio y de los demás dirigentes para el difícil empeño de patronear una organización de lucha; en los simpatizantes con Falange Española sembraban el retraimiento, que sólo vencían los jóvenes más ardientes y decididos.

En el alma noble de José Antonio, aquellas violencias desatadas contra los muchachos que le seguían fueron indudablemente incentivos irresistibles para seguir adelante en la lucha. Podía quizá creer que, antes de lanzarse a la creación de Falange Española, debían sus iniciadores haberse dedicado a una tarea de propaganda con sentido generalizador y abstracto, en espera de que fuera más oportuno el ambiente. Esto lo dice Ledesma. Indudablemente, de tal forma se habría evitado el hecho de que, por confluir en la Organización gentes de la más diversa procedencia, pero en especial derechistas que añoraban los años pacíficos de la Dictadura, no fuera posible hacer frente con eficacia—se entiende en las primeras semanas—al terrorismo callejero. Pero confesase o no esta opinión, José Antonio se sentía más unido a la ruta emprendida al comprobar cómo los primeros caídos iban atestiguando que valía la pena morir por una España mejor.

En una ocasión—semanas después de la expulsión de Ledesma y otros elementos de Falange Española de las J. O. N. S.—pasé un día entero en Madrid con José Antonio. Charlamos largas horas, después de comer juntos en el Hotel Nacional. Siempre recordaré sus confesiones sobre esta trágica responsabilidad del contra-terrorismo.

—Mussolini tiene razón cuando dice que la violencia ka de ser caballeresca, eficaz y no rebasar el límite necesario. Nosotros teníamos aquellas semanas primeras que demostrar a las gentes que no éramos una banda asalariada, propensa a eliminar a sus adversarios a tiros. Yo hablé en la Comedia de la dialéctica de los puños y de las pistolas, no pensando en las emboscadas callejeras donde cayeron nuestros mejores muchachos de la primera hora, sino en la conquista del Estado y en la defensa de la Patria. Pero cuando fueron ensangrentándose las calles de Madrid con aquellos jóvenes, niños más bien, que salían a vender "F. E." inermes y valerosos, comprendí que no tendríamos más remedio que defendernos a toda costa. Mis escrúpulos morales y religiosos fueron también tiroteados por los pistoleros, no sin una larga lucha interior, a cuyo final la fe en nuestras ideas venció a toda desilusión o desánimo.

José Antonio no era dado a la confianza. Necesitaba tener la confianza fraterna más completa en su interlocutor. No se debía esto a desconfianza, sino más bien a timidez. Llevaba el alma siempre a flor de piel, y la incomprensión chabacana de los demás le originaba verdadero disgusto. Pero cuando se sentía comprendido, llegaba a desvelar los rincones más íntimos de su espíritu, sin flojedad ni abandono, con una franqueza señorial de hombre extremadamente valeroso.

Aquel día supo hacerme ver la diferencia que, para la aceptación de la lucha violenta y terrorista, existe entre un luchador de regreso del materialismo increyente, realista, implacable, y aquel otro educado con mimo al cobijo de creencias religiosas hondamente sentidas. Sólo la barbarie de los marxistas impuso a Falange la adscripción a la ley tremenda de la represalia, conducta fortalecida después de la fusión con las J. O. N. S., donde militaban hombres más duros y revolucionarios, educados en consignas más terminantes en cuanto a la necesidad de defenderse contra el terrorismo.

Lo que más dolía a José Antonio, soliviantándole hasta la iracundia, era el "ojalaterismo" conservador. Sus finos labios se crispaban en un gesto de desprecio al aludir a aquellos que, sin dar una peseta ni tener un gesto de valor frente a los marxistas, exigían que Falange Española respondiese a la criminalidad con otra redoblada. Aquello le sacaba de quicio y contribuyó indudablemente a que se acentuara su desdén por una clase social que, habiendo perdido toda calidad heroica, sólo fiaba su salvación en el arrojo de los demás.

El decoro de "F. E."

En su mencionado libro polémico, Ledesma reprocha de esta manera destemplada el tono literario del semanario de Falange:

"Uno de los mayores errores de Falange Española en su primera época fué la publicación del semanario. Cuando sectores extensos de España esperaban que el periódico de Falange los orientase políticamente con consignas eficaces y certeras, se encontraba todo el -mundo con un semanario retórico, relamido, en el que se advertía el sumo propósito de conseguir una sintaxis académica y cierto rango intelectual."

El autor ha de reconocer que posteriormente, al editarse "Arriba", sustentó parecida opinión, influido quizás por las determinantes políticas de aquellos tiempos. Mas, por fortuna, José Antonio se mostró irreductible en esto.

—Un periódico violento puede extraviarse en la chabacanería. Nuestras publicaciones han de ser siempre decorosas, limpias, repletas de ideas expuestas con palabras decorosas y sin desprecio, a ser posible, de la retórica más exigente. Ya sé que en España la gente no está acostumbrada a esto; quisiera un panfleto desgarrado, donde se dijeran atrocidades contra nuestros enemigos. Pero mientras yo pueda no se hará esto. Ya veréis cómo tengo razón; el tiempo nos lo dirá. Si nuestros periódicos sólo fueran gritos e imprecaciones, pasada la actualidad nadie los leería. Y nosotros tenemos que pensar, escribir, hablar y obrar pensando en el mañana, porque es para entonces nuestra primavera.

Así le oí muchas veces expresarse, apoyado sobre todo por Sánchez Mazas, que ni en esto ni en nada era capaz de contradecirle. Y vale la pena reproducir aquí un artículo inserto en el número 11 de "F. E."—19 de abril de 1934—con el título "Carta a un estudiante que se queja de que "F. E." no es duro", porque, escrito por José Antonio, refleja su opinión sobre esta cuestión, en la que de su juicio certero disentíamos algunos:

"No te tuvo Dios de su mano, camarada, cuando escribiste: "Si "F. E." sigue en este tono literario e intelectual, no valdrá la pena de arriesgar la vida por venderlo."

Entonces tú, que ahora formas tu espíritu en la Universidad bajo el sueño de una España mejor, ¿por qué arriesgarías con gusto la vida? ¿Por un libelo en que se llamara a Azaña invertido y ladrones a los ex ministros socialistas?; ¿por un semanario en que quisiéramos tender las líneas del futuro con el lenguaje pobre, desmayado, inexpresivo y corto de cualquier prospecto anunciador?

Es posible que, si escribiéramos así, nos entendiera más gente desde el principio. Acaso, también, nos fuera fácil remover provechosos escándalos. Pero entonces hubiéramos vendido, por un plato de éxito fácil, nada menos que la gloria de nuestro empeño.

Si nos duele la España chata de estos días (tan propicia a esas maledicencias y a ese desgarrar que echas de menos en nuestras páginas) no se nos curará el dolor mientras no curemos a España. Si nos plegásemos al gusto zafio y triste de lo que nos rodea, seríamos iguales a los demás. Lo que queremos es justamente lo contrario: hacer, por las buenas o por las malas, una España distinta de la de ahora, una España sin la roña y la confusión y la pereza de un pasado próximo; rítmica y clara, tersa y tendida hacia el afán de lo peligroso y lo difícil.

Hacer un "Heraldo" es cosa sencilla; no hay más que recostarse en el mal gusto, encharcarse en tertulias de café y afilar desvergüenzas. Pero envuelta en "Heraldos" y cosas parecidas ha estado a punto España de recibir afrentosa sepultura.

Camarada estudiante: revuélvete contra nosotros, por el contrario, si ves que un día descuidamos el vigor de nuestro estilo. Vela por que no se oscurezca en nuestras páginas la claridad de los contornos mentales. Pero no cedas al genio de la pereza y de la ordinariez cuando te tiente a sugerirnos que le rindamos culto.

Y en cuanto a si vale la pena de morir por esto, fíjate, simplemente, en la lección de uno de los mejores: de Matías Montero, al que cada mañana tenemos que llorar. Matías Montero arriesgó su vida por vender "F. E.", y cuando, muerto, se escudriñaron los papeles que llevaba encima,

apareció un artículo suyo que engalanó estas páginas en el que no se llamaba a Azaña invertido ni ladrones a los socialistas, sino en el que se hablaba de una España clara y mejor, exactamente en nuestro mismo estilo."

Tan sólo una vez estampó un elogio José Antonio para un trabajo virulento, repleto de sarcasmos. Se trató de un artículo mío contra Unamuno, que apareció en "Arriba". El viejo rector, despechado por la resonancia que a un mitin celebrado en Salamanca había prestado su asistencia, se dedicó a combatirnos sañudamente. Yo hice un artículo duro, señalando las razones del cambio de conducta de don Miguel. Y José Antonio, que lo publicó con todos los honres en "Arriba", me escribió diciendo que le había parecido estupendo. A ello le llevo sin duda, más que el valor periodístico o polémico de mis cuartillas, la falta de razón y la iracundia de los ataques de Unamuno para con nosotros.

José Antonio era un intelectual

En definitiva, esa exigencia de José Antonio por sus escritos, por sus mismos discursos, demostrada sin "pose", sin forzar las altas calidades de su pensamiento, eran señal indudable de su vocación intelectual- El mismo—por sus aficiones, sus estudios y sus preferencias—fué un "intelectual". Se hizo hombre político porque la "España chata" le dolía en el fondo del alma y quería verla substituida por otra más limpia y mejor. Y así sucedía que los "políticos" que pudieran llamarse profesionales le consideraban como a un extraño en su ambiente. Le echaban en cara su inadaptación a las costumbres, a los usos deplorables de la política de vuelo corto, y no reparaban, en cambio, en que poseía el don creador y poético que caracteriza a los estadistas de verdad, a los tipos cesáreos que han descollado en la Historia de los pueblos, aun cuando no supieran ganar unas elecciones o hacer aprobar por sorpresa en una Cámara de representantes una ley beneficiosa para un grupo bancario y perjudicial al interés general.

"Habla muy bien; es un chico listo", oímos decir muchas veces a políticos de este o de aquel partido, refiriéndose a José Antonio. Y lo decían como si ellos estuvieran al cabo de la calle, y creyeran obligado silenciar su juicio crítico, desfavorable al jefe de la Falange en cuanto a "político", disfrazándolo con elogios para su agilidad mental. En cambio, los intelectuales, por hostilidad innata quizás a la clase social de la que procedía o respecto a su apellido, fingían desconocerlo. Sólo a través de sus luchas se le empezó a dar beligerancia por los consagrados. Los poetas y escritores jóvenes, en cambio, le consideraban un igual, participando de su teoría de "la generación" en cuanto al modo semejante de enfocar los problemas del mundo los hombres de edad aproximada y espíritu generoso, cualquiera que fuera su rótulo partidista.

José Antonio, como cualquiera de nosotros, admiraba a los hombres del 98—los admiraba de vuelta ya, es decir, después de considerar su pesimismo como malsano—y era un discípulo de Ortega. Y al llegar aquí conviene subrayar este hecho indudable: casi todos los jóvenes intelectuales que se incorporaron al nacionalsindicalismo español y a las corrientes precursoras del mismo eran orteguianos. Lo eran Ledesma, Giménez Caballero—más tarde en insurgencia contra el maestro—y tantos otros más. Y también José Antonio, que no recató jamás su admiración por el pensador de "España invertebrada", tomando de él buena parte de sugerencias en torno a lo nacional y a su interpretación intelectualista.

Poco tiempo después del mitin de Valladolid fui a ver a José Antonio con otro camarada. Charlamos, durante toda la mañana de un domingo, sobre temas divinos y humanos.

—No cabe duda que en Ortega están las raíces intelectuales de nuestra doctrina, en especial de este postulado que yo estimo fundamental, de la "unidad de destino", para situar firmemente nuestro Movimiento ante los problemas de la realidad española y del futuro Estado.

—¿Tratas tú a don José?—le pregunté satisfecho de que mi fervor por el maestro lo compartiese José Antonio.

—Tan sólo le he sido presentado. He ido a sus lecciones de Filosofía en la Central, conozco su obra entera. Acaso haya influido en nuestro apartamento su posición respecto a mi padre, en los últimos tiempos de la Dictadura. Pero sé que presta atención a lo que hacemos, aun cuando persista en su equivocación liberal, que le hace enfocar erróneamente el hecho histórico del fascismo.

Gustaba también José Antonio de Unamuno—interesándole acaso sus dudas religiosas, su cristianismo teológico y ardiente—, de Marañón, de Pérez de Aya-la, Baroja, etc. A un observador superficial y dere-ehista le hubiera escandalizado aquella preferencia por quienes tanto habían contribuido a la desviación del pensamiento español en las décadas últimas. Pero se hubieran equivocado; José Antonio amaba a los clásicos y tenía de la Cultura española una idea inteligente, satisfecho de lo que había influido en la Historia del espíritu humano. Lo que no podía hacer era desdeñar, por razones ajenas a la Cultura, a los que las gentes nombraban, mezclando la admiración con el desdén, "intelectuales".

Por otra parte, seguía atentamente la marcha del pensamiento europeo y podía dialogar con cualquier versado en literatura inglesa o francesa, en la ciencia del Derecho o en la histórica, sobre temas y autores del día. Era natural que pareciera un "ensayista" a los políticos exentos de preocupaciones espirituales, a los que nunca faltaron ocasiones para reprochar a José Antonio su calidad de intelectual innato. Algo semejante les pasaba a los doctrinarios. "Pesa en su ánimo—le reprochó Ledesma, a quien uno puede seguir sin riesgo por conocerle tanto o más que a José Antonio—una preocupación que lo acompaña constantemente y es piedra crucial de su juicio sobre la Dictadura de su padre: el afán de contar con los intelectuales, de halagarlos y apoyarse en ellos."

Mas, doctrinarios y profesionales de la política, se equivocaban en su crítica. Para José Antonio había dos postulados fundamentales que tener en cuenta al ponerse a una tarea pública: el respeto a la dignidad del hombre y el respeto a la inteligencia. Nada que fuera contra la dignidad o la inteligencia de los demás le parecía capaz de operar provechosamente sobre las muchedumbres y sobre la vida de los pueblos. De ahí que nunca pudiera ser tildado de reaccionario, y que, por el contrario, en contacto con la hosca y miserable realidad de su país, fuera haciéndose más revolucionario cuanto más caudillo catilinario, con un furor sagrado ansioso de reparar toda injusticia.

Alma cálida y generosa

Hay en la colección de "Arriba" una serie de artículos polémicos que enjuician la política española durante el segundo bienio de la segunda República. Su lectura alecciona; muestra la clarividencia de José Antonio, que enjuiciaba los sucesos—algunos tan dramáticos como los de octubre de 1934—dándoles una perspectiva histórica en la medida de lo posible, ya que muchos sólo fueron anécdotas sin importancia más allá del instante en que se producían. Pero, sobre todo, atestiguan la prez generosa de su alma cálida. Hay en ellos concesiones al examinar la figura y la obra de los hombres más dispares, desde Prieto y Azaña hasta Gil Robles, formuladas con un afán de justicia, sin que por un momento dejasen de ser flagelados por el escritor desde su plano polémico nacionalsindicalista. Mas en aquel período chabacano y turbulento, que desplazó poco a poco a los hombres serenos y limpios de la vida pública española, para dar paso a una cohorte de arrivistas sin reparo alguno en la elección de recursos para la lucha, mezclada a otra más peligrosa aún de exaltados y fanáticos, es una fortuna recordar que hubiera un jefe político, el más odiado y temido a la par, que jamás incurriera en destemplanza.

Esa generosidad hacia el adversario, esa afición a desearle ir derecho por caminos de acierto, nacían de la misma superioridad de José Antonio, intelectual, física, moral. Resultaba a la manera de un lujo vital; la condescendencia del fuerte hacia los débiles. Y era también el afán ardiente de que las cosas de España se rehicieran y marcharan por rumbos felices, aun cuando padeciera el interés peculiar de su grupo o retrasara su triunfo. José Antonio no fué capaz de

sentir, comprender ni admitir la táctica "du pire" a la que con voluptuosidad extraña se entregaban muchos españoles de aquellos días.

Mas no sólo entrañaba su propensión hacia lo generoso actitudes polémicas. Trascendía a la realidad; inspiraba sus actos. Respecto a sus colaboradores, en su mayoría más entusiastas que inteligentes, observaba la indulgencia más exenta de desdén. Cuando se apartaban de su lado jamás los zahirió iracundo. Yo hablé muchas veces con él sobre los hombres que habían comenzado a su lado la brega, a partir del mitin de la Comedia, y que habían ido quedando rezagados por tibieza, por medrosidad o por cálculo. Sonreía indulgente y desdeñoso, y sin moderar en lo más mínimo su juicio condenatorio, jamás lo expresaba con términos descorteses.

A Ledesma Ramos, después de la fusión con las J. O. N. S. y una vez aprobados los estatutos, le reservó el carnet número 1 de los fundadores. Cuando se impuso la necesidad de depurar al Movimiento, se negó terminantemente a que los elementos de Primera línea le castigasen, acaso irreparablemente, no obstante los ataques injustos y de mal gusto que en su periódico "Patria libre" dedicaba a la Organización y a su jefe. Posteriormente le recibió en la Modelo. Se interesó por sus andanzas. Y en ninguna ocasión, sin duda por ser verdad, dejó de decir de él:

—Con todos sus defectos, es muy inteligente.

Como es sabido, dos veces por lo menos atentaron contra él los marxistas y anarquistas. Jamás tomó las peripecias como otra cosa que como gajes inherentes a su jerarquía y a su misión. En los procesos seguidos contra pistoleros atacantes de los nuestros no le gustaba ejercer la acusación particular. Lo hizo contra el asesino de Jesús Hernández, por ser éste un niño de quince años, un aprendiz de falangista a quien mató un repulsivo pistolero profesional. Y teniendo de nuestra lucha contra los rojos un concepto castrense, superador de acrimonias y lamentaciones, se asoció en un discurso de Sevilla a la petición de indulto, formulada por las asociaciones extremistas, en favor de un pistolero anarquista que había formado entre los que atentaron contra dos camaradas nuestros, asesinados a traición mientras pegaban carteles de propaganda. Esa propensión generosa le suscitó a veces corrientes desfavorables incluso entre sus mismos camaradas, inaptos para sentir la lucha como un torneo en el que las maneras deben mantenerse por encima de los apasionamientos. Así, por ejemplo, una vez que en las Cortes Indalecio Prieto se opuso—por cálculo político, claro está—a que se concediera un suplicatorio para procesar a José Antonio, que se había hecho responsable de las armas halladas a un camarada que prestaba servicio de vigilancia nocturna en su hotel de Chamartín—previsión adoptada por la Organización sin su orden—, como rindiera tributo a la generosa aceptación de responsabilidades del jefe de Falange, los dos adversarios se dieron públicamente la mano. Aquello dio casi lugar a un conato de insurrección, que fué cortado expulsándose de Falange Española de las J. O. N. S. a algún camarada para el que hubiera resultado incomprensible la cortesanía de aquel don Francisco de Carvajal—"el demonio de los Andes"—, que ni aun para ahorcar a sus enemigos abandonaba los buenos modos, sin dejar de reconocer los méritos del sentenciado.

Una ambición de calidad

¿Fué ambicioso José Antonio? ¿Sentía esa ansia de mando, de poderío, que avasalla el alma de tantos hombres que se creen nacidos para el caudillaje y que devasta toda otra cualidad de su vida íntima? Los que vivimos a su lado en aquellos tiempos podemos estar seguros de la unanimidad de la respuesta; no era José Antonio ambicioso, al menos, a la manera vulgar, corriente, acostumbrada. En ningún caso su alma orgullosa y limpia accedió a prestarse a cambalaches o a indignidades para conseguir la jefatura. Hubo dos ocasiones, en su vida activa, que lo probaron. Una cuando se acabó con el triunvirato en la Falange y el primer Consejo Nacional lo proclamó jefe nacional; otra, en aquel período viscoso que antecedió a las elecciones del 16 de febrero, cuando pudo seguir siendo diputado, si hubiera accedido—sirviendo acaso al criterio de la mayoría de la Organización—a tratos y chalanos indignos del decoro de la Falange.

Un día de agosto de 1934, en plena crisis interna suscitada por el pernicioso funcionamiento de un mando plural—la Falange estaba todavía, y a pesar de los esfuerzos de unos pocos, en un período "democrático"—, ante Aizpurúa, sobre la terraza del Náutico de San Sebastián, yo insistía en que aceptase la responsabilidad del mando personal, acabando con escrúpulos y delicadezas que otros aprovechaban para mantener una situación equívoca, esterilizadora de los mejores esfuerzos del Movimiento.

—Sabes bien—le decía—que soy incapaz de adular a nadie; que si te hablo de esta manera es por el bien de la Falange y de su doctrina. No es posible la convivencia de varios dirigentes, entre los que, en definitiva, hay uno que impone su criterio por ser superior a los demás. Lo que sucede luego es que los otros se dedican a sabotear los acuerdos. Hay que ir a la jefatura única. Y como tú eres el mejor de todos, tienes el deber de pechar con la suprema responsabilidad.

José Antonio, que siempre estimó mi manera franca y ruda de hablar—lo que hizo en ocasiones que con toda disciplina le dijera verdades de a puño, cuando él me preguntaba y yo le consideraba equivocado—, se disculpaba, alegando los méritos de Ledesma, de Ruiz de Alda y exponiendo los motivos infranqueables de orden personal que impedían una resolución suya sobre el particular. En esto y en tantas otras cosas resultaba un paradigma su conducta, si bien el menos exigente de los observadores habría de reconocer que en esto fracasó, ya que no dejó escuela ni imitadores.

—Comprendo tus razones; pero sois los demás los que tenéis que resolver la cuestión. Vamos a convocar al primer Consejo Nacional, y que sea él quien decida.

El Consejo se celebró, como es bien sabido, en octubre, mientras la revolución marxista pretendía devorar al endeble Estado demo-liberal. No obstante el dramatismo de las circunstancias, había entre los consejeros algunos con humor bastante para tramar componendas, enderezadas a satisfacer su ambición. La lucha entre los partidarios del triunvirato y los que en buena doctrina pedíamos el mando de uno solo fué encarnizada. A ella asistió José Antonio sonriendo irónicamente, ausente por completo de la pelea.

Horas antes de comenzar la sesión donde se decidió sobre el tema le dije:

—Ya sabes que si estos camaradas persisten en el absurdo de mantener las jefaturas tripartitas yo me marchó, ya que no tengo nada que hacer entre ellos. Vengo decidido con quien quiera ayudarme a discutir hasta quedarme ronco por que sólo haya un jefe. Naturalmente que debes serlo tú. Pero deberías decirme quién de los consejeros puede ayudarme para no estar solo en la polémica.

José Antonio se negó. Fué inútil que yo le hiciera ver que de tal decisión dependía la marcha de la Falange y su vida misma. Mantuvo inflexible su decisión de no influir lo más mínimo, ni dentro ni fuera del salón de sesiones, para que los consejeros tuvieran en cuenta la importancia de su voto. Afortunadamente, y después de un forcejeo polémico al que dio tono mi independencia y destemplanza y el desinterés de quienes defendíamos la línea ortodoxa y—¿por qué no decirlo?—la posición inteligente, ganamos la batalla por un solo voto de diferencia, como ya he contado otras veces.

Se le proclamó después jefe nacional. Y sólo entonces, y en un breve aparte, José Antonio me expresó su gratitud.

—Ahora es cuando puedo decirte que lo hecho por vosotros salva a la Falange de la descomposición, acaso de la muerte. Yo veré si soy capaz de cumplir mi deber, que es tan duro y penoso. Pero pase lo que pase, jamás olvidaré el desinterés de los camaradas que me habéis hecho jefe nacional, por creerme el más dispuesto al sacrificio y pensando únicamente en el bien del Movimiento.

Ledesma, que aceptó en aquel instante con toda nobleza la jefatura de José Antonio, a medida que se alejaba de una línea de conducta disciplinada, se mostraba más hostil a quienes, siendo sus amigos y reconociendo su valía, le habíamos derrotado, situándolo en un lugar secundario. Con toda su magnífica inteligencia y su espléndida vocación de agitador, engañado por su amor propio, no comprendía la superioridad de José Antonio, que era más inteligente y

valeroso que los demás hombres responsables de la Falange y, por tanto—como las circunstancias corroborarían más tarde—, el más apto para la jefatura.

En cuanto a las semanas anteriores al 16 de febrero de 1936, en las que hasta a algunos hombres de la Falange alcanzó la torpe afición a ser diputado a Cortes, José Antonio no abandonó jamás su postura elegante y desdeñosa, exenta de ansia personal de medro. Que él y algunos camaradas más fueran diputados tenía para la Falange una gran importancia, pero nunca a costa de la limpia ejecutoria de intransigencia y de hostilidad hacia todos los partidos políticos y sin que pudiera cambiarse por una ventaja táctica inmediata la gran posibilidad de aparecer en el panorama nacional como la única reserva idealista y juvenil capaz de hacer frente a la barbarie roja y a la responsabilidad de instaurar un nuevo Estado que diera la Patria, el Pan y la Justicia a todos los españoles.

La "desconfianza, casi enfermiza"

Cuando Ledesma fué expulsado de la Organización, escribió a los pocos meses un libro en el que fustiga a José Antonio, en las más de las ocasiones con injusticia. Uno de sus ataques se contiene en este párrafo:

"Ello se complicaba con otra característica de Primo de Rivera: la de una desconfianza, casi enfermiza, hacia sus colaboradores, sobre todo a los que aparecían algo destacados en la Organización."

Nadie que tratase y conociese a José Antonio puede considerar el párrafo anterior más que como una extravagancia. Era de esos seres casi ingenuos de puro confiados, lo mismo frente al riesgo que en relación con los demás. Había en él, por exceso de benevolencia, una propensión a valorar por encima de sus méritos a los hombres que llegaban a la Falange, entre los cuales hubo un grupo que explotaba tal condescendencia para rodearle de un ambiente de adulación insensible, del que pronto le sacaba la aspereza franca de los que mejor le queríamos. Y precisamente por esa tendencia generosa se confiaba más de la cuenta en los que le rodeaban y sobre todo en los que, como Ledesma, tenían en su haber una tarea considerable.

Mejor que ese reproche del fundador de las J. O. N. S. correspondería formular otros, dirigidos contra él y algunos más de los camaradas destacados, que nunca prestaron una asistencia disciplinada y sin reservas mentales a José Antonio—y esto era imprescindible en los primeros tiempos del nacionalsindicalismo—, como si tuvieran interés en verlo fracasado. Las motivaciones de orden personal—defecto humano y español en verdad—cegaban a los que tan sólo deberían haber pensado en el desarrollo de la Falange y en la oportunidad y éxito de sus consignas.

Todo hombre ama más su propia vida que su posición. Si José Antonio hubiera tenido esa desconfianza casi enfermiza no hubiera sido capaz de recorrer España, de punta a punta, durante meses y meses, acompañado a lo más por un par de camaradas o a veces por uno solo, lo que suponía exponerse casi inerme al odio del marxismo y del anarquismo, que en cualquier rincón del país podía asaltarle. Quien es desconfiado lo es sobre todo al pensar en los medios de preservar la vida y la seguridad personal. Era demasiado impetuoso y altivo José Antonio para poder vivir en la desconfianza.

En muchas ocasiones se supo cercado por la animosidad recelosa de quienes le habían jurado obediencia. Agotó hasta el límite su transigencia, perdonó reiteradamente a los que dañaban la vida misma de la Falange por servir apetencias personales, creyéndolos siempre capaces de restitirse a una conducta limpia. Padecía más bien un exceso de confianza ingenua que en muchos casos, al consentir que determinadas funciones siguieran encomendadas a manos torpes o equivocadas, resultaba más perjudicial para el Movimiento que lo hubiera sido la más extrema desconfianza. Pero de esto no conviene hablar, ya que afecta al fondo humano de la Falange de la hora heroica, en la que, como en todo movimiento revolucionario, junto al mártir y al héroe se daba también el arrivista o el ególatra.

El libro de Ledesma donde se estampa tan inexacto juicio es poco conocido. Mas conviene señalar que quien precisamente fué siempre desconfiado hacia José Antonio fué él. Y conste bien alto que la rehabilitación del fundador de las J. O. N. S. ha sido pedida por mí hace ya tiempo, por estimar que su figura y su obra son de las más interesantes del Movimiento nacionalsindicalista español.

La fusión de las J. O. N. S. con Falange se hizo, en parte, porque logramos convencer a Ledesma varios amigos que de antiguo le ayudábamos en su labor, pero que reconocíamos la imperiosa necesidad de conseguir la unificación de las dos ramas fascistas surgidas en España. A mí me ayudaron en esta tarea varios cantaradas, en especial Giménez Caballero. Desde comienzos de la Falange Española yo mantuve cerca de Ledesma una postura consistente en aconsejarle que pactase con José Antonio, al que por su procedencia también miraba con recelo, temiendo no fuera el jefe capaz de suscitar, dirigir y encauzar el Movimiento fascista traducido al español, al que los precursores habíamos ya preparado la aparición.

Ledesma siempre se mostró receloso, sobre todo por motivos personales. Siendo quien había traído las gallinas, se consideraba con derecho a no dejar su capitania en favor de nadie, aun cuando éste valiese más que él. Yo le señalaba el caso de Hitler, al que Antón Dressler dejó el mando del nacionalsocialismo alemán porque era el mejor de los fundadores del partido. Pero siempre podían más en él la desconfianza y los celos que el buen sentido.

En carta de 14 de noviembre de 1933, y contestando a otra mía en la que le pedía hiciera la fusión de las J. O. N. S. con Falange, Ledesma me decía:

"Me entrega Aparicio su carta fecha 9. La contesto yo con gusto y celebraré conseguir que quedara usted bloqueado en nuestras líneas, en las razones jonsistas. Plantea usted en su carta una cuestión ya cien veces resuelta. No ha sido posible, después de cien intentos en los que siempre correspondió a las J. O. N. S. la iniciativa, entenderse con esos caballeros desviados. Hemos renunciado, pues, a adoptar la posición que usted cree necesaria, pero que le repito ha sido ensayada bastantes veces. No hay para las J. O. N. S. responsabilidad de ninguna clase. Sería muy útil su viaje a los efectos de puntualizar detalles de organización, señalar su sitio y su puesto en el partido."

Pocos días después hice el viaje aludido desde Salamanca a Madrid. En casa de Giménez Caballero nos reunimos los tres. Ledesma quedó convencido por los alegatos expuestos:

—Si, como yo también temo, José Antonio no es capaz de asimilar nuestra doctrina nacionalsindicalista, nuestro estilo revolucionario y nuestras consignas, hecha la fusión lo desplazaremos del Movimiento, privándole de toda autoridad para dirigir o encabezar otro. Pero con él tiene indudablemente elementos aprovechables. Y por otra parte, si se demuestra que es el más apto para jefe, todos tenemos el deber de acatar su mando y ayudarle ciegamente en su tarea.

Ledesma, comprobando que las J. O. N. S. iban desmedrándose, aceptó la idea de la fusión, que por otra parte se hizo en unos minutos y sin que José Antonio mostrase la desconfianza más mínima, procediendo contrariamente a Ledesma y otros jonsistas. Y si se compara el texto de las circulares de las J. O. N. S. y de Falange Española aparecidas en sus respectivas publicaciones, dando cuenta de la fusión, se notará la diferencia más terminante en la psicología de los dos hombres que aparecían al frente de los dos grupos; la prosa de José Antonio, llena de satisfacción y de elogios, justos y generosos, para los jonsistas, de cuya tarea de precursores hace los encomios más fervientes.

Tres horas con José Antonio

Ledesma fué quien, a la terminación del mitin del 4 de marzo de 1934, en Valladolid, me presentó a José Antonio, al que abrazaban los duros labriegos de mi Castilla, los ardientes escolares que intuían en él al jefe esperado.

—Tengo referencias de usted y de su labor periodística. Le cuento entre los nuestros. A ver si en Salamanca organiza pronto la Falange y damos un mitin todavía mejor que éste.

Comenzaban entonces a oírse las descargas de los marxistas contra los asistentes al mitin que primero habían ganado la calle. Llegaba el rumor al escenario del Calderón como algo lejano.

—¡Ya hay tiros!—dijo alguien—. ¡Esperad un poco!

—No; lo mejor es salir. Podían creer que se les tiene miedo.

—Vamos todos a la calle—ordenó ya José Antonio.

Por la tarde, después de la jornada de revuelta, hablamos breves momentos José Antonio, Ledesma, Ruiz de Alda y yo. Se me encargó de organizar y dirigir el Movimiento en la provincia de Salamanca. La lectura de la correspondencia cruzada con el jefe—en la que el lector podrá seguir el curso de las vicisitudes del nacionalsindicalismo en el período anterior a la guerra civil—recuerda que el domingo 24 de junio de aquel año me entrevisté en Madrid con José Antonio, en su despacho de trabajo de Alcalá Galiano, 8, en unión de mi camarada Gil Remírez.

Llegamos puntualmente a casa del jefe. A la puerta vigilaba un hombre de su confianza. Las milicias rojas pretendían ya atentar contra él, y aquel día individuos sospechosos se apostaban tras de las esquinas.

—Son los naturales gajes del oficio—dijo José Antonio, sonriente, al estrechar nuestra mano.

Tenía un despacho sencillo, de abogado que trabaja. Un gran retrato de su padre; otro, dedicado, de Mussolini. Libros en las estanterías; un par de cómodos sillones. Por la ventana—era una planta baja—podían muy bien arrojar una bomba.

Nos sentamos. Hablamos tres horas sobre el porvenir del Movimiento, sobre sus ideas programáticas todavía por forjar, sobre los medios de conquistar una parte del proletariado, sobre Ortega, Unamuno y los intelectuales. Entonces nos enteramos de que José Antonio no fumaba, y, además, de que eran falsas las imputaciones que se le hacían—sobre todo desde la derecha—adjudicándole demasiada afición a frecuentar el cabaret.

—Comprendo el temor de ustedes—el tuteo fraternal vino poco a poco comenzando entre él y yo en julio siguiente, en San Sebastián, y por su deseo—, los que no han sido derechistas, a que Falange no logre mostrar características peculiares, equidistantes de derechas e izquierdas. Pero lo hemos de lograr plenamente, y si algunos creen que vamos a ser una gendarmería voluntaria para la defensa de lo conservador, les demostraremos día a día que están equivocados. Así sucede ya—prosiguió José Antonio—que algunos elementos que estaban conmigo en Falange Española nos abandonan, asustados de los postulados del Nacionalsindicalismo y de los fines de la revolución nacional que corresponde realizar a nuestra generación.

—Me satisface—le dije—verle tan identificado con los puntos de vista de quienes hemos visto desde hace mucho tiempo que el fascismo representa la nacionalización de las ansias de justicia social de los desheredados, al mismo tiempo que una exaltación de los valores patrios. Teníamos derecho a desconfiar de usted; perdone la franqueza. Pero cuando le oímos en Valladolid, toda duda quedó disipada. Así se lo manifesté a Ledesma. Mas conviene acentuar, cada hora que pase, nuestra diferenciación con los grupos derechistas. Necesitamos para triunfar conquistar previamente una parte del proletariado. Y los obreros ven en su nombre un motivo para recelar. Piensan sin querer en la Monarquía.

—Agradezco su claridad. Ya sé que usted ha escrito en "J. O. N. S." que el 12 de abril fué la primer fecha fascista en España. Creo lo mismo. En cuanto al problema de las formas de gobierno, para nosotros está rebasado y resuelto. No nos interesa. Los ejemplos dispares de Italia y de Alemania lo comprueban. La Monarquía cayó en España por ella sola, por su falta de vitalidad. Personalmente, creo que puede defenderse la teoría de que España, el país de los fueros y las libertades ciudadanas, de las Cortes tan tradicionales y antiguas, dispensadoras de asistencia a los reyes, ha sido siempre un país republicano, democrático. Lo contrario que Francia, el país de vocación monárquica más firme de Europa, no obstante sus tres Repúblicas, que en definitiva no

han hecho sino continuar las tareas de la Monarquía y en la que sus mejores generales e intelectuales son ahora mismo monárquicos también. En cuanto a mí personalmente —agregó José Antonio mirando al retrato de su padre—, no hay muchos motivos ciertamente que me inciten a trabajar por una restauración.

—Cuanto hagamos en el sentido indicado por usted será poco. Se habla por ahí de que pedirán el ingreso en Falange algunos de los emigrados que están en París. Indudablemente, esto podría representar un acrecentamiento de nuestras posibilidades de orden material; pero desanimaría a nuestra juventud y daríamos a los marxistas una magnífica plataforma de propaganda en contra nuestra.

—No teman ustedes. No creo que aquellos a quienes alude vengan a nosotros. Pero si lo intentasen, les haríamos comprender que en Falange, donde caben juntos hombres que vienen de todos los partidos, se sirven únicamente consignas nacionalsindicalistas.

—Me interesa conocer su punto de vista sobre lo que se llama el problema religioso. La estúpida persecución de las izquierdas—equivocadas al resucitar un anticlericalismo "demodé"—no debe ser imitada respecto a los indiferentes o incrédulos por un Estado totalitario erigido de acuerdo con nuestros ideales.

—Exacto. Yo soy un católico convencido. Pero la tolerancia es ya una norma inevitable impuesta por los tiempos—replicó José Antonio—. A nadie puede ocurrírsele perseguir a los herejes como hace siglos, cuando era posiblemente necesario, incluso por razones políticas. Nosotros haremos un Concordato con Roma, en el que se reconozca toda la importancia del espíritu católico de la mayoría de nuestro pueblo, delimitando facultades.

—La infancia será educada por el Estado.

—Indudablemente. Mas los padres que quieran dar a sus hijos una instrucción religiosa podrán utilizar los servicios del clero con plena libertad. El culto será respetado y protegido. Pero como sostiene Mussolini, "hombre providencial deparado a Italia" según el Papa, la formación de la infancia y de la juventud corresponde al Estado. Un acuerdo inteligente sobre el particular evitará todo equívoco.

—Ya veo que ha ido usted a ver al Duce. ¿Le interesan las cosas de España?

—Mucho. Lo conocí el año 1929, cuando fui con mi padre a Italia. Últimamente he vuelto a Roma alguna otra vez. Le interesa extraordinariamente la marcha de los sucesos en nuestro país. Siente un profundo desprecio por este ensayo retrasado de demo-liberalismo marxistoides que se quiere perpetrar en nuestra tierra. Y confía en que las juventudes nutran nuestro Movimiento, y que, después del fracaso de este ensayo, logremos la victoria.

Hablamos después de Alemania, de Hitler y del nacionalsocialismo. José Antonio creía conmigo que allí podría hacerse una labor social más profunda que en Italia. Y que en pocos años, la disciplina, el coraje y la fe del pueblo alemán situarían a su país en la primera línea de las potencias occidentales.

Finalmente examinamos las dificultades de nuestra lucha, ya que el Poder público se negaba a dejarnos actuar en el plano de la legalidad. Gobernaba aún Azaña, sumiso a las consignas marxistas. No se quería consentir el brote de nuestras ideas y de nuestra Organización. Ni se aprobaban los estatutos ni se dejaba abrir los centros.

—Tendremos que esperar aún. Pero usted estará conforme conmigo en que la eficacia de nuestro Movimiento exige que no lo convirtamos en una entidad clandestina, próxima a todos los peligros que esto supone y sin proyección proselitista sobre las masas —le dije.

—Exacto. Aun cuando tengamos que tener una parte semisecreta del Movimiento, la encargada de repeler los ataques y agresiones, Falange tiene que vivir a la luz del día, sin tapujos. No somos un grupo de conspiradores, sino un Movimiento juvenil, político y místico, que necesita la luz y el aire libre para desenvolverse.

En cuanto a Salamanca, los pocos que somos hemos de luchar con dificultades enormes. El proletariado tiene una tradición de más de cuarenta años de marxismo organizado. La masa

campesina cree en Gil Robles, del que ha hecho un mito. Yo le inventé el Bloque Agrario que le permitió salir diputado en el 1931; por eso conozco bien la densidad del entusiasmo que suscita. Le he dicho que va a fracasar, que no hay sitio ya para el populismo en el mundo. Pero le esperan días de triunfo aparente y esto hace que no quieran ni tomarnos en cuenta a nosotros.

—Ya lo sé—contestó José Antonio—. Pero confío en que ustedes no se desanimarán. Me ilusiona mucho la idea de que demos pronto un mitin en aquella ciudad imperial, tan maravillosa, donde pasé parte de mi infancia. Ya ganaremos para nuestra fe a los charros. ¿Y qué dice don Miguel de Unamuno de nosotros?

—Desde luego, le gustó mucho su discurso de la Comedia. Pero no quiere darnos demasiada beligerancia. Es amigo mío y hablamos con frecuencia del fascismo. Siente un odio feroz contra los hombres que dan que hablar en el mundo mucho más que él. Y, por otra parte, se considera liberal "a nativitate". Me ha dicho que traduciendo a Hegel de muchacho, casi dejó de serlo. Pero no quiere entender nuestras ideas ni las invariantes históricas que Hitler, Mussolini, etcétera, sirven en sus países respectivos.

—Pero con todos sus defectos, don Miguel ama indudablemente a España. Le duele verla presa de los separatismos. Experimenta él también esa desilusión que ha alcanzado a los hombres que verdaderamente trajeron la República. El caso de Ortega es bien expresivo.

—Da pena ese hombre, su fracaso. ¿No cree usted que en muchos de sus libros están ya las ideas de una España mejor, las sugerencias de un nacionalismo inteligente que la Falange ha de representar y servir?—dije.

—Exacto. En la obra de Ortega hay mucho de lo nuestro. Pero ellos son ya viejos para entendernos. Tenemos a sus hijos. Los de Marañón, Ortega y otros militan en Falange. Esto debería abrirles los ojos.

—También el hijo mayor de don Miguel, que es arquitecto en Palencia y muy amigo mío, no oculta ya su simpatía por el fascismo.

Pasaron las tres horas sin darnos cuenta. Finalizó la entrevista extrañándose José Antonio de que Gil Remírez, industrial y con cinco hijos, se metiera en nuestras andanzas.

—La mayoría de los nuestros son estudiantes, algunos obreros y labradores. Hay también abogados, naturalmente. Pero casos como el de usted no abundan.

Nos dimos la mano. Salí de aquel pisito de hombre de estudio y de trabajo más ligado que nunca a José Antonio, no sólo por razón de comunidad de ideas, sino por una verdadera amistad, por una admiración que se tradujo siempre en una franca lealtad. Cuando más adelante los aduladores pululaban a su alrededor, invalidando sus mejores condiciones de político, a su requerimiento, mis advertencias solían serle útiles.

—Vamos a ver qué piensa el pesimista de la Falange, el descontento y exigente—solía decir.

Días de verano en San Sebastián

En la segunda quincena de agosto de aquel año coincidimos en San Sebastián José Antonio, Ruiz de Alda, Sánchez Mazas, Giménez Caballero, Aizpurúa y algunos otros falangistas. Nos reuníamos a tomar café —después de haber comido en algún restaurante-taberna del puerto—sobre la terraza del Náutico. Alguna vez fué allí Picasso, que después de muchos años de ausencia "descubría" de nuevo su España.

Se acentuaba cada vez más la crisis interna de la Falange, producida por la existencia del mando plural. Ledesma pretendía seguir con las J. O. N. S. como con un cantón independiente. En el palacete del marqués de Riscal tenía una oficina aparte; pretendía que los jonsistas le hicieran caso únicamente a él. Y esta crisis, paralela a la represión gubernamental, retrasaba

insuperablemente las posibilidades del Movimiento, cosa que hacía desmayar a los que habían ido a él, sin idea de la Historia.

En aquellas conversaciones—mitad políticas y literarias—de San Sebastián me gustaba callar cuando Rafael, Ernesto y José Antonio, éste casi como arbitro, se lanzaban agudamente a discutir sobre los temas más varios—culinaria, toros, pintura, arte—luciendo su cultura y los primores de su ingenio. Cuando se trataba de política, todos echábamos nuestro cuarto a espadas. Entonces José Antonio gustaba de dirigirse a los que teníamos un pasado de lucha.

Con mi ardimiento recuerdo que le dije un día, tuteándolo, pues así me lo ordenó:

—Convéncete de que no podemos seguir dirigidos por un triunvirato. Esa solución es absurda, por democrática y por contraria a nuestra doctrina. El mejor de todos debe ser el jefe. Cuanto más se prolongue esta situación, más dificultades encontrará en su desarrollo el Movimiento. Los que os prestáis, por desinterés y por elegancia, a que siga este estado de cosas, defraudáis a los camaradas y contraéis una grave responsabilidad.

Ruiz de Alda y todos me daban la razón. José Antonio pretendía seguir inhibido; por nada del mundo hubiera procedido en forma tal, que alguien le hubiese reprochado prisa por ser el jefe. Asentía a lo que se le decía; pero esperaba que los demás tomasen la iniciativa.

Al fin, y después de nuestros acuciamientos, se convino en que la Falange celebrase pronto su primer Consejo Nacional y que éste resolviera el problema del mando.

Ruiz de Alda, tan buen camarada, consideraba ya en realidad a José Antonio como el jefe de la Falange, igual que nosotros. Por su parte no habría dificultades. Eran Ledesma—arrastrado en esto por algo superior a su claro talento y a su sentimiento de la justicia y de la eficacia—y alguno más los empeñados en que subsistiera el sistema de las jefaturas de tres camaradas, que lo mismo en la dirección de una J. O. N. S. local que en la del Movimiento representaba una fuente constante de desconfianzas y rozamientos.

Algunas tardes íbamos con José Antonio a los sitios donde merendaban las familias elegantes, las mujeres que le conocían de Madrid, casi todas ellas amigas suyas. Nuestra entrada siempre causaba expectación. El coche de José Antonio, siempre conducido por él, tenía marcadas huellas de las bombas arrojadas unas semanas antes en Madrid. Cercaba al jefe de la Falange la aureola de los valientes. José Antonio había arrojado por la ventana su prestancia aristocrática, su posición, su porvenir, para luchar por una España que no era la de los izquierdistas y marxistas, empeñados entonces en hundir al país en la sima de la anarquía, pero que tampoco resultaba agradable a la de aquellas familias bien pensantes de la alta burguesía. Pero más que su prestigio arrastraba la curiosidad encendida en los ojos de las mujeres su figura fuerte de atleta, su cara de "hombre guapo", su elegancia natural.

—No debíamos venir con él—decía yo humorísticamente a Aizpurúa—. Nos anula.

Y José Antonio, con esa seguridad del hombre de mundo hecho a las exquisiteces del trato social, saludaba a unas y otras con una condescendencia insuperable. Alguna vez pensé yo que le había sido más fácil conocer el alma femenina que la de algunos de los hombres que le seguían, españoles exasperados propicios a la lucha, mitad aventureros y mitad ángeles.

Por las noches—Aizpurúa y yo éramos los más constantes en acompañarle—dábamos una vuelta por la Concha. Paseaban bajo los tamarindos modistillas y criadas, jóvenes obreros que hacían gamberradas en pandilla o que bajo los faroles leían "Euzkadi roja" o la Prensa madrileña de izquierdas. Reconocían a José Antonio al pasar; le miraban con odio, cercándolo con una hostilidad intimidada.

—De buena gana nos arrojarían al mar o nos matarían a tiros—decía yo.

Aizpurúa, muy conocido también por ser de San Sebastián, sonreía de aquella manera inolvidable, ingenuamente, tal como en un día del verano de 1936, frente a los fusiles que acabarían con su vida. José Antonio apenas se fijaba en la reacción que producía a su paso. Parecía hecho, como un César joven, para desdeñar galantemente los homenajes de las mujeres y

no sentirse inmutado por el odio de los hombres. En todo momento, varonil y valiente, sin vanidad y sin jactancia.

Los sucesos de octubre de 1934

He relatado en diversos sitios las tareas de quienes asistimos al primer Consejo Nacional de la Falange, coincidentes con los sucesos de octubre de 1934. Por aquellos días José Antonio venía a ser más bien un jefe de guerrilla que un conductor de una fuerza política. Más que a las sesiones del Consejo atendía a las noticias que llegaban de la calle, la que atravesaba en su auto, con un par de camaradas más, bajo las balas, para reiterar ante un Gobierno de hombres amedrentados el ofrecimiento de la Falange de entrar en lucha a condición de que se le armara suficientemente.

Aquellos días José Antonio no descansó. Era evidente para nosotros, después del 6 de octubre, que los cuantiosos medios de que la Generalidad de Cataluña disponía habrían de servir para plantear, en toda su crudeza y extensión, la guerra civil. Cuando en la mañana del 7 nos enteramos de que habían bastado unos cañonazos para acabar con la insurrección en Cataluña y que el ridículo más hilarante había inutilizado a los espectaculares "escamots" de Dencás, en el fondo sentimos una decepción. Al fin y al cabo éramos jóvenes, con un sentido deportivo y alegre de la lucha y de la política, y además comprendíamos que, lanzado el país a una prueba dura y difícil, las fuerzas y posibilidades de la Falange se hubieran centuplicado.

Más tarde, el 19 de julio de 1936, comprobamos que, efectivamente, eran certeras nuestras presunciones. Pero entonces no estaba entre nosotros José Antonio, y su ausencia habría de influir decisivamente en los acontecimientos.

Recuerdo que a las ocho de aquella mañana llegamos Gil Remírez y yo al palacete del marqués del Riscal, donde había escasa animación. José Antonio estaba en su despacho. Sobre su mesa había un gran cinto del que pendían dos pistolas grandes. Fué aquella una de las pocas veces que vi un arma a su alcance.

Charlamos brevemente, mano a mano. Había aceptado la sugestión formulada por mí en el Consejo, para salir a la calle y mostrar a la Falange emplazada en contra de la insurrección. Ordenó que aquel mediodía la Falange fuera en manifestación por todo Madrid, para mostrar a las masas marxistas y a las de burgueses medrosos que nosotros no teníamos pavor alguno. Y mientras se iban congregando los camaradas, charlamos sobre las inmediatas perspectivas políticas del país:

—Parece—me dijo—que en Asturias los mineros luchan ferozmente contra la fuerza pública. No hay apenas noticias. Pero en el resto de España el movimiento ha fracasado. El Gobierno podrá, dentro de poco tiempo, restablecer su autoridad. Veremos cómo se dedica a liquidar los sucesos.

—Me parece—le dije—que todos nosotros coincidiremos al prever lo que va a pasar. Un conglomerado como el que preside Lerroux no será capaz de hacer justicia sobre los principales responsables de la revuelta. Prepárate, como diputado, a combatir el impunitivo. Y de todas formas verás cómo a nosotros no se nos tienen en cuenta los servicios que nuestros camaradas hayan podido prestar frente a los marxistas.

—Y lo peor es que una ocasión como ésta pocas veces podrá presentarse de nuevo. La lección de Dollfuss en Austria podría servir al Gobierno. Pero las mismas declaraciones hechas en la radio por Lerroux acreditan su incapacidad frente a la gravedad de la hora. ¿No las oíste anoche? Ha sostenido que las ideas no delinquen y que los derechos consignados en la Constitución de la República serán respetados. Es un pobre hombre de lo peor del XIX. Por otra parte, presiento que los grupos derechistas que le asisten querrán cargar la mano sobre el aspecto social del intento, sin importárseles mucho el separatista, que es para nosotros el más doloroso,

pues incluso parece ser, según me dijeron anoche en Guerra, que ha habido algún militar traidor que ha ordenado disparar contra los soldados leales.

José Antonio aventuraba una suposición que los hechos confirmaron después. Apenas se extinguió el último tiro de los disparados en Asturias, comenzaron a funcionar en la sombra todos los intereses, complicidades y fuerzas ocultas, a fin de que la represión de los sucesos no sirviera para quebrantar mucho ni a las fuerzas separatistas ni a las marxistas. Los diputados socialistas se retiraron al Aventino sin renunciar a sus dietas. Y aprovechándose del estado de guerra y después del de alarma, que reducía la Prensa y los partidos al silencio, los radicales se dedicaron a montar un sistema de burda explotación de los intereses generales a favor de grupos aprovechados y voraces. No terminó el año 1935 sin que casi todos los culpables de octubre fueran absueltos o condenados a penas reparables, al mismo tiempo que se producían, ante los ojos más bien regocijados que indignados de los españoles, unos "affaires" escandalosos en los que Lerroux y su tribu habían puesto las manos rapaces.

La Falange ayudó decididamente en todas partes a la autoridad contra los insurreccionados. Como compensación, logró que se acentuase contra ella la represión gubernativa, que sus centros no pudieran abrirse ni sus periódicos publicarse y que las multas y aprisionamientos lloviesen sobre sus militantes más destacados.

En alguna de mis cartas a José Antonio supuse que hubo un momento en que la generosidad optimista de José Antonio había formulado algún elogio en el Parlamento a los hombres congregados en torno de Lerroux. El jefe me contestó, me replicó casi indignado ante el supuesto: "En cuanto a nuestra posición frente a la chabacanería gubernamental, no te preocupe. ¿De dónde has sacado lo de nuestros elogios al Gobierno?" Y con su magnífica prosa terminaba su carta del 3 de noviembre: "Desde luego, para mí está bien claro el sentido del momento presente: lo profundo de España ha ganado una batalla que pudiera ser punto de arranque de un movimiento decisivo, y la mediocridad cedorradical va a esterilizar esa victoria ignorando sus factores profundos y aprovechándola para consolidar un sistema estúpidamente conservador. Espero poner esto en claro cuando hable en las Cortes."

La expulsión de Ledesma Ramos

A mediados de enero de 1935, José Antonio tuvo que proceder con energía para acabar con la indisciplina en que se habían situado Ledesma Ramos y algunos otros camaradas, pocos en número. Ledesma, en su libro ya aludido, ha contado una versión de los sucesos, complicando en ellos a Onésimo Redondo, a Sotomayor y a Mateo.

Lo sucedido hay que achacarlo—hablando a estas alturas con absoluto desapasionamiento y concediendo a cada uno de los protagonistas una apreciación generosa de sus actos y una valoración exacta de su obra— a motivaciones de tipo psicológico y personal. Ledesma no podía avenirse a la jefatura de José Antonio. En vez de ayudarle a llevar adelante la Falange, corrigiendo sus consignas y sus decisiones si era preciso, se encerró en una posición altanera de crítica, acentuada después de la proclamación por el Consejo Nacional de José Antonio para jefe único. Y en tal conducta le acompañaba algún otro camarada.

Toda la Organización reaccionó en pro de la disciplina, y los intentos escisionistas de Ledesma fracasaron estrepitosamente. La mayoría de los jonsistas siguieron leales a la Falange y a su jefe. Yo escribí a Giménez Caballero, cuya conducta no había sido muy clara, reprochando su actitud y combatiendo duramente la de Ledesma. Este, para el que siempre tuvieron alguna autoridad mis palabras, me puso la carta que sigue:

"Amigo Bravo: Me ha enseñado el camarada Giménez Caballero las líneas que le escribiste. Te supongo con información errónea y ello disculpa tus juicios. ¿De veras tomas en serio al que llamas jefe? Nuestra actitud, amigo, en la que desde luego nos corresponde totalmente la iniciativa, es limpia y no le alcanzan las especies calumniosas con que trata de envolverla ese pobre equivocado que es Primo. Estamos firmes, situados magníficamente ante capas populares

donde hasta hoy era imposible acercarse con un grito español en los labios. Y dispuestos a la depuración. Ya lo creo. Nosotros vamos a ser los depuradores. Por lo que se ve permaneces en el limbo. Te invito a que consideres la cosa en sus verdaderas proporciones y a vernos marchar durante un mes. Después enjuiciarás. Cordiales saludos.—Ledesma."

Naturalmente que no contesté a esta carta jactanciosa. Rompí todas mis relaciones con su firmante, rechazando sus libros, persiguiendo la venta de su periódico "Patria Libre", donde se nos injuriaba. Apreciando con entera justicia la capacidad de inteligencia de Ledesma, siempre subestimé su proceder de entonces. Venía a ser de una encantadora irresponsabilidad. De ahí que desde aquel tiempo se quedase solo, sostenido únicamente por la simpatía de quienes maniobraron siempre para combatir a José Antonio y a la Falange por su profundo sentido revolucionario nacional.

Como ya he dicho, José Antonio evitó que alguno de los nuestros, excitado por los ataques injustos del fundador de las J. O. N. S., le pegase un tiro.

En cuanto a las consecuencias de la depuración, fueron ventajosas para el Movimiento. José Antonio, deseoso de reparar la incuria de los meses anteriores, en los que su autoridad era minada por la desconfianza y los actos de alguno de sus más próximos colaboradores, se puso a la tarea con una voluntad resuelta. No obstante el pesimismo de los que querían que nuestro camino fuera una marcha fulgurante hacia el Poder—siempre abundó entre nosotros la gente que no sabía situarse en la Historia—, 1935 sirvió para extender la Organización, robustecerla como cuerpo de doctrina y de lucha y exaltar y agigantar la figura cesárea de José Antonio.

José Antonio y Unamuno

Llevé durante muchos años y sometida a alternativas, como era natural dado el carácter de don Miguel de Unamuno, una buena amistad con él, admiración por sus virtudes, reproche de discípulo desengañado por sus grandes defectos. José Antonio la conocía, y como sentía un fuerte deseo por ser presentado al viejo rector, le prometí hacerlo. Don Miguel, hombre de fácil acceso, asintió encantado a mi propuesta.

El día 10 de febrero de 1935 se celebró en Salamanca el primer mitin de Falange Española de las J. O. N. S. en la provincia. Dos horas antes acompañé a José Antonio y a Sánchez Mazas a casa de don Miguel, en la calle salmantinísima de Bordadores, junto a la "Casa de las Muertes". Entramos los tres en aquel frío despacho donde don Miguel escribía, sin brasero, como si le calentase y sostuviese su ardor interior. La estancia era para mí familiar, aun cuando hacía varios años que no ponía mis pies en ella. En sus últimos años, y no obstante su poderoso talento, el maestro no era capaz de abstraerse a manías y preocupaciones que enturbiaban aquel ingenio maravilloso que años antes era un venero de cultura, de espiritualidad y de ironía.

Curioseamos por las estanterías, sobrecargadas de libros. Había sobre la mesa de trabajo unas cuartillas comenzadas, donde don Miguel, con aquella su letra casi microscópica, volcaba sus paradojas y sus ideas. Sería quizá algún artículo para América o para la Prensa de Madrid, porque el autor de "La vida de Don Quijote y Sancho" era ya, sobre toda otra cosa, un periodista. Unos minutos después entró don Miguel sin hacer ruido, por ir calzado con unas zapatillas de abrigo. Yo pensé que también sería interesante algún día escribir un "Don Miguel en zapatillas", tal como se hizo con Anatole France.

—Buenos días, don Miguel. Aquí tiene usted a José Antonio y a Rafael Sánchez Mazas—le dije yo presentándole a mis camaradas.

Don Miguel les dio su mano pequeña y sarmentosa, mientras inquisitivamente se fijaba en José Antonio, que se sentía un poco cohibido en presencia de aquel hombre, todavía en la belleza de su noble senectud —más alto quizás que él mismo—, que tantas ferocidades había dicho y escrito de su padre. Y como acostumbraba a hacerse el dueño de la conversación, sin andarse con rodeos, Unamuno se encaró con Sánchez Mazas y le dijo:

—Usted y yo somos un poco parientes.

Y en tanto que Rafael sonreía con su perfil de pájaro mejor que con su boca, halagado por aquel parentesco, el viejo bilbaíno que fué siempre don Miguel hizo una incursión por su genealogía y la de Sánchez Mazas, aludiendo a personas y anécdotas, como si rehuyera hablar directamente con José Antonio.

Como hacía mucho frío, estuvimos de pie un buen rato. Luego don Miguel ocupó su sillón de cuero y nos sentamos sobre sillas de enea. Y agotado el tema del bilbainismo y del parentesco, don Miguel volvió a dirigirse a José Antonio:

—Sigo los trabajos de ustedes. Yo soy sólo un viejo liberal que he de morir en liberal, y al comprobar que la juventud ya no nos sigue, algunas veces creo ser un superviviente. Cuando de estudiante me puse a traducir a Hegel, acaso pude ser uno de los precursores de ustedes.

—Yo quería conocerle, don Miguel—vino a decir José Antonio—, porque admiro su obra literaria y sobre todo su pasión castiza por España, que no ha olvidado usted ni aun en su labor política de las Constituyentes. Su defensa de la unidad de la Patria frente a todo separatismo nos conmueve a los hombres de nuestra generación.

—Eso siempre. Los separatismos sólo son resentimientos aldeanos. Hay que ver, por ejemplo, qué gentes enviaron a las Cortes. Aquel pobre Sabino Arana que yo conocí era un tontiloco. Maciá también lo era, acaso todavía más por ser menos discreto. Estando yo en Francia, cuando la Dictadura, se empeñó en que hablásemos en un mitin contra "aquello". Yo me negué. Y él lo hizo ante unos cientos de curiosos a los que se empeñó en hablarles en catalán, siendo así que la mayoría de los españoles presentes no le entendían. Era un viejo desorbitado, absurdo.

Don Miguel había aludido a la Dictadura. Habían ya transcurrido cuatro años; pero en la sensibilidad de José Antonio—orgulloso de su padre por amor y por reacción contra todo un mundo de hostilidades—, la menor alusión al septenio de gobierno de su padre le ponía nervioso. Sin darse cuenta, don Miguel siguió "metiéndose" con Maciá, por su grotesco intento de Prat de Molió, aludiendo duramente a los manejos policíacos que aprovecharon la manía del "Avi" para lograr un efecto político.

Intervine a tiempo. José Antonio me miraba inquieto.

—Bueno, don Miguel. Aquello del padre de José Antonio es ya historia. Díganos cuándo le apuntamos para Falange.

Don Miguel sonrió. Los ojos le brillaban de malicia.

—Sí; aquello es historia. Y lo de ustedes es otra historia también. Yo jamás me apunté para nada. Como tampoco jamás me presenté candidato a nada; me presentaron. Pero esto del fascismo yo no sé bien lo que es, ni creo que tampoco lo sepa Mussolini. Confío en que ustedes tengan, sobre todo, respeto a la dignidad del hombre. El hombre es lo que importa; después lo demás, la sociedad, el Estado. Lo que he leído de usted, José Antonio, no está mal, porque subraya eso del respeto a la dignidad humana.

—Lo nuestro, don Miguel—le dijo José Antonio—, tiene que asentarse sobre ese postulado. Respetamos profundamente la dignidad del individuo. Pero no puede consentírsele que perturbe nocivamente la vida en común.

—Pero yo confío en que no lleguen ustedes a esos extremos contra la cultura que se dan en otros sitios. Eso es lo que importa. No es posible que la juventud, por muy estupidizada que esté, y yo lo creo sin ánimo de molestarles, caiga en el horror de creer que el pensar es una "funesta manía"; la funesta manía de pensar de aquellos bárbaros de Cervera. Por cierto que el otro día, y con motivo de una huelga en la Universidad, recibí a un grupo de muchachos de los de ustedes. Les pregunté qué querían; qué era eso de la Falange.

—Estarían aturdidos ante usted y no sabrían explicárselo—corté yo antes de que do» Miguel lanzase contra ellos alguno de sus trenos.

—No sé. Pero no sabían bien lo que querían. Y eso me prueba que hay un peligro de desmentalización de los muchachos. No conviene que ustedes acentúen esa tendencia pasional.

—Pero usted, don Miguel—dijo Sánchez Mazas—, ha escrito a veces otra cosa.

—Acaso. Llevo ya más de cuarenta años de escritor y unas veces me olvido de lo que dije y otras me contradigo y repito. Eso es lo humano. Una vez, siendo presidente de unos Juegos Florales o algo así, envié un chusco amigo mío una poesía que a mí me "sonaba" al leerla. No me gustó; no la premiamos ni mencionamos siquiera. Luego resultó que era mía y que yo no me acordaba de ella. Eso me pasa con las ideas y con los pensamientos. Pero crean ustedes que hay un peligro terrible para la cultura y el espíritu en que se lance a la juventud a la borrasca de la pasión y no a la tarea de pensar y criticar.

—Estamos necesitados, don Miguel, de una fe indestructible en España y en el español—aseveró José Antonio.

—¡España! ¡España!

Y ante este nombre sagrado, que sus labios proferían con unción, rescatando tanta paradoja egolátrica, don Miguel se emocionaba. Estaban ante él tres hombres jóvenes, exasperados y vehementes, que habían formado, con otros de su generación, una compañía catilinaria para exaltar la Patria. Y en aquel momento don Miguel, el viejo liberal "del liberalismo que es pecado", aquel contradictorio y apasionado don Miguel era como si sintiera nuestras mismas preocupaciones, participando de nuestra exaltación contra todos los malandrines que no sabían entender ni sentir lo que la Patria es y representa.

—Muchas veces—decía el rector mirando a los árboles de las Úrsulas, desnudados por el invierno—he pensado que he sido injusto en mis cosas; que combatí sañudamente a quienes estaban enfrente; acaso quizás a su padre. Pero siempre lo hice porque me dolía España, porque la quería más y mejor que muchos que decían servirla sin emplearse en criticar sus defectos.

—También nosotros, don Miguel, hemos llegado al patriotismo por el camino de la crítica. Eso lo he dicho yo antes de ahora—dijo José Antonio—. Y hoy, en esta Salamanca unamunesca, voy a decir a quien nos escuche que el ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo.

—Muy bien. Pero sin xenofobia. ¡El hombre, el hombre! Y también el español y España. Y los valores del espíritu y de la inteligencia. Pero cuidado con que ustedes aticen esa propensión a desmentalizarse que tienen nuestros muchachos.

Volvía don Miguel a su cantata. Y con la desenvoltura de mi confianza, yo le dije de nuevo:

—¿Por qué no nos ayuda usted en la lucha contra los separatismos? En el fondo, nosotros somos sus discípulos y hemos aprendido en usted a sentir a España, con orgullo, apasionadamente. Pero son los liberales, los hombres retrasados del XIX, los que ponen en peligro la Patria.

—Usted repite mucho esa tontería de Daudet sobre el "estúpido siglo XIX". Pero eso no es verdad. Yo lo defiendo. Vivimos ahora mismo de su herencia. Incluso lo de ustedes tuvo en él sus primeros maestros. Después de Hegel, Nietzsche, el conde José De Maistre, aquel gran desdeñoso que gritaba a sus adversarios: "No tenéis a vuestro lado más que la razón..."

—Nosotros no queremos nada con De Maistre, don Miguel—le replicó José Antonio—. No somos reaccionarios.

—Mejor para ustedes.

Se hacía tarde. Me permití indicar que era la hora del mitin. Nos despedimos cordialmente de don Miguel. Pero éste, con asombro nuestro, nos dijo:

—Voy con ustedes.

Buscó una boina, pues el día era de una temperatura gélida. Como se dispusiera a salir sin abrigo—tal fué siempre su costumbre, como la de ir a pelo, por lo que venía a ser uno de los primeros "sin-sombreristas" de España—, yo le reprendí cariñosamente, asombrando un poco con

mi tono amistoso a José Antonio, que en toda la visita no había podido desprenderse de una intimidación causada por la presencia, la palabra y el gesto del gran escritor.

—Me ha autorizado su hijo Fernando para multarle cuando salga usted de casa sin abrigo.

Don Miguel sonrió. Y después, por las calles de la ciudad, ante el asombro de grupos de extremistas que rondaban las esquinas sin atreverse, no obstante su deseo, a penetrar en el teatro donde dábamos el mitin, para perturbar, fuimos al acto. Iba en el centro don Miguel y a su derecha José Antonio. Yo le decía a Sánchez Mazas, contento de la entrevista, que tenían razón las gentes para asombrarse, como más tarde sucedería en el mundo entero, cuando las agencias dijeran que el más destacado liberal español, el más decidido campeón del liberalismo, había aplaudido al jefe fascista de la nueva generación de España y sen-tádose a sus manteles, espontáneamente, por afición a presenciar el ardor, la tensa exaltación de los precursores de una corriente espiritual, política y moral, destinada a presidir la resurrección de la Patria.

Don Miguel se sentó en una platea, ante la curiosidad de los cientos de personas que llenaban el teatro. Fué en buena parte protagonista del acto. Sánchez Mazas dijo en un discurso literario este párrafo dirigido al viejo rector:

"Hemos venido a Salamanca para recordar los lazos entrañables que nos ligan con una de las figuras españolas más originales y fuertes de la época, para subrayar que nos unen con don Miguel de Unamuno disparidades entrañables, como también con otras gentes nos separan afinidades de origen. Don Miguel es el adversario que enseña y del que puede aprenderse, y nosotros, que tenemos como fin principal exaltar todos los valores de España, no podemos por menos de saludarle al hablar en esta su Salamanca imperial, labradora y letrada."

Y también añadió:

"Nosotros somos del Cristo español, teológico, trágico y poético que es el mismo de don Miguel de Unamuno, y no del Cristo belga, sociológico, economístico y utilitario del señor Gil Robles y de don Ángel Herrera. He aquí, pues, otro motivo para que reconozcamos lo que el pensamiento de Unamuno representa en el panorama español."

También José Antonio aludió a la "voz familiar y magistral" de don Miguel, denunciador de los errores de la República en su primer bienio. Y si no logró, como otras tantas veces, que su oratoria fuera ágil y bella como un pájaro de acero y certera en su rumbo, acaso fué por la presencia de Unamuno, que le turbó hasta el instante mismo de su marcha de la ciudad, de regreso a Madrid.

Después del mitin fuimos con José Antonio al Gran Hotel a comer. Y son sorpresa nos encontramos allí a don Miguel, acompañado de Eugenio Montes, José María Alfaro, Fernández Cuesta y otros camaradas de León, Burgos y Zamora. Comimos todos, entregados a una conversación literaria y política de la que eran guías don Miguel y José Antonio. Y al terminar y separarnos del rector, éste dijo, estrechando la mano a nuestro jefe:

—¡Adelante! Y a ver si ustedes lo hacen mejor que nosotros.

José Antonio irradiaba satisfacción por el interés del acto—Salamanca era entonces la Meca del populismo—, por la disciplina de la Organización, pero sobre todo por su aproximación a don Miguel. Yo, que le conocía bien, refrené su entusiasmo:

—Verás cómo dentro de unos días empieza a "meterse" con nosotros. Lo ha hecho siempre y con todos y no vamos a ser una excepción. Pero, desde luego, contribuirá su presencia a la resonancia del mitin. Nosotros aplicaremos a la Falange lo que él dice de sí mismo: "El caso es que hablen de uno,, aun cuando sea mal."

El primer aniversario de Matías Montero

El mitin de Salamanca fué el día 10 de febrero. José Antonio y sus acompañantes llegaron a la ciudad en la noche del 9, primer aniversario del asesinato de Matías Montero, protomártir del Sindicato Español Universitario. Esperábamos al jefe los camaradas en nuestro modesto domicilio social, un segundo piso de una casona salmantina de la calle del Consuelo, todo pobreza y sencillez, al que se subía por una escalera pina y estrecha, mal alumbrada, que todos nosotros hemos siempre de recordar y que gustó a José Antonio.

Allí, ante un centenar de camaradas de la vieja guardia, muchos de los cuales han dado cuando esto escribo su sangre por la España nacionalsindicalista, conmemoramos la muerte de Matías Montero de una manera impresionante. Hablé yo para exaltar su sacrificio y lo mismo hizo Salazar, el jefe del S. E. U. Y después se adensó un silencio religioso, que duró minutos, durante el cual todos los camisas azules que allí estábamos acertamos a valorar el dramatismo de la misión de reconquista y de sacrificio que voluntariamente y por España habíamos emprendido, formados en hermandad con un jefe que era nuestro mejor camarada. Y aquel silencio lo rompió José Antonio, cuando pesaba sobre nuestro corazón como una piedra funeraria, para decir con una voz temblante de emoción, saturada de lágrimas viriles, el dolor de la Falange por Matías Montero y la exaltación de su gloria.

En la noche del 10, José Antonio, al llegar a Madrid, asistió a una velada celebrada en La Única en homenaje al camarada caído. Y recordó el silencio respetuoso de Salamanca con estas palabras que figuraron en el primer número de "Arriba":

"Anoche, en Salamanca, cobijados en un recinto bajo de techo, pino de escaleras, pobre de luz, entre unos camaradas de buena estirpe leonesa, parcos en la sonrisa y en la alabanza, pasamos el aniversario de Matías Montero. Como el recinto, fué sin adornos la ceremonia; unas palabras de Salazar y de Bravo, otras palabras mías y un silencio que nadie impuso, pero que tuvo, en su autenticidad, mucho mejor sentido que los rituales minutos de silencio."

José Antonio y el terrorismo

Ya he dicho anteriormente que al alma generosa, cristiana y noble de José Antonio repugnaba el terrorismo, la lucha sin cuartel tras de las esquinas. Si la vieja Falange tuvo que apelar implacablemente a este procedimiento de lucha fué por no permitirle otra actitud la criminosa vocación de sus enemigos, que deseaban eliminarnos por el asesinato, antes de que nuestro Movimiento lograra una plena organización por todo el país.

El día 11 de abril de 1935 unos pistoleros sindicalistas atentaron contra uno de los mejores falangistas de Salamanca, Juan Pérez Almeida, hiriéndole gravísimamente y matando a una hermana de doce años que le acompañaba. Almeida murió el 4 de mayo siguiente. Pechando con mi responsabilidad en aquellos días dramáticos, no pudimos organizar un acto de represalia, por las razones morales y prácticas que expuse a José Antonio y que merecieron su aprobación en una carta fechada el 16, en la que decía:

"He recibido tu carta y me parecen bien las decisiones que me comunicas y las razones en que las fundas. Estas razones serían distintas si, lo que Dios no quiera, se repitiese el caso; pero en las circunstancias presentes han tenido todo el acierto. Te ruego no dejes de decir a nuestro camarada Juan Pérez Almeida la emoción y la impaciencia con que todos esperamos noticias de su mejoría. Si encontraras ocasión de comunicar a su familia el dolor de todos nosotros por la muerte de la pobre niña que asesinaron, te lo agradecería mucho." Y me anunciaba el envío de quinientas pesetas para hacer frente a los gastos que el atentado iba a proporcionarnos a unos cuantos camaradas de Salamanca que manteníamos la Organización.

Recuerdo esto porque desde el principio de la Falange abusaban nuestros enemigos de una pintura trazada con chafarrinones de retórica de melodrama, representando a José Antonio como el jefe de una banda de pistoleros a sueldo del capitalismo. Por su nombre y alcurnia, se

pretendía que era un "señorito" jaquetón, prevalido de la influencia del dinero para sostener alquileres de la pistola. Nada más inexacto. José Antonio, de cuyo valor personal no es menester hacer elogios, odiaba la lucha terrorista. Por su gusto, jamás se hubiera empleado la "dialéctica de los puños y de las pistolas" sino en ocasiones francas, en combates y asaltos y no en atentados.

La íntegra responsabilidad de la sangre que los luchadores de la Falange se vieron obligados a derramar—casi siempre en defensa propia o en represalias por crímenes como el de Salamanca—corresponde a nuestros enemigos. José Antonio era la nobleza máxima y la máxima generosidad. Ledesma ha contado que una vez dos militantes con alma de aventura se presentaron en el centro social de Madrid pidiendo un automóvil para atacar a Indalecio Prieto, que charlaba con unos amigos en un café de la calle de Alcalá; quien les disuadió del atentado, al que se disponían con su fanatismo juvenil y ardoroso, fué José Antonio. Y de cómo éste, desde la Modelo, salvó de otro atentado a Largo Caballero, podemos decir esto, oído a camaradas de la primera línea de Madrid.

Era por el mes de abril. El jefe socialista—tan implacable siempre para los nuestros—había vuelto a disfrutar de coche oficial y de escolta, después del 16 de febrero de 1936. Se le titulaba "el Lenin español" y arrastraba al extremismo a la mayoría de su partido, incluso, como era natural, a las juventudes socialistas, que le daban escolta particular. Todas las tardes, protegido por dos guardias de Asalto y dos jóvenes de las milicias marxistas, Largo iba a un sanatorio de las afueras de Madrid a visitar a su mujer, gravemente enferma. Dejaba a su escolta a la puerta del establecimiento; montaba en un ascensor y por un largo pasillo llegaba al cuarto ocupado por su esposa. Dicho pasillo iba a dar a una escalera posterior del edificio.

Un viejo camarada de la Falange era interno del sanatorio. Todas las tardes se encontraba con la figura ramplona y vulgar del jefe marxista. Se vivía entonces en plena furia criminal contra la Falange, perseguida por el Gobierno y por los rojos, sin merced. La supresión de Caballero sería una represalia magnífica por la muerte de tantos camisas azules asesinados en toda España después de la exaltación del Frente Popular al Poder y privaría a la revolución de su jefe más tesonado y popular.

El camarada de referencia comunicó su plan al jefe de la primera línea de Madrid. Era fácil que un par de camaradas, provistos de blusas de enfermeros o médicos, entrasen en el sanatorio con la ayuda del interno. Esperarían a Caballero en el largo pasillo que recorría antes de llegar a donde su mujer sufría. Lo matarían a cuchilladas para no llamar la atención, huyendo después por la escalera de la parte trasera. Después, en un auto preparado al efecto y en pocos minutos ganarían Madrid.

El plan era hacedero. Se contaba ya para ejecutarlo con camaradas probados en actos de valentía y sangre fría. Se preparó todo rápidamente. Mas, por fortuna—la muerte de Largo Caballero habría significado el estallido de la furia revolucionaria, a la que el Poder público no habría querido ni podido detener—, el jefe de la primera línea, dada la calidad del atentado, creyó conveniente consultar a José Antonio. Un dirigente le visitó en la Modelo de Madrid, poniéndole en antecedentes del plan. José Antonio lo prohibió diciendo :

—Sería un disparate político y moral. Acentuaría la represión que se ejerce ahora contra nosotros. Las fuerzas marxistas, que están en pleno auge, no dejarían una iglesia en pie; asesinarían a mansalva a quienes quisieran. Pero, sobre todo, es que resulta inhumano matar a un hombre, aun cuando sea tan odiado justamente como Largo Caballero, cuando va a ver a su mujer moribunda.

El atentado no se efectuó. El jefe marxista acaso no haya sabido nunca que, si vive, es porque el jefe de la Falange tenía una condición generosa y magnánima como pocos.

Un instante decisivo

A fines de mayo de 1935 fui a Madrid a pasar unos días. Durante éstos hablé largamente con José Antonio, que estaba radiante por el buen resultado del mitin celebrado por la Falange el día 19, en el que congregó más de diez mil camisas azules, acto del que no tuvo más remedio que ocuparse la Prensa.

Por entonces, José Antonio estimaba que no había otra salida para la Patria y para el nacionalsindicalismo que la lucha violenta por la conquista del Estado.

—Yo sé—dijo, previendo mis objeciones de pesimista—que todo golpe de mano contra un Estado moderno decidido a defenderse está destinado al fracaso, si no se cuenta con parte de los elementos defensivos del mismo. El fracaso del octubre rojo es una enseñanza terminante. Pero España ha vuelto a recobrar su modorra de siglos, su aire cansino y desalentado. Sin un hecho revulsivo profundo y radical no conseguiremos sacarla de su propensión al letargo escéptico y desconfiado. Y por otra parte, tampoco puede decirse que los intentos revolucionarios, cuando los anima una fuerte mística, fracasan del todo; así, yo predigo que, merced a octubre, las izquierdas volverán al Poder. Y esta alternativa es la que me hace pensar en que debemos adelantarnos, pues si los marxistas y sus aliados se instalan, en el Estado nos perseguirán de muerte.

—Pero para pensar en un "putch" contarás con algo más que con nuestros cuadros de muchachos entusiastas, la mayoría de los cuales no saben coger un fusil. Somos pocos, no lo olvides.

—Ya lo sé. Para un gesto así no estaríamos solos. Yo pienso que quienes visten uniforme y no están entregados a las logias, ante un hecho consumado, y en vista del disgusto que naturalmente les ha producido la injusta y complaciente represión de lo de octubre, sentirán renacer en su alma la vocación patriótica y nos ayudarán.

—Piensa en el 10 de agosto.

—Lo nuestro no puede ser nunca—me contestó entre malhumorado y jovial—nada que se parezca a aquello.

En el fondo, se debatía en el seno de la Falange una lucha de/ tendencias a las que aludió Ledesma en su libro tantas veces citado. Había gentes nuestras que, desalentadas por la marcha difícil del Movimiento, creían debíamos renunciar a la conquista de las masas y convertir la Falange en una minoría hermética, que por la propaganda teórica y literaria y por la acción, cuando no hubiera otra salida, preparara a las juventudes con vistas a un porvenir más propicio. Contra esta tendencia nos alzábamos siempre los que no creíamos sino en el camino de la acción política y revolucionaria, en cuyo comienzo era menester conseguir la asistencia de multitudes, para después poder escoger la acción legal o la ilegal, según las circunstancias lo aconsejasen.

Había camaradas a quienes los catorce años que Hitler empleó para llegar al Poder les parecía una senda demasiado pesada y lenta. Hechos posteriores nos han confirmado en la bondad de nuestra posición dialéctica; si a la Falange se le hubiera permitido —como José Antonio deseaba y esperaba aun después del 16 de febrero de 1936— desenvolver sus actividades como una organización política más, hubieran ido desprendiéndose de sus cuadros los elementos que no estaban hechos para la lucha, que no asimilaban bien la doctrina o que poseían ansias urgentes nada compatibles con la austeridad y la renuncia de nuestra tarea de misión.

Entonces me habló José Antonio de que la Junta Política se iba a reunir en secreto para tratar interesantes cuestiones. Como ya he escrito, fui quien le propuso para sitio de la reunión el Parador de Gredos. En este tomo se reproduce el artículo que escribí en los comienzos del año 1937, relatando lo que en Gredos pasó.

A partir del verano de 1935, la Falange se convirtió en una organización de tipo carbonario, sin renunciar a sus tareas de organización política destinada a moverse a la luz del día. Se daban mítines, había atentados y refriegas, se editaban los escasos periódicos que los fondos del Movimiento permitían; pero los que estábamos en el secreto—por así decir—, los elementos responsables de las Organizaciones provinciales, sabíamos que, paralelamente a dicha actividad proselitista, se desenvolvería otra destinada a conseguir armas, ayudas, dinero y cuanto es

menester para que se eche a la calle una minoría, resuelta a no dejar que la Patria se entregase inerme a la revolución anárquica y destructiva o aceptase una dictadura lamentable, de vuelo corto, que fuera un simple parche conservador para ir tirando, mientras se condensaban, como después de 1930, las fuerzas hostiles a que España fuera como nosotros queríamos: Una, Grande y Libre.

Frente a la dulce Francia enemiga

En el mes de agosto, como el año anterior, coincidimos con José Antonio en San Sebastián durante varios días diversos camaradas, entre ellos Julio Ruiz de Alda, Aizpurúa y yo.

Una tarde comimos en "GU". Era una de esas Sociedades típicamente donostiarras, donde un grupo de amigos se reúne para comer, beber y charlar, adoptando un sistema que se asienta en la buena fe. "GU", situada en la calle portuaria del Ángel, en un sotabanco preciosamente decorado bajo la dirección de Aizpurúa, reunía a unas docenas de artistas, literatos y aficionados a las Artes.

Como Aizpurúa nos había encomiado mucho el "marmitaco"—plato de pescadores—que confeccionaba la cocinera de la taberna de "Ama Virginia", junto a "GU", José Antonio decidió que un día de toros comiésemos los cuatro juntos el plato de referencia. Asistió también un personaje vasco y barojiano, Tellaeché, pintor de marinos y comunista, que no obstante su filiación—más sentimental que práctica—gustaba de la amistad de gentes linajudas como José Antonio y sus hermanas.

Pasamos una tarde deliciosa, después de comer bien.

—Prefiero estas tascas donde dan a comer substancias elementales y nutritivas a los hoteles de comida francesa estandarizada—nos decía José Antonio. Y todos lamentábamos que aquel día Rafael Sánchez Mazas nos hubiera dejado, para ir a Biarritz, no sabíamos bien a qué.

Recuerdo que en aquellas horas, instalada entre nosotros la más franca camaradería, se habló de todo, incluso del amor. Tellaeché parecía ser más bien un misógino que un practicante del amor libre. José Antonio, que tenía con él mucha confianza, bromeaba a sus expensas.

—Tú eres un comunista tolerable y un poco caro. Necesitas beber cosas buenas y comer con gentes que sepan portarse¹ decorosamente en la mesa para estar a gusto. Carlos Marx no te conviene, sino más bien Brillat Savarin.

El pintor—flaco, pequeño, huesudo—protestaba. En cuanto al amor, estaba decidido a compartir las tendencias ascéticas que él suponía propugnaría la Falange.

Y recuerdo que José Antonio, que asistía regocijado a las polémicas humorísticas y amicales que en más de una ocasión sostuve yo con Onésimo Redondo sobre estas cuestiones, le llevaba la contraria aseverando:

—Estás equivocado. Nosotros queremos una España alegre y faldicorta.

Con toda disciplina y entusiasmo, Aizpurúa y yo apoyábamos al jefe en su opinión. Tellaeché tenía de nosotros el peor de los conceptos; nos creía simplemente unos reaccionarios de tomo y lomo. No sabemos al escribir esto ni su paradero, ni si vive, ni si los sucesos le han hecho modificar su opinión.

Al caer la tarde, José Antonio, Aizpurúa y yo nos fuimos en el auto del jefe a Fuenterrabía. Subimos andando por el pueblo; visitamos el viejo Castillo, con sus falconetes y lombardas en el patio, como recuerdo de luchas fronterizas. José Antonio mostraba una satisfacción orgullosa, recordando que un antepasado suyo había defendido la fortaleza y la plaza contra Francia en una de sus invasiones.

Después llegamos al cementerio viejo que hay junto al mar. Habíamos vuelto—sin la presencia de Tellaeché—a los temas nuestros, a nuestras preocupaciones y planes. Nos contó José Antonio su participación en el debate parlamentario de hacía unos días, en torno a un

escandaloso chanchullo de los radicales, que se beneficiaban de su alianza con el populismo ceditista, saqueando al Tesoro en lo que podían. Era el famoso asunto Nombela. Mas tan lejano resulta todo aquello y tan mezquino después de lo pasado, que no vale la pena volverlo a recordar.

En un bar, ya en Fuenterrabía, con una terraza que daba sobre la ría y mientras avistábamos la tierra francesa, José Antonio nos expuso sus preocupaciones y temores por el resultado de la empresa que la Italia de Mussolini iba a acometer en Abisinia.

No cabía duda; el fracaso del Duce hubiera representado el aplastamiento de la corriente fascista en Occidente. Y para nosotros—por entonces los únicos italianófilos durante el tiempo que duró la empresa— era decisivo que Mussolini y su genio cesáreo salieran triunfantes aun cuando otra cosa dijeran todos los técnicos militares del mundo.

La conversación nos llevó a César. En un trabajo relaté ya algo de lo que hablamos sobre la máxima figura antigua y su obra. El lector lo hallará en otro sitio.

También entonces volvimos a escuchar a José Antonio su impresión halagüeña de las visitas que había hecho a Mussolini. Y resumía su admiración por el jefe, el hombre y el estadista con un elogio que hemos oído otras veces:

—Lo que más cautiva es su voz; una voz dominante, acariciante, inexorable. Una voz única, que no se parece a la de ningún otro hombre.

Nosotros también podemos evocar la voz de José Antonio, cautivadora, hecha para la emoción mejor que para el sarcasmo. Una voz finamente varonil, en la que latía lo mejor de su magia sobre las multitudes fanatizadas ante su figura heroica, huidiza siempre a toda chabacanería, a toda propensión a lo vulgar.

"El humanismo del fascismo"

A Juan Aparicio—tan agudo observador de nuestras luchas desde sus comienzos—le oí una vez decir esto: "Así como Fernando de los Ríos quería extraer el humanismo del socialismo, José Antonio quiere lo mismo respecto al fascismo. Para él el problema de la adaptación a la realidad española de la tendencia fascista—en ideas y estilo—consiste en exaltarlas humanísticamente".

Exacto. Por su formación espiritual, por su extrema generosidad, José Antonio tenía que entender de esa manera nuestras doctrinas. El fondo cristiano y católico de su espíritu y de su cultura le llevaban a ello. En lo íntimo de su ser latían condescendencias liberales, humanas. Del proceso psicológico que le llevó a nuestras filas nacionalsindicalistas podría hacerse un estudio interesante. Desde luego la causa esencial de tal evolución fué su amor apasionado por España, paralelo a su interés por los desheredados. Fué esa pasión por la Patria—entendida siempre de una manera exigente e intelectualísima—lo que pudo "bloquearle en nuestras líneas", como habría gustado de decir Ledesma.

Seguid la línea constante de sus artículos y discursos. Se comprueba ante todo que, a lo largo de cuatro años de batallar incesante, la personalidad de José Antonio había logrado la plena madurez para ser jefe.

En todas las dimensiones exigibles a un capitán, su alma se había profundizado y mejorado. Y también es fácil constatar que, partiendo de supuestos cercanos a una concepción liberal del mundo, llegó a entender España y sus apremiantes urgencias como el más ortodoxo e implacable de los nacionalsindicalistas de la hora primera. Decir esto no menoscaba, sino todo lo contrario, la estimación intelectual y política de su gran figura.

Si José Antonio tenía una fe inmarcesible en los destinos de nuestra dogmática, de nuestra ideología, era por considerarlas más capaces que ninguna otra extranjera de encarnar el humanismo requerido por los tiempos nuevos, conciliándolo con la existencia y la justificación de un Estado totalitario, instrumento ejecutor de las misiones más genuinamente hispánicas. Su

humanismo arrancaba de lo humano, del individuo. Véanse sobre esto diversos pasajes de su obra. Y, en definitiva, consideraba al hombre como el fin y el objeto de toda política.

También su dialéctica está matizada de esa propensión liberal—usemos el término de la manera más inteligente posible—y humanística. José Antonio es el pensador y el polemista de los "porqués" y de los "asís". Releed sus frases más profundas, sus imágenes más aladas. Todas tienden a sentar una afirmación demostrativa. Más que saetas destinadas a vencer al adversario, son argumentos para convencer. José Antonio creía aptos a todos los españoles de su tiempo para salvarse como entes políticos en una tarea común de exaltación española. Intuitivamente comprenden esto nuestras masas, cuando echan muy de menos su presencia. Pocos casos en la Historia del jefe de un grupo minoritario obligado a la lucha cruenta e implacable a quien no cercara jamás el odio. Podía odiársele por lo que significaba o representaba; por sí mismo, no. Y esta justipreciación popular de su figura señera arrancó de diversas raíces misteriosas que el César expande en su tiempo y en sus proximidades; pero también de que José Antonio jamás abandonó el propósito liberal de "convencer", lo que ya representaba una valoración de sus adversarios. También San Pablo decía que era bueno que hubiera herejes. El espíritu de José Antonio era pauliniano en esto y en el ardor y ansia de perfección que lo consumían.

"Era él; se veía que era él"

En las conversaciones de Goethe con Eckermann, cuando se refiere a su entrevista con Napoleón, el poeta del "Fausto" no encuentra mejor modo de expresar la impresión que el César corso le causara que decir a su interlocutor:

—Era él; se veía que era él. Y eso era todo.

Lo mismo podría decirse de José Antonio. Que todos los camaradas de la hora primera, que cuantos le amaron y siguieron en su lucha, recuerden la ocasión primera en que le conocieron. Se veía que era él. No necesitaba de presentación; mucho menos, de que nadie le señalase a las gentes. Emanaba un fluido especial, misterioso. Y sobre todo una irresistible simpatía, que desde lo físico arrastraba a la admiración espiritual. (Acaso ese magnetismo, difícil de referir, era la causa de que no pudiera gastar reloj de pulsera, pues cuantas veces lo intentó hubo de desistir, según nos contaba un día en San Sebastián, porque la maquinaria se adelantaba o atrasaba al ponerse en contacto con su organismo. Detalle éste por lo menos curioso para cuantos cazadores de anécdotas puedan asomarse a la vida de quien todo él era excelsa categoría.)

Lo conocí, como ya se ha dicho, en el mitin famoso de Valladolid. Antes de que se irguiera en su puesto presidencial, le estuve observando ahincadamente, a un Par de metros, junto a la mesa de mis compañeros los periodistas. Le cercaba en aquella ocasión el ambiente electrizado que desprendía una muchedumbre enfervorizada, sobre la que sus ojos tristemente azules derramaban miradas de comprensión y reconocimiento. Al levantarse, la expectación forjó un silencio unánime. Y dejó oír su voz grata, fina, vehículo el mejor para aquella su galanura retórica. Y sobre su verbo se alzaba para mí una elegancia varonil que no perdería jamás, expresada por un accionamiento de brazos todo dignidad y firmeza.

Se veía que era él. En aquel momento—mientras cantaba a nuestra Castilla imperial con frases líricamente exactas—, los que como yo andábamos en busca del capitán al que seguir, nos sentimos arrebatados. Estaba allí, ante nuestros ojos, mientras el alma sedienta de obediencias lo reconocía gozosa. Y después, en las calles tiroteadas por el odio cerril, a la cabeza de sus muchachos, pudimos ver que la calidad heroica le acompañaba, terminando por completar su figura cesárea.

—Al principio, cuando abrieron las puertas del Calderón—me decía uno de mis camaradas salmantinos, un estudiante adolescente que fué después un guerrero sin tacha en la guerra civil—y comenzaron a disparar los socialistas, tenía miedo a salir a la calle, pues no tenía ni una mala pistola. Pero cuando salió José Antonio fui detrás sin temor a las balas, como si una coraza invencible me protegiera.

Arrastraba, seducía. Nadie como él—tan joven—logró un imperio tan decisivo sobre la juventud. Y de él no nos substraíamos, aun cuando lo hubiéramos deseado, que no lo deseábamos, aquellos que teníamos más edad que él mismo y a quienes el bregar de la vida nos había encallecido el alma. Cualquiera de la "vieja guardia" le hubiera ofrendado alegre su libertad y su vida. El temor a una reprimenda, a un sarcasmo suyo, nos hacía seguir vigilantes la marcha de la propia conducta. Cuando le asaltaba alguna de sus "cóleras bíblicas"—en casos contados—era difícil resistirle la mirada, que tornaba de acero sus ojos. Hasta los hombres duros de la primera línea estaban prontos a temblar cuando el furor justiciero le ganaba.

Pero si alguna vez inspiraba temor—sobre todo si la propia conciencia colaboraba con él en sus reproches—, lo constante era la admiración y la simpatía. En aquellas salas del palacete del Marqués del Riscal o en el edificio de la cuesta de Santo Domingo, henchidas por un ambiente de ilusión y de fe, todos nosotros nos sentíamos amparados y protegidos por su presencia.

—Ha llegado el Jefe—se decía de boca en boca. Y era como si el terrorismo marxista hubiera sido barrido de España y no pudiera alcanzarnos jamás y como si a cada uno nos signara el Destino de una fe confiada y alegre.

Sobre la nostalgia

El judío Ludwig cuenta en sus Conversaciones con Mussolini que en el transcurso de una de ellas le preguntó :

—Puesto que usted ha sido poeta, escritor y músico, ¿cree que le sería posible volver al arte si alguna vez..., contra su voluntad, se viera obligado a la pasividad forzada?

Y que el Duce, moviendo negativamente la cabeza, le contestó:

—No volveré a la vida contemplativa. Soy un espíritu occidental en la más fuerte acepción de la palabra. Ya no digo con su "Fausto" de ustedes: "Al principio fué el verbo", no. "Al principio fué la acción".

Y el escritor insistió:

—¿No tiene usted nunca instantes de nostalgia? ¿No se dice usted entonces: querría abandonar, perder de vista para siempre este trabajo?

—¡Jamás!—contestó Mussolini sin un titubeo.

Después de su adscripción a la tarea fundamental y misional de la Falange, ¿sintió José Antonio nostalgia de su vida anterior, dedicada al estudio, al grato placer de la cultura y al ejercicio de su carrera que tanto le apasionaba, como confesó siempre?

En algunos momentos, con sus leales, confesaba, sí, lo mucho que echaba de menos sus días anteriores al mitin de la Comedia. Eran, más que momentos de debilidad o desilusión, reacciones doloridas ante la incomprensión y hostilidad del medio. En alguno de sus discursos, glosando la muerte en sacrificio de unos cantaradas, llegó a decir que acaso España no merecía aquel sacrificio. Pero esto no era en él esencial ni mucho menos. Venía a ser como un escape de su alma, tan pudorosa y sensible. Pero la atadura imperecedera con nuestros Caídos, su pasión fervorosa por la suerte de la Patria, le curaban de toda añoranza. También él hubiera contestado con tres "¡jamases!" irrevocables a quien le hubiera preguntado algo semejante. Había ofrendado su vida heroica al servicio de España y del nacionalsindicalismo, y el paso de los días de lucha, endureciéndole, lo arrastraban cada vez más lejos de una vida burguesa, cómoda y de simple y noble artesanía cultural.

Mi última noche a su lado

Pasaron los meses y los acontecimientos daban la razón a las reiteradas predicciones de José Antonio, que mucho tiempo antes de las elecciones de febrero de 1936, a raíz del comienzo lamentable de la represión del octubre rojo y separatista de 1934, había predicho reiteradamente la vuelta de las izquierdas y de Azaña al Poder.

La Falange, escotera y altiva, fué sola a la lucha electoral, cuyos preparativos fueron aprovechados, sobre todo, para una labor de propaganda. En ocasión de un viaje, días antes del 16 de febrero, durante el cual habló José Antonio en Trujillo, Jaraíz de la Vera, Logrosán y Plasencia, estuve con él unas horas. No volví a verle.

Fué el día 13. El camarada Luna, jefe provincial de Cáceres, me dio cuenta de la presencia de José Antonio en su demarcación, siendo así que le creíamos todos por Cádiz, al que representó como diputado en las elecciones de noviembre de 1933.

Fui a Cáceres con otros camaradas salmantinos, y como al caer de la tarde aún no hubiera llegado José Antonio, decidimos ir en su busca hasta Jaraíz, pueblo donde entramos ya de noche.

Había por sus calles rudos campesinos extremeños, de los que tan magníficamente se han portado en la guerra civil, muchos de los cuales vestían la camisa azul. Vigilaban por si los socialistas—numerosos allí como en tantos otros pueblos extremeños—intentaban alguna violencia contra los asistentes al mitin. Este se celebraba en una amplia panera, en la plaza Mayor, y resultaba nada fácil el acceso a la misma. Al nombre popular de José Antonio había respondido una gran masa, un gentío de militantes y curiosos que se aglomeraban impacientes en una sala donde cabrían normalmente quinientas personas, pero en la que había el triple. Un fuerte vaho popular y labriego adensaba el aire, mal alumbrado. Desde la puerta—peroraba Manuel Mateo—vimos a José Antonio complacido por aquel ambiente sobrecargado de pasión.

A codazos conseguimos llegar hasta el Jefe, oprimido, achuchado por todos los lados por el gentío. Sobre las cabezas nos dimos el cordial apretón de manos de siempre. Unos minutos después terminó el discurso de Mateo, y José Antonio habló a su vez. Tenía la voz enronquecida; nunca le vi y oí como aquella noche. Contagiado por el acto, por aquellas gentes ansiosas de pelea a las que les pesaba la tiranía marxista de la calle y la ausencia de todo poder en el Estado, pronunció un discurso breve y perentorio, exaltado, al rojo. Yo creí que nuestros camaradas cacereños lo iban a matar con su entusiasmo, con su afán de llegar hasta él y de abrazarle.

Al terminar uno de sus párrafos, subrayado por una ovación y unos vítores tremendos, un muchachito se atrevió a lanzar un tímido ;viva Gil Robles! Si José Antonio no interviene, cortando el discurso, el interruptor hubiera quedado despedazado. Recuerdo aquel incidente como indicio, más que nada, de la alta tensión corajuda y varonil que llenaba la panera.

Esa misma tensión había ganado sus nervios, cansados por unos días lacerantes de mítines, viajes siempre él en el volante—y de preocupaciones. A la salida, seguido hasta el coche por la masa que enronquecía vitoreándole, uno de nuestros muchachos cometió el error de gritar cerca de él algo que siempre le sacaba de quicio:

—¡Viva el fascio!—y esto con el deje extremeño característico.

José Antonio le reprendió airado. Le habría pulverizado con la mirada.

—Discúlpale—dije a su lado en voz baja—. Es un campesino entusiasta.

—Lo único que nosotros gritamos es ¡Arriba España! y ¡Viva la Falange!—gritó José Antonio al buen camarada—. ¡Que no os vuelva yo a oír semejantes cosas!

Desde Jaraíz, en varios coches, nos trasladamos a Plasencia. En su teatro nos esperaba un público comedido y formal, de burgueses y conservadores. En contraste con el mitin aldeano de Jaraíz, el de Plasencia—cansado el público, por otra parte, de esperar—parecía desprovisto de temperatura.

—Me gustaba más el mitin de Jaraíz que éste—nos dijo José Antonio a Mateo, Luna y a mí, destinados a acompañarle en la presidencia al lado de un pacífico señor delegado del alcalde.

Después del mitin—en el que por cierto José Antonio fué la primera vez que anunció que la Falange no acataría los resultados de la lucha electoral si resultaban comprometedores para la vida misma de la Patria—cenamos todos juntos en la sala de una fonda. Estaban con nosotros Luna, Acevedo y demás buenos camaradas de la vieja guardia cacereña. De Madrid, únicamente Mateo y Aguilar el pequeño, que con su "Parabellum" al cinto era el único que acompañó a José Antonio en su peregrinación electorera por toda España. También se sentó a nuestra mesa un bravo muchacho de Logrosán, herido en la espalda por los marxistas mientras colocaba un cartel de propaganda de la Falange y que, no obstante estar con fiebre a resultas de la lesión, no quiso dejar de asistir a los cuatro mítines de aquel día.

Mientras transcurría la cena hablamos de las elecciones, refiriéndolas sobre todo a Cáceres, donde eran ya numerosas las J. O. N. S. constituidas. Si en aquella provincia se hubiera hecho una propaganda más activa y se hubieran organizado mejor las cosas, quizá José Antonio y algún otro camarada habrían salido diputados.

Después de las once emprendimos el viaje a mi ciudad. José Antonio nos explicó:

—Quiero dormir esta noche en Salamanca, para salir temprano a Medina. Allí estará Onésimo esperándome para dar otro mitin. Mañana por la noche damos otro en Gijón. Y luego volveré a Madrid a esperar el resultado de las elecciones y a descansar un poco, pues buena falta me hace.

José Antonio se puso al volante de su coche y yo monté a su lado. Detrás se acurrucó para dormir el camarada Aguilar, harto cansado de aquellos trajines. Gil Remírez nos seguía detrás en su auto, acompañado por otros falangistas.

—Tenemos que ir charlando todo el camino o de lo contrario me duermo—me advirtió José Antonio.

—Mejor; así me cuentas todo lo sucedido en estas semanas. Me muero de curiosidad por saberlo. Claro está, que me lo dices si te parece oportuno.

Salimos de Plasencia a poca marcha. Muchas veces he recorrido después aquel trayecto, y al recordar mi última hora con el Jefe obedecido y bien amado, los encinares cacereños, los montes bejaranos, me sumen en indefinible melancolía. Aquella noche cargada de presagios fué la última en que nuestra palabra se cruzó, en que nos dimos el abrazo fraterno de despedida. El bordoneo del motor nos adormecía y únicamente el interés de aquellas sus postreras confesiones despabilaban el sueño.

Así es que tampoco vas en Cádiz en la candidatura derechista—inquirí.

—Ni por allí ni por ninguna parte. Vamos solos a la lucha, y, como es de esperar, no sacaremos ni un acta.

—Pero eso para nosotros será terrible. ¿No te das cuenta de que si pierdes la inmunidad parlamentaria y triunfan, como pronosticaste varias veces, las izquierdas, tardarán en meterte en la cárcel muy pocos días? ¿Qué va a ser de la Falange si tiene que arrostrar la persecución con su jefe encarcelado y reducido al silencio ?

Y al preguntarle esto, una angustia indefinible me anegaba el alma, entonces más leal que nunca a José Antonio y más preocupada por su suerte.

—No ha sido posible. Y, en definitiva, es lo mejor que nos puede pasar. Tenemos que afrontar el porvenir limpios de toda responsabilidad y exentos de contaminaciones que nos llenarían de desprestigio.

Y mientras los árboles iban deslizándose en su carrera aparente, alumbrados por los faros del auto, José Antonio me hizo un relato de todas las negociaciones verificadas para conseguir que la Falange figurase en las candidaturas opuestas al Frente Popular.

Ahora no es ocasión de recordar sus palabras; quizá no lo sea nunca. Entre aquellas peripecias minúsculas y estos días posteriores a la guerra civil ha habido una catástrofe tal, que hasta sus orígenes remotos quedan empequeñecidos por la perspectiva. Lo único que podemos

recordar es aquel temor invencible que nos ganaba a todos nosotros, ante la sola idea de que José Antonio, convertido en un ciudadano cualquiera, quedase a merced de sus enemigos todos. ¡Terrible responsabilidad ante la Historia la de cuantos sintieron, por envidia o malquerencia, la voluptuosidad de verle desprovisto de las ventajas que una miserable acta de diputado podía proporcionar a su jefatura!

Sus palabras me dejaron desesperado. El tomaba a broma el asunto.

—En la cárcel se debe estar muy a gusto. Descansaré, que buena falta me hace. Y, en definitiva, ya verás cómo salimos ganando si la persecución nos pilla a la intemperie.

—Pero tendrás que prevenir la tempestad. Si Azaña vuelve al Poder, como ahora parece evidente, nos van a cazar como a perros. Es menester que organices en forma el aparato ilegal del Movimiento y que para la lucha armada prepares una primera línea eficaz, aprovechando esos muchachos tan magníficos que ya tenemos en la Falange.

—Te aseguro que esto me preocupa más que las elecciones. Recuerda lo que os dije en Gredos: no tenemos más salida que la insurrección. Hay que ir a ella, aun cuando perezcamos todos. Y mientras llega, vamos a montar una primera línea capaz de todos los ataques y de todas las represalias que se nos impongan. Tenemos demasiados camaradas valientes con nosotros. Incluso me tiene intranquilo la propensión aventurera y arriscada de docenas y docenas de "camisas azules" que gustan del riesgo más de la cuenta. Si no los disciplinamos, no sólo van a dar disgustos a los marxistas. Pero con todo su ardimiento y sus defectos, ¡son tan admirables!...

A José Antonio se le hacía la boca agua hablando de "sus muchachos". Había olvidado ya la podredumbre electorera, los pactos y las gestiones fracasadas gracias a su altiva entereza y a la conciencia orgullosa de su responsabilidad. El aire de la noche había arrastrado por las ventanillas del auto las quejas y amarguras por la conducta de otros a quienes seducía el sentarse en los escaños del Parlamento y que no podían parangonarse en ansia de sacrificio y en pureza con los rapaces rabiosos y exasperados de las escuadras de choque. Al Jefe le gustaba siempre más sentirse guerrero que político.

La charla nos llevó a los intentos de conspiración que desde meses antes se hacían por los militares y otros sectores políticos de derecha. También sobre esto me contó José Antonio cosas sabrosas. Como resumen, recuerdo que me dijo:

—No iremos a un complot si no es para una cosa seria y revolucionaria y en la seguridad de que nuestra política, caso de triunfar, y nuestra apetencia revolucionaria sean las que prevalezcan. En todo caso habremos de ir sin perder el control de nuestras fuerzas, sin que se desdibujen nuestros cuadros. Mientras no se nos den las garantías más terminantes no haremos nada. Y ya verás cómo, al triunfar las izquierdas, acuden a nosotros esos mismos que ahora nos desdeñan porque tenemos pocos votos.

Seguimos hablando del porvenir. Coincidíamos, al igual que todos los españoles con algún sentido de la historia y de la política, en reputarlo sombrío.

—Las izquierdas acentuarán su sectarismo y su barbarie. Los republicanos se verán pronto desbordados por socialistas, comunistas y anarquistas. España irá hacia la revolución y el caos a velas desplegadas. Y ya verás entonces—me decía con voz ardiente—cómo únicamente la Falange es capaz de hacer frente a la torrentera.

—Pero piensa en que somos aún pocos y que nuestra organización es débil—le decía yo, acentuando mi pesimismo, para exaltar más su confianza en el triunfo.

—Tienes razón. Pero ya verás cómo el peligro nos fortalece. Fracasará de una vez y para siempre el ensayo populista. Las masas agrarias se vendrán con nosotros. Y la clase media y una minoría obrera. La misma necesidad nos hará perfeccionar nuestros cuadros. Todo depende de que conservemos la disciplina y de que no haya confusionismos peligrosos. Ten en cuenta que únicamente las minorías son las que hacen la Historia y las revoluciones.

—Mas si tú vas a la cárcel y contigo vamos los demás, se corre el riesgo de que la Falange deje escapar la ocasión o tenga que ir a remolque de otros.

—No hay cuidado. Entre los militares, por ejemplo, cada día tenemos más ambiente. En África hay ya una organización clandestina magnífica, que está en muy buenas manos. Sin nosotros, nadie podrá hacer nada práctico.

—Pero si estalla un movimiento insurreccional y tú estás preso, no sólo puede fracasar, sino que tu vida misma correrá peligro.

—Ya lo sé. Pero no podemos esperar a que las cosas se pongan a nuestro gusto. Si hay que caer, no olvides que será por España.

Y luego, con cierto tinte de reproche en su voz, agradecido a mi interés por él—interés de camarada, de amigo, de confidente—, agregó:

—¿Es que no han caído nuestros mejores? Lo que hizo Matías Montero ¿no debo hacerlo yo, que era su jefe? ¿Y Carrión y Pérez Almeida y todos los demás?

Yo sabía que tenía razón. Ante el sacrificio, la jerarquía obligaba más al más alto. En la hermandad de la Falange esto era sabido. Pero la angustia seguía atenazándome, encarados frente al porvenir, ante la sospecha tan sólo de que aquel hombre excepcional que conmigo atravesaba la noche y los campos pudiera perderse antes de rendir a España todo el servicio que su alma cálida y su talento excepcional y su corazón brioso podrían rendirle.

Seguí amos nuestro camino. La fatiga asordaba su Moderó la marcha del auto.

- Si ves que me duermo me pellizcas—dijo irónicamente—. Esta noche los árboles me atraen de una manera especial. Y es que llevo varios días de ajeteo incesante. ¿No es verdad, Aguilar?

Pero el camarada escolta dormía como un bendito, fiado a las dotes de conductor de su jefe.

—¿Y cómo has hecho este viaje tan sólo? ¿Por qué no van tres o cuatro muchachos contigo?

—No era posible. Todos andan en la propaganda por diversas provincias. Además, no se atreve nadie con nosotros. La Falange inspira ya demasiado miedo. En Jerez el otro día se insolentó un municipal y luego le ayudó en su actitud un grupo de sindicalistas, pero apenas bajamos del coche se callaron.

—Es que incluso para arreglar los pinchazos debían ir otros contigo.

—Nada de eso. Tenemos mucha suerte. Y sobre todo, organizadas tan bien las cosas, que el cambiar de cubierta nos lleva escasos minutos.

Habíamos llegado a Béjar. En una taberna del camino, abierta a aquellas horas, en la que un grupo nutrido de obreros hablaba de política, entramos a beber un poco de cerveza. Aquellos hombres, izquierdistas sin duda, nos miraron curiosos. Alguien debió de reconocernos, pues se hizo un silencio extraño en la tasca.

Aludiendo a lo que habíamos visto, José Antonio, reemprendida la marcha, me dijo:

—Parece mentira que las derechas sigan tan torpes y tan ciegas. Hay en la masa obrera un fermento terrible de revancha. Esta vez no se abstendrá la C. N. T. Quieren la amnistía y luego la revolución. Verás en qué queda aquello de "¡a por los trescientos!"

Nos íbamos acercando a Salamanca, cuyas luces se veían ya a lo lejos. Zamarreé a Aguilar para que despertase. Pasado el puente nuevo sobre el Tormes, encontramos a la ciudad dormida. Eran aproximadamente las dos de la madrugada. No habíamos corrido mucho en el viaje.

En la Puerta de San Pablo encontramos un grupo de obrerillos pegando en las fachadas los carteles de propaganda frentepopulista. Junto al Gran Hotel, acompañados por dos guardias, unos muchachos de la J. A. P. hacían lo propio. Al parar el coche y echar yo pie a tierra se extrañaron. Al reunirme con José Antonio lo reconocieron en seguida. Como unos papanatas se acercaron a verle. Aguilar, creyendo otra cosa, apercibió la pistola.

—No te preocupes, camarada—le dije—. Son unos buenos muchachos de la J. A. P.

Encerramos el coche en la parte trasera del Gran Hotel. Dimos andando la vuelta al edificio. En el "hall" los japistas miraban asombrados y curiosos. José Antonio pidió dos habitaciones, encargando se le despertara a las siete de la mañana. Le pregunté si quería u ordenaba algo. Nos dimos un fuerte abrazo. Un presentimiento cantaba doloridamente en mi corazón. Nunca jamás volví a verle. Nunca jamás me miraron sus ojos azules ni me asombró su sonrisa. Me volví a ver cómo subía, gimnástico y fuerte, la escalera de mármol. Para mí resultó la senda misteriosa que lo condujo al más allá...

Cuatro cartas a una mujer

¿Cómo fueron o son las mujeres a quienes José Antonio amó? Algún día los biógrafos—este libro no es sino un mínimo ensayo en torno a su figura—sabrán poner en claro el tema. Si, como afirma Ortega, nada nos define mejor que la calidad de aquellos a quienes amamos, es de presumir que la mujer a quien José Antonio amó en alguna etapa de su vida fuera excelsa. Al alma magnánima del César de la joven España no era posible le interesara lo vulgar, por bien revestido que físicamente se mostrase ante la vanidad del mundo.

El cronista sabe muy poco de la vida sentimental de quien fué su jefe. Hombre de partido y de lucha, se aproximó a él y compartió en parte sus horas y sus responsabilidades, porque había que trabajar por España, que indudablemente era la mejor y más querida de las novias de todos nosotros. Como cuantos cayeron en la cruzada, todos sentíamos que, ante el riesgo de la Patria, lo personal venía a ser accesorio. Confirmando la frase napoleónica, José Antonio buscó la felicidad y encontró la gloria, es decir, hizo renuncia de sus afectos todos, de sus pasiones también, en el ara sagrada de España.

La casualidad ha puesto en nuestras manos cuatro cartas tuyas dirigidas a una mujer. Sus fechas nos dicen que en el período más agitado y decisivo del vivir español anterior a la guerra civil hubo una muchacha española que logró interesar a quien tantas responsabilidades soportaba tras los hierros de su prisión, y un poco antes, a través de las tempestades de los mítines, los atentados y los viajes. La que pudo lograr esto tiene que ser espiritual y físicamente un paradigma de selección.

Esas cartas son de amistad. No cabe duda. Pero a través de ellas se muestra tan espléndido el carácter de José Antonio, la finura irónica de su estilo—poético siempre—, que las publicamos con el debido respeto y la discreción indispensable, agradecidos a aquélla que, tan sólo por su devoción a una amistad limpia y sentida y por su admiración hacia José Antonio, ha podido acceder a nuestras instancias. Siendo este libro un documento humano sobre la figura de José Antonio, a nadie ha de parecer mal que se aporten estas cartas, como datos más bien políticos que sentimentales, ya que en ellas se habla de la cárcel, de las multitudes y de la jefatura y para nada del amor.

I

"Madrid, 20 de enero de 1936.

¿Tendré que decirte cómo he agradecido tu carta? Entera, pliego y sobre, no sólo la estampa que me remitías, ha venido conmigo en todas estas jornadas de propaganda. La franca y tranquila naturalidad de tus renglones me ha servido muchas veces de descanso en el ajetreo y de paz en los ratos de mal humor.

Tal vez sepas que he estado en Cáceres. He hecho, poco más o menos, tu recorrido: de Avila a Cáceres, aunque mi camino haya dado grandes rodeos. ¡Ávila a Cáceres! Por primera vez me he dado cuenta, al acompañarte imaginariamente en el camino, de que ese trayecto es, tal vez, el eje de España. Por ahí trashumaban los ganados cuando España era todavía ganadera, que es cuando aprendió a ser descubridora y militar.

Ahora siento haber escrito un párrafo más o menos solemne. Quizá contribuya con él a que sigas pensando que estoy en actitud de jefe, como apuntas, por coquetería, que tal vez estaba al saludarte. Digo por coquetería porque sabes muy bien qué poco había de actitud de "caudillo" en mi saludo y cuánto de hombre sencillo y normal que reanudaba con alegría una antigua comunicación mantenida durante todo el mitin. Lo mejor que tuvo nuestro encuentro fué la falta de sorpresa; nos pareció tan natural a los dos como si nos conociéramos de siempre; por lo menos a mí. Aparte de eso, puedes creer que no me siento nunca "jefe" en el sentido de lo externo y aparatoso. Cumplo en mi puesto porque lo considero mi deber, pero me interesa muchísimo más lo que pueda haber de humano dentro de mí. Ya lo irás notando cuando nuestra amistad sea más larga; y hasta te darás cuenta de que esta amistad, en cuanto tenga de comunicación e inteligencia mutua, me servirá de mucho más alimento espiritual que las aclamaciones. Lo importante, en el fondo, es tener en la vida siete u ocho personas con quienes hablar y entenderse; lo demás—la exhibición, los aplausos—son cargas que deben llevarse sin caer en la soberbia de creerse superior a las masas (cosa que no suele ser verdad, porque en las masas hay infinitas vidas humildes llenas de valor profundo), pero tampoco en la vanidad de creerse más porque le aplaudan a uno.

Perdona lo confuso y sentencioso de esta primera carta mía. Te pido, si no es mucho, que me contestes.

Incluso, si es posible, evitando el medir por mi tardanza la de tu contestación.

Con todo afecto vuelve a darte las gracias, José Antonio.

Ya sabes: Serrano, 86."

II

"Madrid, 18 de marzo de 1936.—Prisión celular.

Querida I.: Perdóname que haya dejado pasar tantos días sin contestar dos cartas tuyas. Ya sabrás que mi habitual ajeteo se ha complicado ahora con la pequeña peripecia de esta detención. Si no fuese porque fuera de aquí está mi puesto de servicio, te aseguro que estaría encantado: pasarse de cuando en cuando una temporada en la cárcel es delicioso: no existe el teléfono, la comunicación con el mundo exterior se reduce a una hora al día, las comidas son algo más frugales, se puede hacer por la mañana gimnasia, porque nada le apremia a uno; se toma el sol en los patios, se lee y se escribe. Si lo hago ahora, aprovechando esta quietud, y no lo hice antes, espero que me sabrás perdonar. Más difícil es que yo te perdone que hayas estado en Madrid sin avisarme, cuando tú sabes muy bien (porque esto se sabe sin que se lo digan a uno) lo mucho que me hubiera alegrado de verte.

Espero estar libre para cuando vengas otra vez. Si no lo estoy, ¿te decidirás a visitarme en la cárcel? Las horas de visita son de doce y media a una y media. Convendrá, de venir, que vengas temprano dentro de esas horas, y que alegues un vago parentesco conmigo. Será una magnífica sorpresa verte al través de la reja. Hasta me gustaría que fueras un poco más simple para que te hiciera todo el efecto romántico y patético que conviene esto de verme enjaulado. Pero ni te lo producirá ni tengo interés en que te lo produzca. Estoy seguro de que, una vez más, nos entenderemos en la manera sencilla de hacer cara a esta pequeña incidencia, que ni es tan grave como para hacerle a uno acreedor al martirologio ni está tan desprovista de pequeñas incomodidades como para no tener cierto valor educativo.

Espero que me alegren unos renglones tuyos. Puedes mandarlos a casa o aquí. Mientras tanto, recibe el afecto de José Antonio."

III

"Cárcel Modelo, 22 abril.

Querida I.: Me prometiste venir a verme hacia el martes. ¿Qué formalidad es ésta? Antes de ponerte un pleito por quebrantamiento de promesa de visita, mi benevolencia se inclina a creer que tal vez te hayan puesto alguna dificultad para entrar. Si es así, haz el favor de escribirmelo aquí o a casa y yo trataré de arreglarlo.

Mientras te veo, mil gracias muy sinceras por tu pésame. Era un primo mío sencillito y valiente al que quería mucho.

Hasta pronto, espero, José Antonio."

IV

"Prisión provincial.—Alicante, 27 de junio 1936.

Querida I.: Este retraso en contestarte se debe a una mala memoria. No—ya lo entenderás—porque me haya olvidado de tu carta o del santo de tu nombre, sino porque no recordaba el número de la calle de Santa Engracia en que vives. Supongo que la calle entera de Santa Engracia reventará de orgullo de tenerte y reconocerá tus pisadas entre mil; pero como tal vez esa perspicacia jubilosa no se haya transmitido a los carteros, temía que mi carta se perdiese si la dirigía, por ejemplo, al número 40 de tu calle. He tenido que esperar a que Cuerda (¿no conoces al admirable Cuerda, actualmente en la Cárcel Modelo?), a instancia mía, buscara tus señas entre mis papeles y me las enviara.

Todo se quedó allí de mala manera en la noche en que me sacaron inesperadamente para trasladarme aquí. Mi despedida de la Moncloa fué un nuevo espectáculo de esas cóleras bíblicas en que he caído últimamente con alguna reiteración. A la mañana siguiente, con la luz que precede al amanecer, Miguel mi hermano y yo fuimos depositados en esta nueva cárcel. Tenemos menos amigos que en la de Madrid, porque no nos permiten la comunicación con los camaradas presos, pero ya hemos implantado nuestras costumbres (gimnasia, ducha, etc.) y n© lo pasamos nada mal. Leemos, escribimos y una hora al día nos asomamos a una jaula para recibir los saludos de los camaradas de toda la región y alimentar, por otra parte, la curiosidad de no pocos ciudadanos tranquilos, en cuya vida sin altibajos constituye considerable aliciente el ver a dos hombres en una jaula.

Tal vez dentro de unos días me lleven a Madrid para asistir a otro juicio. A ver si te veo. Cree que se alegrará de veras tu buen amigo de verdad, José Antonio."

Cómo nos llegó la noticia de su muerte gloriosa

Algún día se hará la historia de la participación de Falange en el Movimiento nacional y la crónica de sus actividades en los primeros meses del mismo. Tarea difícil en verdad. Salir de la más sañuda de las persecuciones a las dificultades de la guerra civil, que a lo primero vino a ser en nuestro campo un caos entusiasta, representó una peripecia sólo rebasada por la fe en el triunfo.

Una parte de dicha crónica tendrá que referirse a los trabajos llevados a cabo para lograr la liberación de José Antonio, trabajos que encontraron siempre el apoyo más decidido por parte del Generalísimo Franco, como nos consta a los que en aquella época llevamos sobre nuestros flacos hombros la responsabilidad de la dirección de la Falange. Mas ahora no es pertinente aludir a ellos.

Los que albergábamos una idea aproximada del dramatismo de la guerra civil, veíamos aumentar nuestro temor por la suerte de José Antonio a medida que nuestras fuerzas consolidaban sus avances, infligiendo a los rojos derrota tras derrota, y acercándose raudas al Madrid perdido para la causa nacional. La Junta de Mando estaba en Burgos; con la ayuda de diversos amigos se

montó un servicio para recibir, a través de Francia, parte de la Prensa editada en Madrid y Barcelona por los rojos. Y un día desdichado de mediados de noviembre de 1936 leímos que José Antonio iba a ser sometido a un Consejo de guerra en Alicante. Las radios del enemigo aludieron también a la terrible contingencia.

Se intensificó la tarea para conseguir que José Antonio no fuera inmolado. Por desdicha para España y para nosotros, se fracasó en el empeño. Y en el anochecer del 20 de noviembre unos cuantos camaradas que conmigo estaban, anhelantes junto a un aparato de radio—Muro, Moreno, Martínez Mata, José Luis Gutiérrez, Villaverde, Rivas, Conde—, pudieron oír, consternados y trémulos, una sencilla noticia emitida por varias radios rojas, en especial por las que controlaba la C. N. T.: se había cumplido la sentencia dictada contra José Antonio en la madrugada de aquel día lívido.

Derrumbadas nuestras mejores ilusiones, confieso que lloré. No lo hacía desde muchos años antes, acaso desde la infancia. Ni penas familiares, ni espectáculos de tragedias lograron sumirme en mayor desesperación. Eran aquellas lágrimas el sentimiento por la muerte del amigo, del camarada y del jefe; el recuerdo de tantas pruebas soportadas en una labor común, la rabia por nuestra impotencia ante el Destino; pero sobre todo, la conciencia de lo que la Patria perdía y la catástrofe que la Falange experimentaba. Un sordo rencor nos envenenaba el alma, reclamando satisfacción para la Némesis implacable de la venganza. Era absurdo, criminal y políticamente absurdo, que la barbarie roja hubiera cometido aquella tremenda equivocación. Porque no obstante una débil voz íntima de esperanza que nos resonaba por dentro, siempre creí en la desdicha. En la Historia no se hacen comedias. Era demasiado excelso José Antonio para que la vileza le perdonase. En aquel anochecer triste y fatal, los camaradas que estupefactos habían escuchado la noticia se afiliaron instintivamente a un sebastianismo sentimental y falso, que nunca pudo engañarme a mí. La carta que me atreví a escribir a Pilar Primo de Rivera, y que copio más abajo, recrudeciendo su dolor y su pena—unas semanas antes había llegado a Sevilla, fugitiva de la zona roja—, me sirvió para volcar mi terrible desesperanza. Nos quedamos tan aturdidos por unos cuantos días, que en realidad todavía no sé cuál fuera el móvil que me llevó a redactar tal carta. Si los apremios y urgencias de la guerra no hubieran sido insoslayables, muchos de nosotros habríamos escondido en una renuncia total nuestro desmayo pesimista. Los rojos podían haber fusilado a la Falange entera, porque la ley implacable de la guerra civil acaso era así; pero inmolarse cruelmente a José Antonio era un magnicidio más allá de toda norma moral y de toda conveniencia. Sólo el entendimiento exacto de la generosidad de nuestro Jefe pudo permitirnos el cursar órdenes categóricas para que su sacrificio no fuera seguido de represalia alguna.

Al evocar aquellas horas impotentes y amargas—heraldos de tanto suceso posterior—nos sentimos más joseantonianos que nunca. Nuestros augurios peores se cumplieron. José Antonio era un amado de los dioses. España, con su muerte, venía a encarnar la figura de la Niobe clásica. Y la Falange se convertía en un gigante acéfalo.

El 25 de noviembre de 1936 escribí a Pilar esta carta, sin darme bien cuenta de su oportunidad ni de si con ella atormentaba más su alma:

"Burgos, 25 de noviembre de 1936. Camarada Pilar Primo de Rivera.—Sevilla. Estimada camarada: En estos momentos de suprema angustia, cuando las noticias que se reciben parecen confirmar la muerte gloriosa de tu hermano José Antonio, nuestro Jefe insustituible, no quiero que falten mis humildes palabras entre las muchas de condolencia que estarás recibiendo. Sabes bien la profunda lealtad que me unía a José Antonio y que mi amistad para con él, de tipo personal e ideológico, me hacen considerar como una catástrofe para nuestra Falange su desaparición, si se confirma, como mucho me temo que suceda.

Es tal el decaimiento que de los leales se nos ha apoderado, que entiendo respecto a mi conducta, que ausente él, sólo poderosas razones de patriotismo pueden hacernos seguir la ruta que desde el comienzo de la lucha, y ahora sobre los luceros, nos marcó. Quien como yo no siente ambición alguna y considera que nadie de entre nosotros podrá jamás ocupar con dignidad el puesto que él deja libre, precisa, para seguir en la dura tarea, el sentimiento de creerse capaz únicamente de seguir con toda modestia su labor.

España pierde su más firme esperanza; la Falange, su alma. Y en esta hora suprema, que mi profundo dolor se aproxime al tuyo inmarcesible de hermana y de falangista, para hacerte ver que somos muchos los que estamos a tu lado, con el profundo desinterés, la abnegación y el cariño que para José Antonio y su obra tuvimos siempre.

Y que te sirva de consuelo ante este nuevo golpe del Destino, la seguridad de que los que estaremos siempre con tu hermano, a través del infinito y de la muerte, hemos de hacer tan sólo lo que sirva para exaltar su memoria y hacer prevalecer su obra.

Un respetuoso y emocionado saludo de tu afectísimo camarada.

¡Arriba España!"

Sobre un "falso fascismo conservador"

Giménez Caballero me entregó hace tiempo una carta de José Antonio que es de las últimas por él escritas y que considero pertinente incluir en este libro. Decía así:

"Cárcel de Alicante, 12 de julio de 1936.

Querido Ernesto: He agradecido mucho tus dos cartas, que recibí ayer, cada una por un conducto, y la dedicatoria de tus artículos de "Informaciones", que estoy siguiendo con el mayor interés.

Me pides noticias mías. Puedo decirte que estoy mejor que nunca de salud, a Dios gracias, y en plena forma de ánimo. Esos casi cuatro meses de cárcel me han permitido calar más adentro en algunas cosas, y aparte de eso, a fuerza de tender cables, estoy ya en contacto con cuanto puede haber en España, en este momento, de eficaz. Hasta tal punto, de que sin la Falange no se podría hacer nada en este momento, como no fuera un ciempiés sin salida.

Créeme que no he descansado en la adopción de estas precauciones, porque me horroriza el temor de que la ocasión grave y magnífica que estamos viviendo aborte una vez más o, lo que es peor, dé a luz un monstruo. Si eso pasa, no será por mi culpa.

Una de las cosas temibles sería la "dictadura nacional republicana". Estoy conforme contigo al ver en su defensa un síntoma de reconocimiento de nuestras posiciones. Hasta ahí, bien. Lo malo sería la experiencia Maura-Prieto, con una excitación artificial de los negocios, las obras públicas, etc., para fingir una prosperidad económica sin levantar nada sobre fundamentos hondos. Al final del ciclo de febril bienestar sobrevendría una gran crisis económica sobre un pueblo espiritualmente desmantelado para resistir el último y decisivo ataque comunista (lo nuestro, en un período de calma burguesa, no es donde alcanza su mejor cultivo).

Otra experiencia falsa que temo es la de la implantación por vía violenta de un falso fascismo conservador, sin valentía revolucionaria ni sangre joven. Claro que esto no puede conquistar el Poder; pero, ¿y si se lo dan?

Por que ninguna de las dos cosas ocurra trabajo, como te digo, sin tregua y con no poco éxito. Ya faltan pocos días me parece para que la vía quede completamente libre y despejada. Y entonces creo que nada nos detendrá.

Gracias por tu confianza y tu disciplina. Procura ayudar cuanto puedas y yo me alegraré mucho.

Un abrazo.—José Antonio."

La famosa entrevista con un periodista inglés en la cárcel de Alicante

En los primeros días de noviembre de 1936, entre la Prensa extranjera que recibíamos en Burgos, nos llegó un ejemplar del "News Chronicle", de Londres, fechado el 24 de octubre anterior. En él aparecía la "interview" celebrada con José Antonio por el reportero Jay Alien, que había estado las primeras semanas de la guerra en la zona roja y que por entonces se presentó en Burgos para proseguir sus tareas "informativas".

El ejemplar del diario pasó a formar parte de la documentación de la Junta de Mando provisional de la Falange. Aprovechando los conocimientos de inglés de un camarada, hice traducir la entrevista. Conservo de ella alguna copia. La traducción es defectuosa, pues precisamente el día en que al camarada de referencia se le encomendó dicha tarea salía para el frente de Madrid con la Bandera de Castilla que mandara el bravo Fernández Silvestre. El apremio de tiempo dificultó la labor del traductor.

El relato está plagado de tendenciosas mentiras. No es posible reproducirlo ni aun a esta distancia en el tiempo y en la historia. "Cómo encontré al jefe fascista de Falange en la prisión de Alicante" es una retahíla de cosas incomprensibles. El reportero reúne las características ignorancias frecuentes en la profesión, y su parcialidad a favor de los rojos perturba del todo sus palabras. Tuvo la suerte, no obstante, de ser de los últimos que escucharon de José Antonio palabras sobre nuestra lucha y su finalidad, y esto da valor al reportaje, logrado en una circunstancia verdaderamente emocionante y trágica.

Queremos traer aquí algunos párrafos de la "interview" famosa, a la que se aludió en el proceso contra José Antonio, pretendiendo hacerle decir infamias que ningún español honrado pudo creer jamás :

"Fui a Alicante. Todo el mundo comentaba cómo el gobernador civil Francisco Valdés carecía de autoridad ; cómo los anarquistas eran los amos; cómo Valdés no se atrevía a moverse de su despacho por miedo a ser asesinado.

Para conseguir la entrevista es verdad que hubo dificultades. Valdés me dijo que lo podría ver. El camarada José Prieto, un ciudadano con mono azul y pistola al cinto, me dijo: "No". Es el presidente de una famosa Comisión de Orden Público. Sugirió al gobernador que era un asunto muy delicado.

—Pero Madrid está de acuerdo—le replicó el gobernador.

Se celebró una reunión de la Comisión y se me dijo que asistiera. Era plenaria y acudieron dos representantes de los partidos del Frente Popular. Pronuncié un discurso en mal español. ¡Lo desagradable —apostilla Jay Alien—que sería encontrarse con estos hombres, imbuidos de ideales de revolución social y de justicia revolucionaria, con la vida en peligro y la conciencia culpable!

El Comité vuelve. El camarada Prieto dice:

- Primo de Rivera está a disposición de nuestro Gobierno de Madrid; es, por lo tanto, natural que se . guarde seguro e incomunicado. Sin embargo, si usted consigue que alguien en Madrid autorice esta "interview", puede desde luego hacerla. Perdónenos, pero n asuntos de esta naturaleza toda precaución es poca.

En la prisión.

A las nueve de la mañana—Alien debió conseguir el permiso—la Delegación me viene a buscar. Son los camaradas Prieto, Carmelo Alberola, Martín Bautista y el comisario José Cases, hasta hace poco periodista.

Me acompañan a un auto. Los otros huéspedes del hotel se miran entre sí y se nota que se agrupan de que me haya tocado a mí y no a ellos.

Las puertas de la cárcel se abren. El director de la prisión saluda. Pasamos por filas de puertas de celdas. "Los presos están haciendo ejercicio en el patio", dice el guarda.

La vieja cerradura funciona. Salimos a la luz del sol. Dos hombres jóvenes, morenos y guapos, en "breeches" blancos, camisas con el cuello abierto y alpargatas, miran hacia arriba, a nosotros, con interés. Esta es la primera visita que reciben en meses.

José Antonio, el más delgado de los dos, me da la mano cortésmente. Encuentra difícil disimular su desilusión al ver que soy solamente yo. Los cuatro camaradas del Comité están a pocos pasos.

—¿No fué hace dos años cuando comimos juntos en el Savoy, de Madrid, con el Príncipe?

Los camaradas escuchan con interés. Digo, muy profesionalmente:

—¿Seguimos con la "interview"?

Me contesta con una sonrisa encantadora, mirando a los camaradas que mañana pueden ser sus ejecutores.

—Con gusto—le dice José Antonio—, pero yo no sé nada. Estoy aquí desde marzo.

Los camaradas se miran. Ya me habían dicho que habían encontrado dos pistolas y cien cartuchos en las celdas de los hermanos, después de haber estallado la rebelión, además de mapas que indicaban la situación de las islas Baleares. Los camaradas se cruzan miradas de inteligencia. Primo de Rivera es abogado, y de los buenos; pero él es su única defensa. Yo no debía agravar su situación."

Después de unas cuantas preguntas, prosigue el reportero:

"Tenía sus ojos posados en mí. Quería noticias; ardientemente las deseaba. ¿Qué podía decirle yo? Se me adelantó diciendo:

—¿Pero qué está pasando ahora? No sé nada.

Le dije:

—Estoy seguro que estos amigos no me han traído aquí para informarle, pero le haré unas preguntas hipotéticas que usted puede contestar o no.

—Está bien.

—¿ Qué pensaría usted si le dijese que yo opino que el movimiento del general Franco se ha salido de su cauce, cualquiera que fuese, y que ahora en adelante, simplemente la vieja España lucha por perdidos privilegios ?

—Yo no sé nada, pero no creo que sea verdad. Si lo És, es un error.

—¿ Y si le dijese que sus muchachos están luchando al servicio de los terratenientes?

—Le diría a usted que no.

Me miró escrutadoramente y dijo:

—¿Se acuerda de mi posición y de mis discursos en las Cortes?

Y continuó:

—Usted sabe que yo dije que si las derechas, después de octubre de 1934, se mantenían en su política negativa de represión, Azaña volvería al Poder muy pronto. Ahora ocurrirá lo mismo. Si lo que hacen es únicamente retrasar el reloj, están equivocados. No podrán sujetar a España si sólo hacen esto. Yo defendía algo distinto, algo positivo. Usted ha leído el programa de nuestro nationalsindicalismo, el de reforma agraria y todo lo nuestro. Yo era sincero. Podría haberme hecho comunista y haber conseguido popularidad...

Le dije—prosigue Alien:

—Pero sus muchachos ahora...

—Creo y deseo que lo que usted me dice no es verdad. Pero recuerde que no tenían jefatura después de que fui arrestado y acuérdesese también que había mucha gente empujada a la violencia por la política provocativa de Casares Quiroga.

Los camaradas se miraban.

Yo dije:

—Pero creo recordar que usted introdujo una política de pistoleros en Madrid...

—Nadie ha sido capaz de probar eso. Mis muchachos habrán podido matar, pero después de haber sido atacados."

Después de otras cosas, hay en la charla esta frase de José Antonio:

"Yo sé que si este movimiento gana y resulta que no es nada más que reaccionario, entonces me retiraré con Falange y yo... volveré a esta o a otra prisión dentro de muy pocos meses."

—Parecía lleno de extraordinaria confianza—apostilla el inglés. Y dice exclamativamente: —¡ Si, era un "bluff" magnífico!

La charla termina con estos párrafos:

"Les pregunté a los camaradas que me acompañaron:

—¿Qué van a hacer ustedes con él?

—Habrá un juicio.—Y se cambiaron unas miradas

Será juzgado no solamente el hombre, sino el fascismo español. No puedo de ninguna manera imaginarme ninguna circunstancia que pueda salvar a este joven. Su situación es muy mala. Lo menos que yo puedo hacer es no agravarla."

"La justicia popular"

José Antonio fué "juzgado" como querían los "camaradas" de Jay Alien. En "El Día", de Alicante, se publicaron las reseñas de la vista de la causa, relatadas deslavazadamente. Vale la pena, no obstante, recoger unas "Impresiones de una sesión histórica" que redactó un diarista rojo al que no puede negársele cierta sensibilidad:

"Ajeno al hervidero de tanta gente heterogénea amontonada en la Sala, José Antonio Primo de Rivera lee, durante un paréntesis de descanso del Tribunal, la copia de las conclusiones definitivas del fiscal. No parpadea. Lee como si se tratara en aquellos pliegos de una cosa banal que no le afectara. Ni el más ligero rictus, ni una mueca, ni el menor gesto alteran su rostro sereno. Lee, lee con avidez, con atención concentrada, sin que el zumbido incesante del local le distraiga un momento.

Aquellos papeles no son más que la solicitud terrible del fiscal, de un castigo severísimo para el que los lee. Para él y para sus hermanos, sentados más allá, con las manos cogidas, bisbiseando un tierno diálogo inacabable que fisgan los guardias que los cercan.

Luego, apenas reanudada la sesión, es ya el fiscal quien lee aquellos pliegos, monorrítmicamente, sin altibajos ni matices.

Primo de Rivera oye la cantinela como quien oye llover; no parece que aquello, todo aquello tan espeluznante, recae con él. Mientras lee el fiscal, él lee, es. criba, ordena papeles, todo sin la menor afectación sin nerviosismo.

Margarita Larios está pendiente de la lectura y de los ojos de su esposo Miguel, que atiende perplejo a la lectura, que debe parecerle eterna.

Lee, lee el fiscal ante la emoción del público y la atención del Jurado.

José Antonio sólo levanta la cabeza de sus papeles cuando, retirada la acusación contra los oficiales de Prisiones, los ve partir libremente, entre el clamor aprobatorio del público.

Pero sólo dura un leve momento esa actitud, con la que no expresa sorpresa, sino, quizá, vaga esperanza.

Inmediatamente empieza a leer, reposada, tranquilamente, sus propias conclusiones definitivas, que el público escucha con intensa emoción.

Informa el fiscal.

Es el suyo un informe difícil. Acumula cargos y más cargos, deduciéndolos de las pruebas aportadas.

Margot se lleva su breve pañolito a los ojos, que se llenan de lágrimas.

Miguel escucha, pero no mira al fiscal; sus ojos están pendientes del rostro de su hermano, en el que escruta ávidamente un gesto alentador o un rasgo de derrumbamiento. Pero José Antonio sigue siendo una esfinge que sólo se anima cuando le toca el turno de hablar en su defensa y en la de los otros dos procesados.

Su informe es rectilíneo y claro. Gesto, voz y palabra se funden en una obra maestra de oratoria forense que el público escucha con recogimiento, atención y evidentes muestras de interés.

* * *

Los periodistas se acercaron al defensor de sí mismo y de sus hermanos. Eran periodistas de izquierda dialogaron brevemente del curso de los debates y de política.

—Ya habrán visto—dijo—que no nos separan abismos ideológicos. Si los hombres nos conociéramos y nos habláramos, esos abismos que creemos ver, apreciaríamos que no son más que pequeños valles.

* * *

Luego ha venido la tortura para todos—público y procesados—de la deliberación del Jurado, que ha durado horas y horas de incertidumbre.

Al fin, la sentencia, en la que el Jurado ha clasificado la responsabilidad según la jerarquía de los acusados."

SEGUNDA PARTE. RECUERDOS DE UN "CAMISA VIEJA"

(Artículos y reportajes del autor, publicados durante la guerra civil.)

A lo largo de la guerra, aprovechando breves descansos en las tareas que la Organización me encomendó, escribí los trabajos que ahora reúno. Los creo pertinentes en un libro sobre José Antonio, cuya personalidad es la figura central de cuantos relatos puedan escribirse en relación con la Falange y con sus tiempos heroicos.

Mis referencias no tienen posiblemente otro mérito que el de su veracidad. Veracidad del testigo] que vivió los años anteriores a la guerra civil junto a José Antonio y a su vieja guardia. Mis palabras están exentas de melancolía, mas la historia—motorizada también como los Cuerpos de Ejército—las reviste de una pátina que sabrá ser comprendida, sobre todo, por los camaradas supervivientes que conocieron al César. Que todos ellos reaviven en su alma el recuerdo conmovedor de aquellas jornadas, durante las cuales la hermandad nacionalsindicalista se mantenía como una llama de fe, desafiando las hostilidades plurales y el cerco de las balas, de la incomprensión y del tedio.

PARASEMA

José Antonio Primo de Rivera y su destino

En la primera línea, el combatiente aprovecha los momentos en que cesa el fuego para escribir sus confidencias, para soñar con la victoria y los días pacíficos, de horas suaves, aromados por el amor y dedicados a la ciudadanía de la Patria altiva y digna que entre todos estamos forjando. Permitid que yo, robando minutos a mi tarea, dedique este trabajo a la evocación del Jefe nacional de Falange Española de las J. O. N. S., de nuestro camarada José Antonio Primo de Rivera, por cuya suerte se interrogan millones de españoles y del que estamos seguros que el Destino nos lo habrá preservado, para bien de España y de la Falange.

Trazo estas líneas porque ni las apremiantes exigencias de la lucha pueden desentender a la Falange de su jefe. Todos los que empuñamos el fusil sabemos bien que nuestro jefe ha podido caer—con su hermano Miguel y con Ruiz de Alda, Fernández Cuesta, Salazar, Valdés, Aguilar y los centenares de falangistas a quienes la revolución nacional sorprendió en la cárcel—sin poder alcanzar estos momentos de lucha, precursores de un mañana nacionalsindicalista ungido por la gloria. Y antes de que el enigma se resuelva; antes de que nuestra furia o nuestro gozo rebosen de nuestros pechos, conviene mantener el culto disciplinado y fraternal hacia todos los que por designio fatal no ocupan su puesto a nuestro lado, tal como hacemos también, con piedad cristiana y con fraternidad de soldados, para los que como Onésimo Redondo y tantos otros más se hallan ya sobre los luceros, presidiendo con su inmortalidad la forja de una España proletaria e imperial.

Mi última conversación con el Jefe.

El 10 de febrero, próximas las elecciones generales, cuyo resultado previo José Antonio como nadie, los camaradas de Plasencia me avisaron de su presencia para un mitin de propaganda. Recorrían Cáceres el quijotesco y admirable camarada Luna, Manuel Mateo y otros buenos falangistas de los primeros tiempos. Llegamos a Plasencia cuando José Antonio había salido para Jaraíz. En ese pueblo de la Vera y en un salón poblado por una multitud auténticamente popular, pueblo de los redaños de nuestra España, se celebró el mitin. Y otro después en Plasencia. Aquel día había hablado el líder de la Falange en Trujillo y Logrosán. Y en todas partes, con una digna arrogancia que no entendían los pobres profesionales de una política mezquina y ruin, nuestro jefe proclamaba que la Falange no acataría el resultado de las elecciones si significaba el triunfo del separatismo, del marxismo y de la vieja política.

Ahora, a los pocos meses, después de soportar una persecución implacable, que nos fortaleció, porque nada hace más fuerte que la sangre y el martirio, España ha visto cómo la Falange ha cumplido con su palabra. Estuvo con los que prepararon la insurrección nacional. Y desde su primer instante, en el puesto de lucha.

Aquellos trajines electorales, aprovechados por él para la propaganda, pero con una íntima desgana y un profundo desdén por los contactos con la política partidista—José Antonio fue siempre, acaso por imperativo de la sangre, más soldado que político—, le tenían agotado. Con Aguilar el menor por toda escolta, siempre al volante de su automóvil de poco precio—se le había puesto cerco por quienes no lograban utilizarlo en otra tarea que la de dar la existencia por la Falange—, había recorrido Sevilla, Cádiz, Extremadura. Su juventud podía con todo. Y atravesaba la España puesta al rojo por la desesperación proletaria y el entusiasmo de los demás grupos—desasistido de recursos, sin Prensa—como un luchador romántico al que seguía la mejor juventud y la masa popular más decidida.

En su automóvil, a través de una noche preñada de confidencias, de promesas, José Antonio y yo hicimos el viaje desde Plasencia a Salamanca. Algún día, si otro camarada con más autoridad no lo hace, recordaré aquella conversación, porque servirá para esclarecer la actitud de la Falange desde el mitin de noviembre de 1935, en el Cinema Madrid—es decir, desde nuestro segundo Consejo Nacional—, hasta el 16 de febrero. Quizá no haga falta. Porque nuestro Movimiento, en su ansia de porvenir, desdeña los episodios del pasado, que sirvieron, más que nada, para acentuar nuestra pureza.

El jefe descansó breves horas en Salamanca. El día siguiente habló a media mañana con Onésimo en Medina del Campo; a media tarde, en Gijón; por la noche, en Talavera de la Reina. Luego quedó en Madrid, en espera de las elecciones. Todos sabéis que días después de la exaltación de las izquierdas al Poder, Primo de Rivera y la Falange casi entera penetrábamos en la cárcel; en el vial estrecho de la persecución, que era al mismo tiempo el camino de la insurrección y del complot.

Una carta desde Alicante.

En la cárcel recibí varias cartas del Jefe, remitidas desde la Modelo de Madrid. En los primeros días de junio, el miedo gubernamental envió a José Antonio y a su hermano Miguel a la prisión de Alicante. Seguían mientras tanto los preparativos del movimiento insurreccional. Y a una carta que le cursé dándole cuenta del incremento de la Falange en mi provincia, contestó el 18 de junio con una de su puño y letra, rebotante de la cordialidad que siempre unió a la vieja guardia del nacionalsindicalismo y que hallaba su más perfecta expresión en el trato de quien, siendo jefe indiscutible, usaba de su autoridad con una finura cordial que le captaba la leal simpatía de todos nosotros.

En esta carta, José Antonio se refería a nuestra organización y a sus pormenores urgentes. Y terminaba con este párrafo expresivo:

"Creo que pronto llegarán ocasiones difíciles y decisivas. Espero, antes, hablarte con mayor detenimiento. Un fuerte abrazo."

La muerte en sacrificio de Calvo Sotelo precipitó los acontecimientos. Centenares de camaradas prisioneros en provincias donde la insurrección no se produjo quedaron en manos del odio, del rencor y del miedo marxistas. Aznar, Hedilla, Sáinz y otros se salvaron por diversas circunstancias afortunadas. Pero José Antonio, con su hermano Miguel, con muchos más, fueron presa magnífica para el adversario. En estas horas, ninguna noticia cierta tenemos sobre ellos. Es más, sus hermanas Pilar y Carmen, según parece, habían marchado a Alicante para estar cerca de él. Su hermano Fernando estaba en la Modelo de Madrid . detenido unos días antes del 19 de julio. Un signo fatal, de tragedia griega, parece presidir los últimos informes sobre nuestro jefe. El buen Dios de los cristianos, de los españoles, habrá sabido evitarnos un dolor irrefrenable, una desesperación amarga, que tendría terribles consecuencias para España, necesitada de jefes como José Antonio Primo de Rivera, puros, ambiciosos de gloria, magnánimos y fuertes.

(Salamanca, 20 de agosto de 1936.- "La Gaceta Regional")

Origen de la "camisa azul"

Hemos pensado si no sería interesante redactar estas líneas para que puedan los miles de camaradas nuevos enterarse de que esta elección de la prenda distintiva de los nacionalsindicalistas fué el primer acto de autoridad de José Antonio Primo de Rivera, apenas nombrado Jefe nacional.

Exactamente, los que sobrevivimos de aquellos primeros consejeros del falangismo, podemos decir hasta la hora en que el Jefe adoptó su determinación sobre la "camisa azul", imponiéndola al Consejo. Fué entre siete y ocho de la noche del histórico 6 de octubre del 34. Y la cosa sucedió, si mal no recordamos, de la siguiente manera:

Llevaba el Consejo reunido desde las diez de la mañana del día 4. Con auténtica emoción podemos rememorar aquel comicio de hombres responsables de la Falange, en el que figuraban, con el Jefe, Julio Ruiz de Alda, Onésimo Redondo, Rafael S. Mazas, Raimundo Fernández Cuesta, José Moreno, Emilio Alvargonzález, Manuel Valdés, José Sáinz, Emilio G. Palma, Sancho Dávila, Roberto Bassas, Jesús Muro, Luis Santamarina, Francisco Rodríguez Acosta, José Manuel de Aizpuru, Javier M. Bedoya, Manuel Illera, Ernesto Giménez Caballero, José M. Alfaro, Juan Aparicio, José Miguel Guitarte, Jesús Suevos, Eduardo Ezquer, A. R. Kuiz Castillejos, Vicente Gaceo, Luis Aguilar, Francisco Bravo, con otros más que no supieron mostrarse firmes en la lealtad, en la fe respecto al Movimiento o que sencillamente no eran nacionalsindicalistas y fueron quedando arrumbados al margen del camino heroico y duro que la Falange siguió posteriormente. Y a estas alturas, lo mejor es no traer aquí sus debilidades o apocamientos. Trabajaron las Comisiones y los Plenos con ansiedad que encarnaba exactamente la pasión constructiva que siempre fué lo mejor del espíritu de la Falange. Y para que aquellos días iniciales no resultaran unas jornadas grises, las tareas del Congreso se deslizaron a la par que los sucesos de la revolución marxista de octubre, antecedente de la revolución nacional de ahora y que fué el primer envite en el que pudo decirse si España iba a ser o no roja.

Mientras se oía el tiroteo en los barrios lejanos del Madrid empavorecido, habíamos ido aprobando los artículos estatutarios, limpiándolos de una cargazón liberaloide que los que redactaron el proyecto no habían logrado eliminar. Ruda batalla la que tuvimos que librar los ortodoxos para que desapareciera aquel absurdo demoliberal de los famosos "triumviratos", aportación jonsista decididamente recusable y que de haberse admitido en el código interno de la Falange hubiera esterilizado la eficacia del mando único y convertido el movimiento en un partido político más. Y para lo último de nuestra tarea fué quedando lo referente a la ratificación de la insignia y la bandera y el tema de la prenda reglamentaria.

La sesión de la tarde del día 6 de octubre, ultimados ya los estatutos, sirvió para la proclamación de Jefe nacional, que se produjo en un ambiente efusivo y cordial, rebotante de emoción. Todos sabíamos que elegir Jefe nacional a José Antonio Primo de Rivera era un pleno acierto, decisivo ante la Historia y el país. Una garantía rotunda en relación con la austeridad, la limpieza de conducta y la elegancia espiritual que desde entonces tuvo siempre la Falange. Al elegir nuestro Capitán, sabíamos perfectamente que en aquel salón apretado del piso bajo del palacete del Marqués del Riscal, 16, estábamos viviendo, con nuestro júbilo y nuestra exaltación de lealtad, un instante decisivo que habría de influir en la vida española y acaso en la del mundo. Ahora, a dos años de lejanía, durante los cuales los sucesos han galopado sobre el panorama mundial y el de España como corceles indómitos, en plena guerra civil, podemos reconocer la exactitud del augurio que rebotaba en nuestro pecho, cuando con el brazo en alto ratificábamos formalmente lo que en realidad era ya la Jefatura de la inteligencia, del valor heroico y del señorío que José Antonio ejercía sobre nosotros.

Y vino la discusión sobre la prenda de uniforme. Desde la apertura del Consejo asistió, con su inquieta atención, un hombre magro, enjuto, que no conocíamos muchos y que llevaba una camisa azul de mecánico. Era nada menos que Luis Santamarina, escritor magnífico, que representaba a los camaradas de Barcelona, al lado de Roberto Bassas. También Julio Ruiz de Alda, que empuñando el volante de un auto recorría Madrid en misión de servicio, llevó alguna vez una camisa de mahón. Era como si hubieran intuido lo que el Jefe habría de disponer después.

Comenzó en seguida la discusión. Había quien pensaba sencillamente en la "camisa negra" italiana, pero bien pronto se desechó la idea. Nos molestaba a todos la aceptación de mimetismos y copias que bien pronto nos echarían en cara los adversarios peores. Ruiz de Alda y Santamarina defendieron el mahón. Ernesto Giménez Caballero, que recientemente había escrito un ensayo, sugerente como todos los suyos, respecto al tema, abogó por una camisa o blusa campesina de color pardo o azulenco, que recordara la tierra castellana austera y simple. Luis Aguilar, que siempre mostró predilección por lo castrense, pedía que la camisa fuera de color azul horizonte o gris desvaído, para que sobre el terreno y en caso de guerra la visibilidad fuera escasa; y Aguilar tenía razón, aun cuando no fuera posible dársela, entre otras cosas porque nadie creía que la Falange se vería envuelta, y como protagonista esencial, en este drama bélico de ahora. Y no faltó quien osase proponer el verde y aun otros colores más llamativos.

Más de una hora los congresistas expusieron opiniones distintas y bizarras teorías sobre la prenda que habría de caracterizarnos. Hubo, incluso, una exploración personal cerca de todos los consejeros presentes.

Y cuando el asunto estaba agotado y los oradores se repetían ya con desmayo, José Antonio mostró aquel ímpetu de las grandes ocasiones, forrado de cortesía, pero inapelable, y nos dijo:

—Basta ya. Puesto que me habéis elegido Jefe, honrándome con vuestra confianza, va a ser ésta la primera determinación de autoridad que adopte. La Falange Española de las J. O. N. S. tiene que ser desde ahora mismo una organización rotunda, varonil, firme. Precisamos un color neto, entero, serio y proletario. He decidido que nuestra camisa sea azul mahón. Y no hay más que hablar.

La decisión gustó a todos. José Antonio tiene, entre sus talentos innumerables, el de saber convencer con sólo una frase. Los que habían ido a la reunión con una preferencia acariciada tras muchos días de rumia mental, de ilusionado deseo de dejar una huella en la historia falangista, aceptaron gustosos la determinación, comprendiendo que José Antonio tenía razón.

Y unas horas después ya tenía José Antonio su camisa de uniforme, porque no en balde su norma consistió en predicar con el ejemplo. A eso de las nueve nos llegaba la noticia de la insurrección separatista de Barcelona. Y cuando el Capitán de la Falange fué a Gobernación a reiterar el ofrecimiento de los centenares de camaradas de Madrid, preparados a intervenir en lo que ya creíamos todos era el comienzo de la guerra civil, llamado acaso esta vez por el propio Anguera de Sojo, cruzó bajo los tiros marxistas portando la veste azul, que en aquella ocasión comenzó a cubrirse de gloria. Pudo ser José Antonio el primer caído que muriera con el azul sobre su pecho fuerte.

Y en aquel 7 de octubre glorioso, en el que hubo puesto para la Falange en plena calle, cuando por el Madrid aterido de miedo ante el marxismo que bravuconeaba, no sólo en los suburbios, sino en la misma Puerta del Sol, asomaron por primera vez las camisas azules oscuras que llevaban José Antonio, Ruiz de Alda y unas docenas más de falangistas. Y ya los fusiles de la Guardia civil de la Presidencia, que cortaron el paso en la Castellana, y los de los guardias de Asalto, que los detuvieron de nuevo en la Cibeles, pudieron enfrentarse con el color que ha teñido nuestra lucha presente, según expresión feliz de un poeta castellano. Pero entonces como ahora, los "camisas azules" seguimos adelante, sin titubeo y sin miedo, porque iba al frente un Capitán de verdad y porque la tela comprada de prisa en casa de "Papá Navas" se nos antojaba la coraza invencible de los cruzados.

(Noviembre de 1936.—Publicado en toda la Prensa nationalsindicalista existente entonces.)

De cuando la Falange, altiva y sola, decidió ir a la insurrección

Nos corresponde esta tarea, recopiladora de antecedentes de Historia, a la vieja guardia. Ya expliqué hace algún tiempo, en un artículo que publicó nuestra Prensa, el origen de la "camisa azul". Ahora quiero deciros, camaradas todos de la Falange, con la estricta autoridad del testigo, algo que se relaciona con la decisión oficial y terminante de la Organización, de ir a la guerra civil y santa, para el rescate de la Patria.

Afortunadamente soy de los que consiguieron salvar papeles, cartas y fotografías. Cuando las tareas de ahora se terminen podré publicar cartas interesantes de José Antonio; relatos de los primeros tiempos, que han de servir para realizar una exacta crónica de la Falange Española de las J. O. N. S. antes de julio de 1936. Supe andar más listo que la Policía al servicio del Frente Popular. Y así ahora, con estas líneas que trazo en un breve paréntesis del servicio, quiero contaros, para lección de los extraños sobre todo, para que se vayan aclarando las cosas, cuándo decidimos nosotros, a propuesta del Ausente, ir a la insurrección. Fué en Gredos, a la sombra de los pinares umbrosos y dando la cara al orgullo del Pico Almanzor, el día 16 de julio de 1935, cuando el Jefe nacional y la Junta política acordaron, ante el examen objetivo de la situación política y social, que la única salida para evitar el hundimiento de España consistía, precisamente, en la lucha armada.

De aquella reunión que ahora recordamos, contados camaradas podrán dar fe conmigo. Mas Sancho Dávila, José Luna, Gil Remírez, Enrique Sáenz—estos dos últimos por acompañarme en el viaje—sabrán ahora, con la misma intensidad que yo, saborear aquellos dos días de conspiradores, pasados en discusiones empeñadas, en ejercicios deportivos y hasta en tirar al blanco, estableciendo un campeonato que ganó Luis Aguilar.

La citación del Jefe.

Un día de mayo fui a Madrid, llamado por José Antonio. En su despacho del piso aquel de la cuesta de Santo Domingo me dijo, en presencia de Fernández Cuesta, el objeto de su llamada. Se ofrecían a Falange posibilidades interesantes, y no precisamente de tipo político, para intensificar nuestra labor. Aquel Parlamento y aquella política minúscula, a ras de tierra, que envilecía el ambiente, llevaban la muerte en los entresijos. Importaba ampliar la violencia de nuestros grupos y articularla en una gran acción decisiva.

—Tengo grandes cosas que contaros. Vamos a celebrar una reunión muy interesante de la Junta política.—Y dirigiéndose a Raimundo le dijo: —Hay que ir pensando en un sitio conveniente, donde estemos un par de días sin que nadie nos moleste.

Entonces se me ocurrió a mí indicarle el Parador de Gredos. Aceptó la iniciativa. Y una semana después, José Antonio y la Junta política se reunían en aquel paraje de serranía, sin que nadie nos diera importancia o sin que los sabuesos de Gobernación se enteraran.

Los reunidos y las deliberaciones.

El primero en llegar fui yo, con tres camaradas de Salamanca, que iban, más que nada, para gustar de nuevo el placer de sentirse al lado del Jefe, de sentarse sus manteles y embelesarse oyéndole y viéndole. De Madrid fueron llegando los demás. A la noche, y desde Badajoz, en cuya Audiencia José Antonio había defendido a unos camaradas de Don Benito—que por cierto fueron condenados implacablemente—, cubiertos de polvo y cansados de veras, llegaron el Jefe y Aguilar. Esto era el 15 de junio, viernes. A la mañana del día siguiente llegó Onésimo. A las nueve, y rehuyendo la gran cocina castiza y modernísima del Parador—en el que sólo eran huéspedes contadas personas—, para hablar más a nuestras anchas, a la sombra de los copudos pinos, sentados como moros, comenzaron las reuniones de la Junta política. En puestos estratégicos y a alguna distancia, mis camaradas de Salamanca observaban por si algún curioso se nos acercaba. En verdad que nadie hubiera sospechado, ni acaso nosotros, que lo que

tratábamos había de ser, un año después, sangre en los campos y crepitar de pólvora en toda España.

Los planes del Jefe.

José Antonio habló como una media hora—acompañado por la música del viento serrano que jugaba en la fronda, con caricias del sol sobre su frente altiva—, trazando un bosquejo, certero y pesimista, de la situación de España por aquel entonces. Las Cortes, incapaces y gárrulas, eran impotentes para hacer frente a los problemas del país. La liquidación del octubre rojo—que nos vio en las calles de Madrid, arma al brazo y dando ánimos, con nuestra manifestación del 7 de octubre, a una capital alebrada y a un Gobierno minúsculo—se consumaba con toda vileza. Y a la par, crecía la marejada izquierdista; en los medios proletarios se abría camino la idea del Frente Popular.

—Yo os digo—decía José Antonio—que en las próximas elecciones el triunfo será de las izquierdas y que Azaña volverá al Poder. Y entonces a nosotros se nos plantearán días tremendos, que habremos de soportar con la máxima entereza. Pero creo que, en vez de esperar la persecución, debemos ir al alzamiento, contando, a ser posible, con los militares, y si no, nosotros solos. Tengo el ofrecimiento de diez mil fusiles y de un general. Medios no nos faltarán. Nuestro deber es ir, por consiguiente, y con todas las consecuencias, a la guerra civil.

Si a todos aquellos camaradas se les hubiera podido medir el júbilo, ante palabras tan trascendentales y decisivas, se habría tenido que reseñar con una cifra desmesurada. Si acaso, a la manera de astrónomos, con "años de luz". Hasta aquel magnífico Aizpurúa, flemático y tranquilo, exultaba como ahora un jefe de escuadra nuestro, después de un asalto provechoso a una posición roja. De los hombres de armas tomar, de Ruiz de Alda, Aguilar, Luna, etc., no hay que hablar. Alfaro y Sánchez Mazas veían nuestra concentración y la marcha consiguiente sobre Madrid desde un punto de vista literario y poético. Onésimo vibraba con aquella pasión suya, de castellano requemado por dentro, dispuesto siempre a lo que fuera por su España y sus ideales. Y como tantas otras veces—ayer, hoy y mañana—, tuve que cargar, para restablecer un poco el equilibrio y sujetar a los camaradas a un plano realista y objetivo, con el papel desagradable de crítico, un tanto escéptico. Pero mis razones se las llevaba el viento, hundiéndolas en el agua fría de la Fuente Tormella, donde nace un río universitario y socarrón, en el que quizás aprendí yo, tanto como en la Historia, a no confundir nuestros deseos con los hechos y a no creer que las cosas son como queremos que sean, sino sencillamente como son.

José Antonio, conteniendo la alegría que le rebullía por dentro, nos expuso sus planes. Haríamos concentrar en un punto próximo a la frontera portuguesa —luego me enteré que se había elegido Fuentes de Oñoro, en mi provincia salmantina—unos miles de nuestros hombres. Allí serían armados. Allí aparecería a su frente un general, del que se nos ocultó el nombre, pero cuya figura maciza y fuerte vagaba por nuestras mentes, tal como si lo viéramos al frente ya de nuestras centurias. Y nos lanzaríamos a la lucha, planteando un hecho consumado a los patriotas de corazón que no tuvieran borrado el sentido del honor y de la vergüenza, bien por contacto con los grupos políticos exentos de quijotismo y de virtud heroica, o por la contaminación con las ideas antinacionales.

Dedicamos cerca de dos días al examen, en principio, de todas las contingencias del difícil plan que José Antonio había pensado, sintiendo dentro de sí, no sólo su amor inigualable por España y la Falange, sino también una vocación guerrera de casta. Era el genio familiar y militar de sus antepasados el que le hacía creer factible la concentración de "camisas azules" y la marcha sobre Madrid. No es que se creyera un estratega, ni un organizador de ejércitos. Para tal menester esencial estaba Ruiz de Alda y los militares inscritos ya en nuestras filas. Pero en José Antonio se daba siempre y paralelo al político y al polígrafo, un guerrero inteligente y capaz. Auténtico napoleónica, el arte bélico no le podía ser ajeno.

Y así fué acordado que Falange—que iría a las próximas elecciones para hacer propaganda y nada más—cifrara todos sus anhelos en la preparación para la guerra insurreccional. Con José Antonio estábamos en aquellas reuniones Sancho Dávila, Alejandro Salazar, Raimundo

Fernández Cuesta, José Sáinz, Julio Ruiz de Alda, Luis Aguilar, Rafael Sánchez Mazas, Onésimo Redondo, José María Alfaro, José Manuel Aizpurúa, Manuel Valdés, José Luna, Manuel Mateo y yo. De todos ellos, únicamente Sancho Dávila, Luna, Sáinz y el que esto escribe hemos hecho la guerra civil desde el campo nacional. Y es que Falange, frente al Destino, dejó en prendas lo mejor de su "élite", en garantía de que sabría cumplir con su deber.

Desde aquel junio de 1935—¿quién puede aludir a fecha históricamente tan remota, al hacer valer los títulos de santa rebeldía por la nueva España?—, Falange se dedicó a conspirar. Poco a poco, día a día. De esto saben ya otros muchos camaradas, como He-dilla, a cuyo cargo corrieron interesantes misiones con vistas al plan de José Antonio. Pasaban los meses y nuestro cerco apretaba; después del febrero convulsivo, la persecución azuzó contra nosotros los canes flacos y rabiosos del crimen, la prisión, la calumnia y el odio. Pero, altivos y solos, supimos hacer frente a todos. ¿Tenemos o no derecho a un orgullo sagrado, al que no podremos jamás renunciar? Teníamos la razón, la fe y el coraje. Y mientras una ola de miedo paralizaba a las multitudes, la Falange crecía a tiros y se hacía fuerte en la desesperación. Que nadie ose alegar méritos, porque los nuestros son superiores a los de todos, ya que, si no bastaba la conducta heroica de antes de julio, los miles de voluntarios que han luchado y muerto por nuestra España y el nuevo Estado nacionalsindicalista lo acreditan sobradamente.

Y algún día iremos la vieja guardia al Parador de Gredos, y entre los pinares conmemoraremos, religiosa sencillamente, aquella reunión con el Jefe, en la que hicimos el juramento de ir a la lucha, solos y altivos ¡j fuera menester, para que España recobrara su destino su ser mismo y su ambición. Y la música del viento, acariciando los pinares, nos traerá la palabra, A sonrisa y la presencia misma del Ausente, nuestro conductor, nuestro inspirador y nuestro guía insubstituible.

(Coruña, marzo 1937.)

Con José Antonio, sobre César

Una tarde nublada de agosto de 1935 nos llevó José Antonio al pobre José Manuel Aizpurúa y a mí a Fuenterrabía. Llegaba de Madrid y de la caja hueca y resonante del Parlamento, donde el asunto del "straperlo" había mostrado toda la hediondez de un sistema y de unas costumbres políticas que, desaparecidas, acaso nos legaron su pestilencia. Y después de almorzar en un rincón grato del puerto y de saborear las viandas bien condimentadas por una fuerte matrona duranguesa, José Antonio nos dijo:

—Vamos a pasar la tarde junto al mar. Necesito limpiar los pulmones y desintoxicar la sangre, respirando hondo y fuerte el aire salino.

Charlando de todas aquellas incidencias deplorables, más humorista que sarcástico, José Antonio nos llevó a Fuenterrabía. Propuse subir al viejo castillo, hecho para resistir al francés. Bien pronto nos olvidamos de aquella trampa tendida por el ingenio de los hombres del bienio trágico a los del bienio estúpido. Aquellas piedras roídas por el muérdago nos hablaban de Historia. José Antonio, accesible siempre a toda evocación—poeta sobre todo al fin y al cabo—, recordó que uno de sus antepasados había defendido a Fuenterrabía contra el invasor, logrando honores a costa de heroísmo y de sangre. Su temperamento y su casta de guerrero sumergían lo poco que había en él de parlamentario y de político de "couloir". Si su oratoria pegante y fina no iba bien con la mugre de los escaños, Peor resultaba a su temperamento de cruzado el aire mefítico de la política partidista.

Fuimos después, por un mal camino entre pinos, a la orilla del agua, junto a un viejo camposanto, que nos hizo recordar a Valery y a su famoso poema, que José Antonio sabía de memoria:

"Techo tranquilo y ruta de palomas que palpita entre pinos y entre tumbas..."

Pronto el aire del mar espantó alusiones a "aquello" con lo que teníamos que combatir y aun estar en contacto. Yo miraba a José Antonio, erguido en una peña cara al mar, y recordaba una observación de Georges Roux sobre César, aludiendo a otra de Bainville sobre Napoleón, los dos titanes que nunca dejaron de ser "hombres de letras". Y como en presencia de José Antonio sólo podía pensarse en las cimas de la más alta humanidad y en los problemas decisivos de la Historia y de los tiempos—ningún signo mejor de su grandeza—, la charla se nos fué sobre temas de Literatura y de Historia.

—¿Conoces—le pregunté—"La lección de César", de Roux?

—La leí en París hace unos meses—replicó—. Me ha parecido un libro excelente, de lo mejor que se ha hecho sobre aquella figura genial.

Y como por entonces se había puesto de moda el negar condiciones de caudillo al jefe de Falange—es un ensayista, un literato, pero no un jefe político, solían decir los más benévolo, mientras que otros, ante los casos contemporáneos de Hitler y de Mussolini, lamentaban que no fuera albañil—, con aquella confianza que nos consentía su cordialidad a los que le queríamos y obedecíamos desde la hora primera, yo le dije:

—En ese libro, tan actual, hay un pasaje que puede serte aplicado. Recuerda esta frase, referida a César: "Los aristócratas han sido siempre los revolucionarios más seguros. Es la selección la que hace las revoluciones; el pueblo no pasa de los motines." Los que te reprochan el venir de casta aristocrática, el ser hostil a toda zafiedad e inaccesible a lo vulgar, no caen en la cuenta de que hacen tu mejor elogio como jefe de un gran movimiento de renovación espiritual, que está destinado a influir decisivamente en la vida de nuestra España.

José Antonio poseía como pocos el pudor de las almas grandes cuando se alude a su psicología. Sólo quien como yo, insobornable, incapaz de soborno, le gritaba la verdad sobre los riesgos que la adulación puede causar a los poderosos, podía permitirse tal audacia. José Antonio sonreía irónico cara al mar, rechazando mis palabras, y recuerdo que dijo:

—Julio César es posiblemente la figura más grande de la Historia de Occidente. A lo largo del tiempo viene a ser nuestro maestro. Lo que realiza Mussolini es lo mismo que él ya ensayó.

Fué un gran revolucionario; el profeta de una nueva edad clásica e imperial. Ya veremos si nosotros somos capaces de mostrar un alma tan magnánima y un temple tan firme como el suyo.

José Antonio decía aquel modesto "nosotros" captando en el aire de la tarde los presagios de la gran lucha. Acaso recordaba a su antepasado el defensor de Fuenterrabía, a la vez que sus lecturas plutarquianas. De lo que indudablemente se había olvidado era del "straperlo" y de la España ruin y minúscula en cuyo clima podía producirse aquel incidente de picaresca.

La revolución, ocasión de un César

El artículo anterior se refiere a una charla con José Antonio—asistía también José Mamuel Aizpurúa, el inolvidable camarada de San Sebastián—celebrada en agosto de 1935. Entendemos que debe ser completado con este trabajo del Jefe, aparecido en "Arriba", número 17, de 31 de octubre del mismo año.

"Se ha dicho en otra parte recientemente (en la revista "Haz" de nuestro S. E. U.) que la masa de un pueblo necesitado de revolución es incapaz de hacerla por sí misma. Se necesita la revolución cuando, al final de un proceso de decadencia, el pueblo ha perdido ya, o está a punto de perder, toda forma histórica. Pero una de las cosas en que esto se descubre es la incapacidad a que la masa ha llegado—más que por culpa suya por culpa de sus clases directoras—para percibir cuál es la forma verdadera y apetecible. Los momentos prerrevolucionarios suelen ser desesperados y turbios: la masa incluso siente la atracción del suicidio, alternada con tentaciones de complacencia satánica en el propio hundimiento. ¿No es característica de los períodos prerrevolucionarios la exhibición morbosa de todas las llagas colectivas por el mismo pueblo que las padece? En tal estado moral no puede la masa adivinar su forma futura, ni amarla por adelantado. La desesperación de la multitud puede, todo lo más, derribar lo existente y abrir el paso del estado prerrevolucionario al revolucionario. Es decir: deparar una ocasión. Si en tal ocasión no surge el hombre, la revolución está perdida. Tratará de seguir su curso la propia masa, u hombres indiferenciados de ella, y todo acabará en el desastre, propicio a las fuerzas reaccionarias. He aquí por dónde la única manera de que la revolución se salve consiste en que encuentre lo que las masas no tardarán en llamar un traidor. Las masas, en su ingenua insolvencia, siempre consideran tibio lo que hacen sus jefes: siempre se consideran traicionadas. Es vano querer evitar esta reprobación de las masas cediendo más y más a sus gritos. Sólo los hombres de una especie se salvaron del castigo impuesto por las masas a los que creyeron traidores: aquellos que, sin preocuparse de ser fieles al perifollo de la revolución, supieron adivinar su sentido profundo y desenlazarla por caminos no sospechados por la masa. Paradójicamente, estos traidores a las masas son los únicos leales y eficaces servidores del destino del pueblo. Los charlatanes sanguinarios de la Convención estaban llamados a ser barridos por las fuerzas reaccionarias; Napoleón, cesáreo, consolidó por las armas y el poder personal la estructura de la Francia moderna.

Ninguna revolución produce resultados estables si no alumbró su César. Sólo él es capaz de adivinar el curso histórico soterrado bajo el clamor efímero de la masa. La masa tal vez no lo entienda ni lo agradezca; pero sólo él la sirve."

"CARA AL SOL..."

Historia de la canción de guerra y de amor de la Falange

El 17 de noviembre de 1935, en el mismo cine de Madrid donde doce mil camisetas azules habíamos ovacionado hasta el delirio a José Antonio—espectáculo inolvidable—, yo le dije al Jefe:

—Imagínate lo que sería el final del mitin si, además de este bosque juvenil de brazos en alto, un coro ardiente y unánime hubiese cantado un himno de combate y de esperanza.

—Te aseguro que vamos a hacerlo en seguida. Voy a reunir a una escuadra de nuestros poetas y hasta que no lo hagamos no los suelto. Te doy la seguridad de que, muy pronto, nuestros muchachos han de tener una canción de guerra y de amor. Porque no quiero que el himno sea demasiado pretencioso.

Y como lo que José Antonio decía y ordenaba se cumplía siempre, bien pronto supimos en provincias que la Falange tenía ya el himno deseado por todos, para rematar poéticamente aquellos mítines nuestros, de aquel entonces magno, que solían terminar con una sinfonía de pistoletazos.

Precisemos detalles exactos.

Recordando a Sthendal, precisemos aquí unos cuantos detalles exactos. El himno de Falange nació el 3 de diciembre del año antedicho, en la cueva del Orkompon, bar vasco de la calle de Miguel Moya, en Madrid. La música ya estaba compuesta precisamente. La letra, es decir, las estrofas aladas que tantos camaradas cantaron después, frente al riesgo y a la muerte, la hicieron José Antonio, José María Alfaro, Agustín de Foxá, Mourlane Michelena y Dionisio Ridruejo. Guardaban la puerta, para que los poetas no desertasen, dos hombres de guerra: Agustín Aznar y Luis Aguilar. Hizo de crítico Rafael Sánchez Mazas.

La decisión de José Antonio se produjo en casa de Marichu Mora, al día siguiente del estreno en la capital de España de la famosa película "La Bandera", estando allí Sánchez Mazas, Ridruejo y Alfaro.

—Os espero mañana por la noche en la cueva del Orkompon. Irá el músico. Si falta alguno, mandaré que se le administre el ricino.

Y, efectivamente, los ya nombrados, obedientes siempre a José Antonio, se pusieron a la obra.

Ridruejo recuerda aquella noche.

Quien nos facilita estas notas es Dionisio Ridruejo, a quien a mí me gusta llamar el Goebbels de la vieja guardia—menudito, nervioso, buen orador—, a lo que él replica poniéndome otro mote. Con Agustín Foxá —magnífico camarada y altísimo poeta—y con Aznar es uno de los protagonistas del hecho que andan por aquí. Sus palabras tienen toda la autoridad necesaria para que este reportaje pueda ser una página de historia.

-Cuando el músico se puso al piano, las notas que interpretaban sus dedos de "virtuoso" nos gustaron a todos. Caímos en seguida en un estado febril, propicio a la creación. Era difícil que, entre tantos, salieran unos versos que tuvieran el decoro literario indispensable para ser cantados por nuestros abnegados y valientes camisetas azules. La magia del músico y la presencia de José Antonio hicieron el milagro.

Para adaptarnos a la música cantamos valiéndonos de un "monstruo" que llevaba compuesto un amigo. y tuvimos en cuenta la idea general que nos sugirió José Antonio, el cual nos dijo:

—Siempre he dicho que nuestro himno no será engolado ni excesivamente solemne. La juventud de nuestro Movimiento exige que cantemos una canción alegre, risueña, exenta de odio

para los que nos combaten. Una canción de guerra y amor. Haremos una estrofa a la novia, otra a los caídos por nuestra España y una que remate con aire seguro de triunfo. Este cantar nuestro tiene que ser breve, ingrátido, sonriente; para gritado con el brazo en alto y con el fusil en la mano. Porque no se os olvide que con ella haremos muy pronto nuestra insurrección, nuestra lucha por la conquista y salvación de la Patria.

Y luego—prosigue Ridruejo—nos anticipó que él traía ya dos versos hechos:

"Traerán prendidas cinco rosas,
las flechas de mi haz."

—No olvides decir—agrega mi interlocutor—que aquella noche nos leyó José Antonio las pruebas del magnífico artículo que dedicó a don José Ortega y Gasset y que publicó "Haz", el semanario del S. E. U.

Los poetas ponen mano a la obra.

Repitió el compositor la música al piano, para tomar nosotros la medida, y nos pusimos cada uno a la tarea. A la puerta, enérgicos y terminantes, Aznar y Aguilar vigilaban para que nadie abandonase la cueva del bar.

Los autores de la primera estrofa fueron Foxá, José Antonio y Alfaro, que juntos, y después de una ligera lima, nos dieron los cuatro versos iniciales:

"Cara al sol, con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer,
me hallará la muerte si me lleva
y no te vuelvo a ver."

A todos nos pareció bien la estrofa, incluso a Sánchez Mazas, que era el crítico y que revisaba lo que los demás proponíamos.

La segunda estrofa nos costó más esfuerzos y más tiempo. José Antonio y yo, en una mesa central, discutíamos con empeño para lograr las palabras y la entonación dignas de exaltar a los que daban su vida por la Falange. Foxá, retirado aparte, ponía bridas a sus nervios inquietos. Alfaro fumaba incesantemente; él fué el verdadero ajustador de las piezas que los demás acoplábamos, y el amanuense. El gran Mourlane, con su silencio de sabio y de hombre bueno, remansaba nuestras voces de discusión. Pero aquella noche la segunda estrofa quedó por hacer. Fué al día siguiente cuando Foxá la logró, mereciendo en seguida nuestro asentimiento:

"Formaré junto a los compañeros
que hacen guardia sobre los luceros,
impasible el ademán,
y están presentes en nuestro afán."

A Foxá se debe también, con alguna ayuda de Alfaro, los versos que enlazan las cuatro estrofas de la canción, como un puente audaz y frágil puesto por la música:

"Si te dicen que caí,
me fui
al puesto que tengo allí."

La tercera estrofa.

Ridruejo continúa diciéndome:

—De la tercera estrofa yo hice los dos primeros versos:

"Volverán banderas victoriosas
al paso alegre de la paz."

Y como José Antonio había aportado los dos siguientes, a todos nos pareció que quedaba bien.

Hay que tener en cuenta que la música era difícil. Posiblemente, si José Antonio no lo hubiera hecho cuestión a realizar como una orden y un acto del servicio y si Aznar y Aguilar no hubieran estado a la puerta, el himno no habría salido de aquella noche memorable.

"Volverá a reír la primavera".

Nos faltaban los versos finales, los que habían de expresar la confianza en el triunfo decisivo y final, que la Falange tuvo siempre y tendrá. Alfaro—fino poeta siempre—fué el autor del hallazgo:

"Volverá a reír la primavera."

Y entonces el gran don Pedro Murlane nos regaló el segundo verso:

"Que por cielo, tierra y mar espera."

Y como una respuesta y una afirmación tajante, Alfaro remató:

"¡Arriba, escuadras, a vencer!

Que en España empieza a amanecer."

Y ya estaba la canción nacionalsindicalista, sin la cual el Movimiento nacional, al menos para nosotros, no hubiera tenido el sentido ambicioso, alegre y afirmativo que a través de dolores, sangre y trabajos supo portar la Falange como un airón altivo, desafiador de tempestades y de huracanes.

Una predicción del Ausente.

Durante aquella noche febril de creación conjunta, José Antonio—poeta también y de los más finos—estuvo malhumorado. Temía que el contraste de los puntos de vista de cada cual demorase la composición del himno, que los camisas azules de toda España demandaban unánimes y como si les faltara algo decisivo para la acción. Cuando todo estuvo hecho y el músico descansó sus manos nerviosas sobre el teclado y bebimos alegres y cansados unas copas de buen vino jerezano, nos dijo:

—Está bien, mi escuadra de poetas. Lo que hemos hecho esta noche logrará con el tiempo, no lo dudéis, la importancia de algo maravilloso. Estoy seguro de que la "Canción de guerra y de amor" de la Falange tendrá pronto acompañamiento de pistolas. Y un poco más tarde, tamborileo de ametralladoras, y la lanzarán fieros en la guerra nuestros camaradas, mientras el bordón del cañón siembra la muerte.

El himno se cantó por primera vez en el mitin del Cine Europa del 2 de febrero de 1936, dos semanas antes de las elecciones. Su difusión fué rapidísima. Y los disparos que presentía el Ausente sonaron tras de las estrofas el día que en público se cantó de nuevo; en la calle de Alcalá, a la salida de los funerales por uno de nuestros primeros caídos, dos o tres días después de que el sufragio abriera a la Falange sus posibilidades de lucha y de ambición. En el Madrid consternado y lívido, que aterrorizaban ya las furias callejeras del Frente Popular, sonó el "Cara al sol" desafiador y optimista. Las pistolas rojas le pusieron un subrayado de sangre.

El himno pudo perderse.

No obstante las órdenes de José Antonio, no fué posible editar el himno o impresionar un disco, pues la persecución contra los camisas azules comenzó tan pronto como las izquierdas subieron al Poder. Es decir: se acentuó la que llevábamos afrontando desde 1933, a cargo de quienes bien pronto pusieron en la osadía y la bravura de los nacionalsindicalistas toda su esperanza.

El Ausente pasó a la Cárcel Modelo, y con él los más caracterizados dirigentes de toda España. Y mientras, en labios entusiastas, el himno se fué divulgando, pero con versiones distintas de la real. Indudablemente el autor de la música hubiera padecido al escuchar lo que cantábamos en las diversas provincias, siguiendo a los camaradas que nos llevaron el "Cara al sol" a la par que su mal oído y su incapacidad musical.

Vino el 19 de julio y los camisas azules empuñaron el fusil y comenzaron a lanzar las estrofas del himno (me gusta sobre todo—decía José Antonio—porque no hay en él ni una palabra de odio ni de venganza para el enemigo) a su manera. Cada provincia y aun cada localidad empleaban un estilo distinto. Hasta la letra sufrió mutilaciones y cambios. Pero de nuevo Ridruejo pudo prestar un servicio en pro de la fidelidad de la música y de la letra de la canción.

—A mí me pilló la insurrección en Segovia. Hasta allí llegaron camaradas de Valladolid que entonaban el "Cara al sol" con un aire que no era el ortodoxo Y cuando supo de mi desesperación, mi hermana Angelita, que guardaba una copia del original regalada por Pilar Primo de Rivera, la sacó del escondite donde había desafiado los registros policíacos y me la entregó. Salí con ella a toda prisa para Valladolid y allí se reeditó, tal como el músico la había compuesto y nosotros adaptado la letra.

Final.

Este reportaje lo brindamos a los miles de camaradas que con el "Cara al sol" en los labios han sabido afrontar la muerte por el Imperio, la Patria, el Pan y la Justicia. Merced a ellos volverá en España a reír la primavera. Ridruejo como relator y el que esto firma transcribiendo las palabras, sólo han procurado divulgar este capítulo tan interesante de nuestra historia falangística. De esa historia que yo llevo haciendo—en un tono menor—exhumando mis recuerdos de "camisa vieja".

("Fotos".—Septiembre 1937.)

NOTA.—Cuando este reportaje se publicó no podía decirse que el autor de la música de nuestra Canción era el camarada Juan Tellería, cuyo prestigio artístico no precisa encomio, y que entonces se hallaba prisionero de los rojos.

Uno de los días en que pudo ser asesinado José Antonio

Eran aquellos tiempos duros, cuando las pistolas y la dinamita de los rojos no tenía más objetivo que la Falange y cuando el "ojalaterismo" burgués hacía chistes a nuestra costa y decía que "F. E." significaba "funeraria española" y se motejaba de "franciscano" al nacionalsindicalismo, confundiendo lamentablemente nuestro concepto cristiano de la lucha, como si fuéramos unos "quietistas" de los de la inasistencia ante el mal. Y precisamente fué en los comienzos de nuestra reacción ofensiva contra la criminalidad de los adversarios, cuando un día, el 10 de abril de 1934, pudo caer José Antonio, en acto del servicio y como víctima de un atentado anarcosindicalista.

Por la mañana se celebró en la Cárcel Modelo la vista de la causa por el asesinato de Jesús Hernández, de cuya muerte se acusaba como autor a un sindicalista. Para reivindicar la acción de la justicia en contra del cobarde asesino, José Antonio hacía de acusador privado. Al juicio habían acudido falangistas y anarquistas, estos últimos en número mayor. Y como la prueba fué favorable al procesado, el fiscal retiró la acusación y la Sala dictó un veredicto de inculpabilidad. Para celebrar su éxito, los anarquistas planearon la agresión, confiando acaso en redondearlo con la muerte del más temible enemigo de la anarquía.

José Antonio salió de la Modelo acompañado por los camaradas Sarrión, Cuerda y José Gómez, de probada lealtad, a la que es de temer hayan sacrificado la vida en Madrid en los meses de terror rojo. Una doble fila de camaradas le despidió brazo en alto, mientras los grupos ácratas, con torva mirada, le mostraban su rencor y su odio. Pero a su paso—y esto lo hemos podido comprobar reiteradamente los hombres de la vieja guardia—no osaba alzarse cara a cara ni el reto ni la agresión. Y en aquel auto de hombre modesto de la clase media que él mismo conducía, José Antonio montó con sus tres camaradas, dirigiéndose a su casa. En la calle de la Princesa, entre las de Altamirano y Benito Gutiérrez, esperaban su paso grupos de jóvenes libertarios, del que a la llegada del coche se destacó un individuo que lanzó una bomba contra el mismo. A la vez sonaron varias detonaciones y el parabrisas del auto fué hecho añicos por las balas.

José Antonio tenía una sonriente serenidad que no le falló jamás, por dura que fuese la prueba. La bomba de los anarquistas había causado algún desperfecto en el coche, pero él y sus acompañantes estaban ilesos. Echaron todos pie a tierra y mano a las pistolas. Y sin reparar en la diferencia numérica, José Antonio, Sarrión, Cuerda y Gómez emprendieron la persecución de los grupos agresores, cambiándose numerosos disparos. Fué cerca del paseo de Rosales donde los ágiles pistoleros libertarios se perdieron de vista, y José Antonio volvió a pie a recoger el automóvil. Las gentes le aplaudían ya, repuestas del pánico de la explosión. Aquel Jefe político que se baleaba a pecho descubierto con quienes le atacaban por la espalda estaba destinado a sembrar admiración y un confiado fanatismo, como los personajes de leyenda, cuyas proezas exalta y canta el romancero popular.

El atentado causó sensación en toda España. Vino a resultar en beneficio de nuestra propaganda. Día a día, riesgo a riesgo, por toda España se iba extendiendo aquella fama de bravura serena que José Antonio no desmintió jamás.

Recuerdo que unos días después del atentado, al verle en Madrid y aludir al hecho, José Antonio, oseando con su mano fina y firme, me replicó:

—Nos dieron un pequeño susto. Pero aquello no tuvo importancia.

Y siguió hablando sobre otros temas, como si el caer en la lucha no tuviera importancia. Como Bayardo, era un caballero sin miedo y sin tacha. Caballero y camarada, es decir: el primer guerrero de la Falange y el mejor nacionalsindicalista de todos.

(Septiembre 1937.—Publicado en diversos diarios del Movimiento.)

El primer Consejo Nacional y los Estatutos que aprobó

El Generalísimo y Jefe nacional ha promulgado los nuevos estatutos de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. Este acto es una consecuencia del Decreto de integración, de 19 de abril pasado. Todos los españoles de la zona nacional leerán ávidamente este nuevo documento, que viene a ser como la constitución de F. E. T. y de las J. O. N. S. Acaso resulte de interés recordar las tareas de los primeros consejeros nacionales, en lo que se refiere a la confección de nuestros estatutos primeros, y esto es lo que voy a hacer, pues de aquellos hombres que rodeamos a José Antonio en aquellos tiempos tan sólo tres o cuatro quedamos.

Después de la etapa en cuyo transcurso se hizo la fusión de las J. O. N. S. con Falange, se decidió por José Antonio, Ruiz de Alda y Ledesma Ramos—que constituían el Triunvirato central—la reunión del primer Consejo nacional, al que correspondía, como misión más importante, la de confeccionar los estatutos de la Organización. Las J. O. N. S. tenían un reglamento, en el que todavía persistían huellas e influencias de tipo liberal, sobre todo en cuanto a administración de caudales y a la consagración de mandos plurales. En la corriente fascista española, este Consejo era la máxima autoridad sobre cuantos tenían derechos, por una obra mayor o menor, a una aspiración legítima al mando. El "urvater" tenía que hacerse en la lucha y en la acción política, y hasta octubre de 1934 todo habían sido intentos y vagidos, pero no esfuerzo articulado para lograr que el Movimiento apareciese como cosa coherente y articulada.

El Triunvirato central nos remitió a los consejeros un proyecto de estatutos—calcado casi sobre el de las J. O. N. S.—y nos citó a discutirlo para los días del 4 al 7 de octubre de 1934, en Madrid. Local de reunión fué aquel castillete de Marqués del Riscal, 16, que más que sala de juntas fué trinchera, aislada en medio de la huelga general y de la revolución marxista. Ni que decir tiene que el ambiente no podía ser más agradable para nosotros, por los tiros y la agitación que nos rodeaban; pero nada propicio a la discusión y a la polémica doctrinal.

Me tocó a mí—ayudado por otros buenos camaradas—reñir las más encendidas discusiones para cercenar de aquel proyecto estatutario todo resabio demo-liberal, tras el que se parapetaban ambiciones desapoderadas. Y jamás olvidaré que al final del Consejo José Antonio me llamó para decirme su gratitud y para darme cuenta de que por su decisión pasaba a formar parte de la Primera Junta Política, pues había visto que, sobre toda otra cualidad, la pasión por la ortodoxia nacionalsindicalista era norma y ley de mi proceder.

En el proyecto—del que acaso entre mis papeles guarde copia—se pretendía subsistiese aquella invención dichosa de los "triumviratos", fuente en todo momento de debilidad, errores y confusiones. Los "jonsistas" estaban por lo común encariñados con el artilugio, que a mí me pareció siempre un Comité de partido democrático. Los "falangistas", por el contrario, aspiraban al mando único, seguros de que José Antonio sería proclamado Jefe nacional. Yo, manteniendo una posición doctrinal exenta de otras miras, intervine decididamente en el debate. Y ganamos la votación por diecisiete votos contra dieciséis, porque logré impresionar al camarada Jesús Suevos, al que hice ver que, de mantenerse los absurdos triunviratos, Falange nunca llegaría a cogüelmo. Gracias a que Suevos, no obstante ser de los primeros jonsistas gallegos, comprendió la razón que nos asistía a los que en puros nacionalsindicalistas estimábamos que sin un Jefe in-discutido la discordia acabaría con las fuerzas de la Organización.

En el mencionado proyecto había otras cosas verdaderamente risibles. En un artículo se decía que el Mando nacional no podría gastar más de diez mil pesetas, sin pedir autorización a la Junta Política. Aquello me costó poco echarlo por tierra. Todos sabíamos que el Jefe disponía de nuestras vidas, en cualquier acto de servicio. Y si esto era así, ¿cómo podían sus facultades verse mermadas en un asunto económico, de una cuantía insignificante al lado de la sangre y de la libertad que estábamos todos decididos a perder por España ?

Y así fueron pasando los artículos y los capítulos, quedando el proyecto inicial desmochado, casi del todo, de influencias demoliberales. Un artículo se nos escapó, al que no quisimos dar importancia: aquel por el que se preveía que el Jefe nacional, en caso de ausentarse del territorio nacional, delegaría el mando en un triunvirato formado por miembros de la Junta Política, Algunas veces, y con evidente desacierto, se esgrimió el citado artículo en estos últimos

meses. Pero Alicante no era tierra extraña y José Antonio no pudo creer nunca que llegaría el momento de aplicar un artículo que era el único donde sobrevivía el terminacho aquel del "triumvirato".

Escribo estas líneas con excesiva premura. No es que yo crea que los que fuimos consejeros nacionales en 1934 y lo que hicimos debamos pasar a la Historia Pero la Falange ha sido una línea continua y ascendente desde su nacer y cuanto a ella se refiera vale la pena de contarlo. Por esto escribo este artículo, que el último Decreto del Generalísimo y Jefe nacional hace de máxima actualidad.

José Antonio y el 10 de agosto

El 10 de agosto me recuerda siempre la figura de uno de sus protagonistas más hidalgos: Manuel Fernández Silvestre, monárquico y falangista, que tenía de su misión profesional un concepto caballeresco y que con pleno derecho entendía que los caídos del 10 de agosto, en especial sus soldaditos de la Remonta, merecían el honor de figurar a la cabeza de esa teoría, incontable ya, de los que bajo la bandera nacionalsindicalista forman la guardia sin relevo más arriba de las estrenas.

Aquel caballero, muerto como un bravo en Toledo, tenía pleno derecho a creerse un precursor de nuestro Movimiento. Sentía el Imperio y la ambición irrefrenable de la Falange, que no podía emplearse nunca en tareas que no fueran enderezadas a la creación de una España imperial y proletaria. El 10 de agosto, "Bolete"—campeón de la simpatía—se portó como un valiente. A lo largo del famoso proceso, como un caballero. Y después, desconocido y olvidado, llevó una pobreza hidalga también, y ganándose la vida sin ayuda de nadie fué como se hizo nacionalsindicalista auténtico.

El "Ausente" y el "putch" monárquico.

podemos decir que ni José Antonio, ni Miguel, ni Fernando Primo de Rivera tuvieron nada que ver con el intento. El último, como todos recuerdan, estaba de oficial de guardia en Getafe y cumplió con su deber de lealtad, tal como reconoció el Gobierno azañista. En cuanto a Miguel, en la madrugada del 10 llegaba a San Sebastián, donde, sin haberse metido en nada, fué detenido en la playa de Ondarreta—como luego se dirá—, pasando unas semanas encarcelado con José Antonio. Parecían ya estar destinados los dos hermanos a compartir las horas lentas de las prisiones en servicio fervoroso de la nueva España.

Vale la pena exhumar el relato que José Antonio hacía de sus andanzas aquel día y que ahora corrobora una persona de su intimidad.

El Ausente estaba en Francia el día 10 de agosto, con un grupo de amigos. Había ido desde San Sebastián, de excursión. Al regreso, en la cuesta de Urrugne, entre San Juan de Luz y la frontera, dos gendarmes pararon su auto y, después de una discusión humorística, le impusieron una multa de ciento cincuenta francos por circular con un faro piloto apagado.

José Antonio creyó que la decisión de los gendarmes era un abuso y regresó a San Juan de Luz para reclamar ante un funcionario de la Policía. Pero sus palabras no convencieron al ordenancista comisario. Y José Antonio tuvo que pagar la sanción, una vez que uno de sus acompañantes le hizo el préstamo de dicha suma, pues a él no le quedaba dinero francés.

El día 11, bañándose en Ondarreta con su hermano Miguel, la Policía les detuvo, llevándolos al Gobierno civil, como presuntos complicados en el complot. Allí José Antonio exhibió el resguardo de la multa pagada, para acreditar que estaba fuera de España y que no tenía nada que ver con los sucesos. A los tres días fueron trasladados a Madrid, ingresando en la Dirección general de Seguridad.

José Antonio tenía un carácter vehemente, que estallaba a la sola presencia de la injusticia.

—¿Por qué se me trae aquí detenido?—preguntó, alterado, a un policía encargado de tramitar su detención.

—Porque, dado su apellido, se cree que esté complicado en la sublevación del día 10.

—Es decir, que se me detiene por ser hijo de padre honrado y conocido.

Y dando suelta a aquella su feroz maestría del sarcasmo, agregó irritado:

—A Angelito Galarza, el director general de esta casa, no le podrían detener nunca por eso.

La detención de José Antonio y de su hermano duró unas semanas. Comprobado que no se habían mezclado para nada en el intento, se les puso en libertad. Un hombre de su hidalguía no podía dejar de visitar a sus amigos complicados, sobre todo al general Sanjurjo, mientras

estuvieron entre rejas. Mas de sus relaciones con el general podría escribirse mucho y muy interesante.

—Yo no podía estar de acuerdo con aquello—le oímos decir varias veces—. Nosotros tenemos que hacer las cosas por una España interpretada y sentida revolucionariamente, por una España a la que le metamos en el alma afanes de Imperio. Y, además, haremos las cosas mejor. Nuestra lucha despiadada con el marxismo y el anarquismo nos ha enseñado a ser implacables. Y con toda simpatía personal con los que el 10 de agosto dieron la cara—mientras muchas gentes "que tenían que perder" les llamaban locos e insensatos, no alcanzando la dimensión caballeresca y heroica de su gesto-, a nosotros no nos pasará lo

Y agregaba entonces una anécdota, relatada sin saña uno de sus amigos, complicado en Madrid, hombre bravo y audaz, se comprometió a estrellar un camión cargado de explosivos contra la puerta trasera de la Dirección general de Seguridad. Pero, de pronto, objetó a uno de los jefes:

-Pero eso no puede hacerse. La calle de Víctor Huso es dirección prohibida por ese lado.

El 10 de agosto, precursor caballeresco e hidalgo, a una distancia de cinco años, tiene nuestro respeto J nuestra simpatía. Ante la memoria de los caídos en dicha fecha, de los soldaditos, sobre todo, de Fernández Silvestre, saludamos en nacionalsindicalista y gritamos emocionados: ¡Presentes!

("Unidad", de San Sebastián.-10 agosto 1937.)

José Antonio, en los toros

La tarde de ayer, bajo el arco de diez mil brazos saludando imperialmente antes de que se corrieran los toros, me emocionaba y ponía melancólico en mi localidad, más de curioso que de aficionado. ¡Cómo habría disfrutado José Antonio, siempre cesáreo ante las multitudes, siempre humano al enfrentarse con los hombres, si hubiera podido asistir al espectáculo! Porque a los diez mil brazos tendidos en afirmación de esperanza y de fe acompañaban la música nueva y clásica ya del "Cara al sol" y los versos que poéticamente—con nuestra poética exenta de falsa retórica—cantan la fe en la gran España. Y además, el espíritu nuestro, que transporta alegremente a las masas, satisfechas de reconocerse y sentirse fuertes, prestas a una tarea común y limpia, sobre un país justo y digno.

El domingo en la tarde recordaba otro ya lejano de agosto de 1934, en el mismo coso donostiarra, inconfundible en su fisonomía. Habíamos estado comiendo con José Antonio unos cuantos de sus amigos y camaradas de la hora primera—la difícil, más que por el riesgo, porque sólo con el desdén como arma podíamos batirnos contra el escepticismo—. Y en una taberna del pequeño puerto, al abrigo del Urgull, todo revestido de un verde veronés amable y pulcro, como la isleta de Santa Cristina y los ribazos del Igueldo, comimos a blancos manteles "substancias elementales que nos liberen de la cocina francesa", como decía el Jefe. Y al final, y después de recordar lo mucho que habían escrito en literatos y no en revisteros Sánchez Mazas y Ernesto sobre las tauromaquias y juegos de Creta y las fiestas de toros hasta nuestros días, decidimos irnos a la plaza.

A José Antonio nunca le hizo excesiva gracia la "fiesta brava". Pero puestos a sentirnos nacionalistas integrales, decidimos incluso que nuestro Estado, en nuevo desafío a la Europa que se empeña en desconocernos injustamente, habría revalidado las medidas de Fernando VII, preocupado de la felicidad de sus súbditos—positivamente inferiores a él—, hasta el extremo de amparar una Universidad taurina. Esto se convino humorísticamente, como forjadores y epígonos de nuestra doctrina—el programa saldría unos meses más tarde, después del primer Consejo nacional—, mientras José Manuel Aizpurúa sonreía como sólo él sabía hacerlo y Julio Ruiz de Alda daba sus carcajadas sanas y fuertes de hombre de acción, al que el humorismo intelectualista le hacía cosquillas. Y en nuestro tendido asistimos a aquella tarde de toros, que no hubiera podido comenzar con saludos romanos y exaltaciones patrióticas, pues los "morenos" del sol y muchos de la sombra nos hubieran tirado a la arena cuando en ella campase por sus respetos el morlaco más difícil de los destinados a lidia.

José Antonio, aquella tarde, acentuaba su tendencia irónica—característica suya vital—glosando como un inglés poco enterado lo que en el ruedo pasaba. Embutido entre las gentes, le circundaba, no obstante aquel ambiente de siempre, miradas de mujeres y celos de hombres. Por la noche, en su auto ya con impactos sindicalistas, tuvo que salir para Madrid, reclamado por urgencias del Movimiento.

La verdad: ni él ni nosotros podíamos suponer que, en tan poco tiempo, bosques de brazos y coros inmensos saludaran y cantaran a nuestra manera. De ahí que al asociar el espectáculo al recuerdo imborrable de José Antonio una emoción irreprimible nos asaltase, tal que a las damitas sensibles en la suerte de varas.

¡Ay, nuestro José Antonio, primer espada y varilarguero fuerte de un ruedo ibérico, todo drama y belleza sensual!

("Unidad", de San Sebastián.—Agosto 1937.)

CÓMO SE HACÍA Y DISTRIBUÍA EL "NO IMPORTA"

El famoso "Boletín de los días de persecución" de la vieja Falange

Pocas misiones más gratas que ésta de historiar los tiempos primeros de la Falange. Al exhumar recuerdos y papeles se evocan los días ilusionados que trajeron después éstos de plenitud. Pronto haremos un libro sobre José Antonio y la vieja Falange. Mientras tanto, que estos reportajes remocen los bríos de la vieja guardia y aleccionen a los miles de camaradas que están con nosotros, precisamente porque la astucia y el valor de los primeros luchadores tenían una fuerza proselitista irresistible.

Hoy vamos a contar cómo se hacía y distribuía aquel panfleto clandestino, zozobra de polizontes, terror de nuestros enemigos, que José Antonio—encarcelado ya—ordenó hacer dándole el nombre castizo y retador de "No Importa". El subtítulo era: "Boletín de los días de persecución". Y a través de la feroz represión emprendida contra nosotros después del 16 de febrero, aquella hojita era más eficaz y ofensiva que las mismas pistolas de nuestros hombres de lucha. Todos recordamos el "éxito de público" que tuvo. Furtivo, silencioso, se les escurría a los esbirros del tristemente célebre Alonso Mallol y llegaba a los últimos rincones del país, dando ánimos y acrecentando la leyenda de audacia invencible que siempre tuvo la Falange.

En Baleares el "No Importa" tuvo una réplica clandestina también. Era una doble hoja titulada "Aquí Estamos". Por circunstancias fácilmente comprensibles no tuvo ni la fama ni la difusión que el primero. Sobre cuya historia vamos a escribir ya, sin más trámites ni prólogos.

La figura de Mariano García.

Mariano García o la lealtad. Alto, ancho, fuerte, incansable en la tarea, reservado, valiente cuando hacía falta, todo esto era y es el camarada Manuel García, carnet número 29 de la vieja Falange, empleado administrativo a las órdenes de Raimundo Fernández Cuesta y administrador del semanario "Arriba". Uno de esos hombres sencillos, indispensables junto a las jefaturas, para realizar órdenes e implantar consignas a despecho de dificultades.

Mariano García lleva ya unos meses en la zona nacional. Forma parte de ese grupo de hombres ligados a José Antonio desde la hora primera, con el cual es menester contar cuando se quiere conocer el vivir íntimo de la Organización en sus primeros años de vida y lucha. A los que a él pertenecemos nos basta esta facultad de evocar el pasado para sonreír optimistas al porvenir.

Este camarada era quien mejor podía relatarnos la historia del "No Importa". He aquí la charla sostenida con él, que publicamos seguros de que será leída ávidamente por nuestros camaradas y por quienes, sin serlo, recuerden con admiración los días más duros de la persecución desencadenada contra nosotros por el estúpido Frente Popular a partir de febrero de 1936.

José Antonio ordena la aparición del "No Importa".

—Yo sé, camarada Mariano García, que tú interviniste decisivamente en la publicación del "No Importa". ¿Quieres contarme lo que sepas sobre el asunto?

—Porque a estas alturas puede servir al prestigio de Falange, contestaré a tus preguntas.

A José Antonio le detuvieron el 14 de marzo. El semanario "Arriba" había sido suspendido (El último número, recordamos nosotros, fué el 34, de fecha 5 de marzo.) Y como era menester mantener la comunicación con los camaradas todos y a la vez atacar a los gobernantes, recibí la orden del propio José Antonio, oída a través de las rejas de la Modelo, para editar, clandestinamente por supuesto, un boletín que redactarían él, Raimundo Fernández Cuesta y otros camaradas de los que colaboraban en el semanario.

José Antonio mostró el interés más decidido en que sólo conociéramos la imprenta Raimundo, otro camarada y yo. Era preciso despistar a la Policía y asegurar al mismo tiempo la

publicación del "No Importa". Y como era en mí costumbre apenas recibía una orden de José Antonio, me puse a buscar la imprenta por todo Madrid, pidiendo la colaboración a los impresores cuya simpatía por Falange conocía yo. Pero nadie se prestaba a ello, por miedo al Gobierno y a los riesgos de todas clases que la publicación representaba. Teníamos los talleres de un camarada que en otras ocasiones nos había servido, pero no queríamos arriesgarnos a perderla. Decidí, por consiguiente, utilizarla en último caso. Y después de un peregrinaje por varias casas, encontré al fin una—no es posible por hoy dar más detalles sobre ella—cuyo regente era falangista, miembro de nuestro Sindicato de Artes Gráficas, el cual no sólo aceptó la responsabilidad de editar el "No Importa", sino que además buscó un equipo de obreros de confianza, formado por un linotipista, un cajista y un maquinista. Con estos medios se comenzó a tirar el boletín. Los obreros, el regente y yo hacíamos todo en dos noches, trabajando después de las once hasta la madrugada. Había que procurar no dejar ni rastro en el taller, porque los obreros de la casa eran rojos. La primera noche la dedicamos a la composición y corrección del primer número y la segunda a tirarlo. Puedes creer que no pegamos ojo durante más de cuarenta y ocho horas.

—¿Quién hacía el empaquetado y la distribución?

—El empaquetado lo hicimos en una habitación de la misma imprenta, entre el regente y yo. En un bolsillo llevaba los sellos para la franquicia. Hacíamos los paquetes para las cincuenta provincias, "camouflándolos" convenientemente con etiquetas de academias o casas de específicos y los depositamos en varias estafetas, para no llamar la atención. Los números destinados a Madrid no eran repartidos sino un día después de que se hacían los envíos a provincias.

Del primer número del "No Importa" se tiraron unos doce mil ejemplares. Para Madrid se reservaban tres mil y el resto se enviaba fuera. Dudo que, no obstante su clandestinidad, haya habido en los últimos años publicación que causara un efecto más sensacional en toda España.

—¿Cómo se hacía el reparto en Madrid?

—Del "No Importa" se hicieron tres números. Del primero hice diez paquetes, destinado cada uno al jefe de distrito de Falange, quien a su vez tenía la misión de hacerlo llegar a sus subordinados y éstos de divulgarlo por todos los medios. Con un ordenanza de mi confianza cogimos un taxi cualquiera, metimos dentro los diez abultados paquetes y nos pusimos a hacer la distribución. Al llegar a la calle donde vivía el jefe de distrito, hacíamos parar el taxi tres o cuatro números antes o después del domicilio del camarada respectivo.

Y mientras el ordenanza le subía el paquete, yo vigilaba y daba conversación al taxista a fin de que no entrara en sospecha.

De esta forma, el reparto del primer número se hizo sin dificultad. Para distribuir el segundo me valí del coche del camarada doctor "Vaquero, ahora en la zona nacional, que como falangista disciplinado y entusiasta lo cedió para este y otros menesteres de Falange.

Y el tercero lo repartí valiéndome del auto del camarada Ara, que entonces era jefe de Falange del distrito de Buenavista.

—¿Cómo recogías los originales para el boletín?

—José Antonio había prohibido, como ya te dije, que en el asunto interviniéramos más que dos o tres camaradas de toda confianza. Por esta causa yo mismo tuve que encargarme de recoger los originales de los artículos que se publicaban. La tarea exigía toda clase de precauciones. Cerrados nuestros centros y estrechamente vigilados todos nosotros, me valía de diversas tretas para burlar a la Policía. Los originales que salían de la Modelo me llegaban por los conductos más inverosímiles. Otros trabajos llegaban a mí de la siguiente manera: citaba a los camaradas encargados de traérmelos en cualquier punto de la ciudad, en plena calle de Alcalá o de la Gran Vía o en uno de sus cafés. Al saludarnos me entregaban de manera ostentosa un ejemplar del "Heraldo" o de "El Socialista", que en sus dobleces guardaba el original de un artículo que, al ser leído en el "No Importa", hacía perder el sueño a más de cuatro.

La Policía junto al "No Importa".

—Nada más aparecer el boletín—sigue diciéndome Mariano García—comprendimos que toda la Policía de España estaba tras de sus huellas. Todos los números, una vez que estaban distribuidos, los hacía yo llegar a la Dirección general de Seguridad por un camarada asiduo de la casa, que se prestaba a la delicada tarea con verdadero entusiasmo. Alonso Mallo!, Casares Quiroga, arcaban las muelas cada vez que el "No Importa" llega a sus manos. La Policía registraba noche y día todas las imprentas. Pero el "No Importa" cumplía su desafío del primer número, en el que publicamos un suelto que decía:

"Para la difusión de este folleto.—La impresión de este boletín no corre peligro; está fuera del alcance de los sabuesos de Casares Quiroga. Pero su difusión, naturalmente, no está tan asegurada como la de "Claridad". Para irla organizando se establecen las siguientes reglas."

Y se estampaban hasta tres indicaciones para solicitar, recibir y propagar el "No Importa".

Pues bien; en la misma imprenta donde se hacía nuestro famoso boletín se editaba una publicación profesional del Cuerpo de Policía. Algunas veces, al ir yo con los originales, me tropezaba con agentes de Vigilancia que iban con los de su revista.

—¿Quién visaba los originales?

—Antes de darlos a componer me ingeniaba para que los viera José Antonio mientras estuvo en la Modelo. Luego los visaba Raimundo, quien en alguna ocasión remitió a Alicante algún artículo para que el Jefe lo juzgara.

Incidencias curiosas surgidas con el "No Importa".

—¿Recuerdas algún detalle curioso digno de ser contado ?

—Puedes relatar los siguientes:

En la primera página del número primero aparecían estas cabezas: "El Gobierno, fuera de la ley.—Falange Española de las J. O. N. S., declarada lícita por los Tribunales, sigue soportando el atropello gubernativo." Pues bien; sin darnos cuenta, de buena o mala fe, el cajista puso "ilícita" en vez de "lícita". Comenzamos la tirada y me llevé a casa los primeros números, formando un paquete que recogía personalmente un camarada de Cuenca para repartirlos en su provincia. A las doce de la noche me avisó de la errata en cuestión. Por teléfono avisé al regente de lo sucedido. Una hora después estábamos los dos en la imprenta y enmendamos la errata, destruyendo los ejemplares donde aparecía. Figúrate si el boletín aparece con el disparate a toda plana... José Antonio nos hubiera descalificado.

Por las dificultades originadas por la sañuda persecución que sufríamos, el tercer número de "No Importa" salió hecho una verdadera birria. Aparecían repetidas algunas cosas y abundaban las erratas. El cajista autor de la errata del primer ejemplar había sido despedido, ya que no sabíamos si su conducta era voluntaria o no, claro está que haciéndole ver a lo que se exponía si se iba de la lengua. Pero su sustituto, el linotipista y todos, hacíamos las cosas con tantas ganas de ver el boletín en la calle que el citado tercer número era una verdadera calamidad.

José Antonio—tú lo sabes bien—era exigente con las obras de la Falange en grado sumo. Y al leer aquel engendro nos envió desde Alicante una nota de su puño y letra conteniendo un justísimo reproche para cuantos confeccionábamos la hoja clandestina de Falange, amenazando con suspenderla fulminantemente, "para vergüenza—decía—de todos", si tales defectos se repetían.

Por qué no salieron más números.

Ya estaba José Antonio en Alicante y mientras se hacían los preparativos para la insurrección me ordenó preparase la salida del cuarto número. Pero el dueño de la imprenta se negó a tirarlo porque la Policía había hecho un registro minucioso, deteniendo al camarada gerente y privándome del más eficaz de mis colaboradores.

No cabía duda que la Policía había dado con la pista del boletín. Te explicaré cómo fué.

Teníamos unos cuantos millares del folleto editado por Falange, original de Raimundo Fernández Cuesta, titulado "Economía.—Trabajo y lucha de clases". De acuerdo con el camarada encargado de Propaganda, decidimos enviárselos a los jefes provinciales, aprovechando la oportunidad del envío del número 3 de "No Importa". El regente y yo pensamos en el peligro que podía presentarse si abrían un paquete, ya que el folleto llevaba pie de imprenta, pero como nada había ocurrido en los números anteriores decidimos enviar juntos el boletín y el trabajo de Fernández Cuesta.

En efecto, la cosa nos salió bastante desigual. Aquella misma noche se registró la imprenta, el regente fué detenido y los policías se llevaron todos los paquetes preparados para ser enviados a provincias. Pero yo logré salvar los tres mil números destinados a Madrid. Y con gran asombro de Mallol y sus subordinados, el "No Importa" se repartió al día siguiente por todo Madrid, movilizándolo para ello la segunda línea de Falange, que en aquella ocasión funcionó ágilmente, con escándalo e indignación de las autoridades.

Descubierta la imprenta y ante la orden de José Antonio de que había que tirar el cuarto número, me dediqué de nuevo a la peregrinación difícil y no exenta de riesgos de buscar imprenta nueva. Nadie quería comprometerse ni aun pagando por adelantado. Pero la Falange, que para todo encontró siempre héroes y mártires, encontró entonces al impresor con camisa azul que se comprometiera a tirar el "No Importa" aun a riesgo de perder la libertad, la imprenta y acaso la vida.

En la imprenta, situada no lejos de un cuartel donde días después se luchaba por la nueva España, trabajaban los obreros en varios turnos, el último de los cuales dejaba el trabajo a las once de la noche. Cualquier trabajo de carácter clandestino había que hacerlo después de esa hora y antes de las siete de la mañana, como sucedía en la primer imprenta de "No Importa". El boletín debía salir el jueves 16 de julio. Contenía, entre otros trabajos, uno de Manuel Bueno y otro del camarada Tomás Borrás, cuya conducta por aquellos tiempos fué excelente, como lo demuestra el hecho de que editara por su cuenta cuarenta mil ejemplares de la letra y la música de nuestra canción de guerra y diez mil folletos del programa nacionalsindicalista. Teníamos, por consiguiente, original y todo preparado para salir el citado día 16.

Pero surge el asesinato de Calvo Sotelo el día 13, y José Antonio ordenó se aplazase la publicación, ya que quería publicar unas líneas suyas condenando el suceso y reclamaba un lugar preferente.

Dejamos por hacer un recuadro en la primera página y ajustamos las demás. Al día siguiente, viernes, recibí el original de puño y letra de José Antonio condenando durísimamente el asesinato de Calvo Sotelo. Y cuando aquella noche lo íbamos a hacer, llegó un nuevo emisario de Alicante con un manifiesto que José Antonio lanzaba al país, fechado en dicha capital el día 17, es decir, al mismo tiempo que el Ejército se sublevaba en África, y que comenzaba diciendo: "La Falange y los militares se han lanzado a un movimiento para derribar al Gobierno faccioso y cobarde..."

Del resto no me acuerdo, porque desgraciadamente no pudimos salvar ni el original ni ningún ejemplar, según verás.

En la imprenta no se podían tirar las dos cosas. O lanzábamos el manifiesto de José Antonio o el cuarto número de "No Importa". Consulté con varios camaradas, entre ellos con Rafael Aznar, y se decidió tirar primero el manifiesto, como cosa más urgente. Pusimos mano a la obra el dueño de la imprenta, un familiar, Manuel Mateo y yo. Comenzamos el viernes 17 de julio por la noche y dedicamos a la tarea el sábado por tarde y noche y el domingo en la mañana. Llegamos a tirar ciento setenta mil ejemplares. Era un documento animoso y decidido, que nos emocionaba como hubiera conmovido al país entero. Pero el movimiento insurreccional estalló el domingo y todos quedamos desconectados. Quienes debían recoger los paquetes no pudieron hacerlo. Logré ponerme en comunicación con Rafael Aznar y éste me dijo que avisara a cuantos pudiese para presentarse en el Cuartel de la Montaña. Eran las cinco de la tarde y nosotros no podíamos abandonar la imprenta, ya que Mateo era muy conocido por los milicianos armados, que con guardias de Asalto guardaban todas las bocacalles.

Pasamos Mateo, el impresor y su familiar y yo horas angustiosas en la imprenta. En ella comimos y dormimos hasta el lunes 20. A las siete de la mañana sonó el primer cañonazo disparado contra nuestros germanos del Cuartel. Y a partir de aquel momento todo fueron disparos de cañón, ametralladora, etcétera, sin que los sitiados respondieran apenas. A las once aproximadamente cesó el tiroteo, se produjo la rendición y las turbas armadas—docenas y docenas de miles de hombres y mujeres—cayeron sobre la Montaña.

Al poco tiempo sonaron descargas dentro del recinto, que nosotros oímos porque la imprenta no estaba muy lejos. Manuel Mateo, que había llegado a Madrid después de la muerte de Calvo Sotelo en espera de los acontecimientos, me dijo:

—Mariano, esas descargas van contra nuestros camaradas.

Del Cuartel salían los sitiados entregando uniformes y armas a los milicianos, que les abrazaban prometiéndoles que nada les pasaría. Y viendo el cariz de las cosas y temiendo un registro, ya que la imprenta estaba fichada como "fascista" por los obreros rojos, nuestra inquietud era enorme. Mateo, como más conocido, se desfiguró un poco; se puso unas gafas y un mono, dispuesto a exhibir como toda documentación la cédula personal de otro camarada, conocido también, que había salido de Madrid dos días después del asesinato de Calvo Sotelo, para preparar la Organización de Galicia.

La destrucción del último manifiesto de José Antonio.

El 21, martes, como habíamos previsto, se produjo el registro de la imprenta y del piso ocupado por el dueño en el mismo inmueble. Nuestro susto fué regular. Subieron cinco milicianos descamisados, armados hasta los dientes, acompañados del portero. Mateo cogió un cacharro de los utilizados para llevar leche y se dispuso a salir del piso. Uno de los milicianos., esgrimiendo una escopeta de dos cañones, se situó en el pasillo, diciendo imperativo:

—¡Manos arriba, las mujeres igual que los hombres! ¡Todo el mundo quieto.! ¡Al que grite o intente huir lo mato.'

No había medio de defenderse. El de la escopeta preguntó al portero si aquel "lechero" era de la casa, y el otro le contestó negativamente. Entonces ordenó a Mateo que bajara al portal, avisando a los milicianos que allí habían quedado para que le vigilaran. Temía mucho por él, que era conocidísimo de los comunistas.

El miliciano me preguntó a mí si era de la familia, y adelantándome al portero le contesté que primo carnal del dueño. Acto seguido comenzó el registro del piso, no encontrando nada comprometedor. Entonces le ordenaron al impresor que bajase con ellos al taller para registrarlo. Como la esposa del mismo sabía que teníamos los ciento setenta mil ejemplares del manifiesto de José Antonio, se abrazó a una hija suya y exclamó:

—¡El manifiesto..., el manifiesto.! ¡Estamos perdidos .!

La escena fué desgarradora. Si descubrían el documento nos fusilarían irremisiblemente. Pasamos como quince minutos que nos parecieron años. En esto vimos aparecer en la puerta del piso a Mateo, pálido y tembloroso por la emoción, que casi sin poder hablar me dijo:

—Mariano, esos milicianos son unos incautos. Ni han visto el manifiesto ni me han llevado detenido. No me lo explico.

Poco después subió el impresor, alabando a Dios por habernos librado del mal trance.

Los ejemplares del manifiesto estaban preparados en ciento setenta paquetes, mezclados con impresos de Bancos, y los rojos creyeron que eran todos impresos inofensivos. A Mateo le preguntaron que cómo estaba en casa del impresor, y les contó una narración según la cual hacía cuatro días que había salido de su pueblo en Santander, buscando trabajo como tipógrafo, y que el impresor, compadecido, le había cobijado en su casa, por lo que en agradecimiento iba por leche y hacía los recados.

Inmediatamente pensamos que, por mucho que nos doliera, teníamos que destruir el manifiesto de José Antonio. Adoptamos tres procedimientos. Romper los ejemplares y arrojarlos por el retrete los que se pudiera, quemar otros y cortar los demás con la guillotina de manera que no apareciese en los recortes parte del texto que pudiera denunciar de lo que se trataba. Nos pusimos a la tarea anhelantes, no sea que hubiera nuevos registros. Pronto quedaron obstruidos los retretes de los pisos inferiores al ocupado por el impresor. De uno de ellos que estaba desocupado, pues el inquilino veraneaba fuera, salía el agua por todas partes. Nuestra sorpresa fué enorme cuando nos visitó el inquilino de otro piso intermedio, para suplicarnos que no tirásemos agua, pues él, para escapar del peligro de los registros, había echado al retrete muchos periódicos atrasados de carácter monárquico. Era cómico considerar nuestra situación y oírle suplicar al visitante:

—¡No me descubran, por Dios!

Luchamos como pudimos con las dificultades de las cañerías y después de varias horas de brega incesante logramos hacer desaparecer el manifiesto. No pudimos reservar ninguno. El día 23 marché de Madrid al sitio donde estaba mi familia. Mi despedida de Mateo y del impresor y su familia fué emocionante. No los he vuelto a ver.

Ahí tienes—termina Mariano García, la lealtad subalterna hecha persona al servicio de la vieja Falange —la historia del “No Importa” y la del último manifiesto de José Antonio, desde Alicante, pensaba dirigir al pueblo español.

(Revista "Fotos".-Septiembre 1937.)

José Antonio en el 18 de julio

Todos los españoles, más, indudablemente, los falangistas, se han hecho muchas veces esta pregunta angustiada: ¿Qué hubiera pasado si José Antonio está en Burgos o en cualquiera otra población nacional el 18 de julio? Y los que le conocíamos bien sabemos darnos la exacta respuesta. Para que no hubiera caído en el frente, a la cabeza de unas centurias, habríamos tenido sus leales incluso que insubordinarnos. Porque a buen seguro que se habría lanzado a la lucha desde su comienzo mismo, con aquel ímpetu fuerte de César joven para el que el peligro era un goce y la ejemplaridad un imperativo inexcusable.

Nos es fácil, aun sin haber hablado con su hermano Miguel—testigo único de sus horas agonales de entonces—imaginarnos a nuestro José Antonio en su celda alicantina anhelante de percibir los latidos de la España en fiebre, la fe iluminada y el oído fino, como si el Mediterráneo se poblara de imágenes conocidas—proas acometedoras, humo de pólvora y tostadas caras de hombres atezados prestos al asalto—, bajo la turquesa azul del cielo, al que habrían de volar las últimas miradas, azules también, de sus ojos imperiosos.

Había que sonsacarle noticias a don Abundio Gil, el oficial de Prisiones encargado especialmente de su vigilancia desde el 6 de junio, en que llegaron los dos hermanos a su última prisión. Aquel funcionario, intimidado por la responsabilidad de su misión, incurría a veces en confidencias que más tarde querría presentar ante el Tribunal Popular como intentos de lograr apresar los planes de José Antonio y de Miguel. Mas el humorismo del Jefe se desataba ante el probo empleado, que al verle escribir afanoso desde varios días antes, ganado por la inquietud y la preocupación —¿qué harían sus falangistas en todas partes?; ¿cómo sabrían afrontar su deber, fusil en mano, para el rescate de la Patria?—, se había sentido también inquieto, dando cuenta de sus temores al director de la prisión, don Teodorico Serna, a quien los rojos habrían de acusar de terribles debilidades y condescendencias para con sus pupilos.

José Antonio pondría la mirada de su pensamiento sobre todo en los bravos camaradas de Madrid. ¿Les habría llegado su alocución del 29 de junio, del día preciso en que había sellado el pacto histórico por el que la Falange aceptaba íntegramente sus responsabilidades en la insurrección nacional? Y quizá repasara aquellas líneas que "C. N. T." de Alicante publicara el 30 de julio para pedir los máximos rigores contra él, sus camaradas y familiares:

"Camaradas de la primera línea de Madrid: Desde esta nueva cárcel, donde se cree encerrar el espíritu de la Falange teniéndome encerrado, os envío, con el pensamiento en nuestra España y el brazo en alto, mi mejor saludo. Si algo tiene de agobiante la prisión, por otra parte leve sacrificio al lado de los que tanto sufrieron, es el alejarme físicamente de los peligros, de nuestros afanes. Pero estoy lejos en cuanto a la distancia material; fuera de ella, no sólo con el ardor de espíritu, sino en una actividad silenciosa que no descansa, estoy más cerca de vosotros que nunca. Desde esta celda de la cárcel tuerzo, sin embargo, los hilos que llegan a nuestros más lejanos camaradas. Podéis estar seguros de que no se pierde ni un día, ni un minuto, en el camino de nuestro deber. Aun en las horas que parecen tranquilas maquina sin descanso el destino de nuestro próximo triunfo. No olvidéis, camaradas de Madrid, en las horas de ocio forzado que ahora os traigan algunos días, no caigáis en la tentación de emplearos en otra cosa que en el adiestramiento para una misión no lejana y decisiva. Vuestro entusiasmo prefiere el combate a su preparación, pero lo que se acerca es demasiado grande para que lo arrostoremos sin preparación. Mejorad vuestros métodos, acrecentad vuestra destreza en menesteres de lucha y redoblad vuestra confianza en el mando. Ya sabéis que quien lleva con más orgullo el distintivo de las tres estrellas de plata de la Milicia y con ellas al pecho os ha conducido, al través de tres años de lucha, hasta las horas presentes de crecimiento, estará a vuestra cabeza, pase lo que pase, en el instante decisivo, y con la ayuda de Dios os hará entrar en la tierra prometida de nuestra España una, grande y libre. ¡Arriba España!—El Jefe nacional y Jefe de primera línea, José Antonio Primo de Rivera."

"Se frotaba las manos de gusto", diría más tarde ante el Tribunal aquel don Abundio, probo vigilante. Y las horas antes del Alzamiento, Miguel y José Antonio se dedicaron a arreglar sus papeles y encerrarlos en sus maletas, disponiéndose a salir a la calle, fusil en mano, para dirigir a la Falange en su lucha.

Mas había que hacer todo lo posible para asegurar el triunfo. Aquel mismo día 18, José Antonio redactó otra alocución para los oficiales del regimiento de Tarifa, que a su cuartel de Benalúa llevó en mano el camarada Antonio Maciá, uno de los últimos que pudieron verle. Es de suponer que sería una invocación al honor militar para que no faltasen al sacro deber de alzarse en armas y rescatar la Patria.

Desde aquel día escasearon las noticias al suprimirse la comunicación con el exterior. Se oían, a ratos, las radios de las casas vecinas, sobre todo en la noche tibia, lanzando los llamamientos angustiosos del Gobierno faccioso del Frente Popular, de sus partidos y organizaciones de lucha. Y aquellas apelaciones que el miedo hacía apremiantes eran para José Antonio y sus camaradas, encerrados en la misma prisión, como augurios seguros de la victoria alada.

Pero aquel 18 de julio estaba signado con sangre para José Antonio. Era el comienzo de la áspera reconquista de la Patria, y a la vez, el de su calvario. Los días siguientes entretendría su espera angustiosa marcando en los planos de los periódicos, que aún le llegaban, el avance de los "facciosos". ¡Oh, si aquel don Abundio fuera más generoso de noticias y menos temerón de la responsabilidad! Mas ni imaginación tenía; tan sólo se le ocurrió decir una vez que Mola estaba en Gobernación, como si José Antonio, no obstante su ansia de creer, no olfateara el engaño. Y con el humor que nunca abandonaba, le replicó:

—Díganos usted algo, que esos biberones nos alimentan mucho.

¿Os imagináis, camaradas que conocisteis a José Antonio, su sufrimiento en aquella jaula, cuando tan necesario nos era, acuciando el coraje que nos quemaba el pecho? Si su hermano Miguel revive aquellas horas—que no podrá olvidar jamás—estoy seguro de que le parecerá haberlas pasado junto a un león al que el destino agarrotaba para llevarle a la gloria, pasando antes por la muerte.

Y después de su 18 de julio, anhelante y angustioso, José Antonio pasó el 16 de agosto, día en que una fuina socialista—Francisco Sempere Paya—encontraría en su celda dos pistolas y cuatro cargadores, entrados difícilmente para tener con qué agredir en caso supremo de necesidad. "Vaya debut que me han dado ustedes", diría el marxista, exultando de contento. Y Miguel sabría responderle virilmente, deteniendo sus jactancias de odio.

Y mientras la guerra seguía y sus fieles no le olvidábamos jamás, temiendo su trágico fin, llevo aquel 20 de noviembre en que hasta el cielo levantino se tintó de livideces y el mar se hizo tempestad, y en su amanecer cayó para siempre el mejor de España, brazo en alto, heroico ante el destino, manteniendo la moral y el orgullo de los cuatro camaradas que con él subieron a los luceros: Ezequiel Mira Iniesta, Luis Segura Baus, Vicente Muñoz Navarro y Luis López López.

En lo alto, los ángeles cantaban alegres el "Cara al sol" y sobre las anchas tierras de España comenzaba también un amanecer de gloria.

("Arriba".—18 julio 1939.)

TERCERA PARTE

MI CORRESPONDENCIA CON JOSÉ ANTONIO

DE la colección de cartas cruzadas entre José Antonio y el que esto escribe se han seleccionado las que podrá leer el lector. Figuran en este libro por su interés humano y además por el que pudieron tener en el curso interno de la vida de Falange en su primera época.

Contra posibles suspicacias, el autor del libro cree conveniente decir esto: No extrañe al lector el tono amistoso y confianzudo de sus cartas a José Antonio, al presente convertido en un mito ejemplar y en una figura prócer de la Historia patria, como por sus virtudes y sacrificio se merecía. Pero en aquellas jornadas iniciales, no obstante el señorío acatado y amado que todos sus leales le reconocíamos, José Antonio —jefe siempre—era un camarada más. Por su condescendencia podían decirsele palabras y reflexiones, que pueden parecer pedantescas y pretenciosas; pero que resultaban legitimadas por el afán de servicio y por el deseo de que José Antonio acertase en su difícil misión de Hércules de la España renaciente.

Era tan cordial y sencillo que indudablemente los demás nos excedíamos. Borre el lector, pues, cuanto en esta correspondencia resulte intemperante. Al autor podrá ganarle cualquier nacionalsindicalista en méritos y en virtudes; en lealtad a José Antonio, no. Este es su título más estimado. Lealtad que, nacida en 1934, continúa tozara y fresca, como dotada de un poder capaz d desafiar al tiempo y a la muerte.

Salamanca, 5 de marzo de 1934.

Señor don José Antonio Primo de Rivera.

Madrid.

Apreciable camarada: Ayer en Valladolid no pude charlar con ustedes respecto a la situación en que se halla Salamanca para nuestro Movimiento y el propósito personal de ponerme a la faena, según había prometido a Ledesma Ramos, en el momento en que se hiciera la unión entre F. E. y J. O. N. S. No era posible poder dedicar unos minutos a charlar sobre las instrucciones que ustedes debieron darnos. Pero después del mitin confirmé mi decisión personal de sumarme a la empresa españolísima que compete a nuestra generación, por salir convencido de que ustedes se hallan próximos o dentro de la línea doctrinaria y sentimental que yo, fascista cien por cien, procedente del marxismo y con cierta experiencia sindical de la primera juventud, estimo inatacable.

Llevo escribiendo en fascista muchos años y haciendo ambiente, que es lo que me estaba permitido. Pero, efectivamente, hay que hacer algo más y estoy decidido a ello. Escribí en tal sentido hace doce o catorce días a Ledesma, a quien con Giménez Caballero consideraba más cerca de mí y con quien llevo en relación hace más de un año. Pero según me dijo ayer, el Triunvirato Nacional no ha tratado de las organizaciones en provincias y por ello no he recibido las instrucciones concretas que demando, a la par que el encargo de actuar.

Considero que después del acto de Valladolid y de los de Cáceres y otros puntos habrán comprobado indudablemente el volumen popular y nacional de nuestro Movimiento. Para que no se pierda es menester que ustedes intensifiquen el sacrificio y hagan todo lo posible para que la más perfecta organización articule a los simpatizantes de todo el país, sin pérdida de tiempo. Si cuando examinen ustedes la situación provincia por provincia entienden que debo ser yo quien se encargue de Salamanca, ordenan y en marcha.

En tanto llega su mandato, que deben pronunciar teniendo en cuenta los elementos que pudieran estar en contacto con ustedes—ya que yo sirvo en el sitio en que se me designe—, procuraremos con los demás elementos simpatizantes hacer lo que se pueda para organizar el Movimiento en nuestra ciudad y ver si dentro de unas semanas podemos invitarles a un mitin estilo al del domingo, que por la categoría imperial de Salamanca y por su significación política actual sea sencillamente magnífico.

Así, pues, les ruego que el Triunvirato Central se ocupe de nosotros cuanto antes, designando al que debe llevar la responsabilidad de la Organización en Salamanca.

Con saludos fascistas quedo suyo afmo. s. s. s., Francisco Bravo.

Madrid, 20 de marzo de 1934

Señor don Francisco Bravo.

Jesús, 5.—Salamanca.

Mi querido compañero: Sé, en el momento de ir a contestar con retraso su afectuosa carta del día 5, que todo está ya arreglado en Salamanca en la mejor forma que yo podía desear.

Me alegro mucho de que haya sido así, y con el brazo en alto le saluda cordialmente, José Antonio Primo de Rivera.—(Firmado.)

Madrid, 24 de mayo de 1934

Señor don Francisco Bravo.

Salamanca.

Querido camarada: Su carta del día 22 rezuma razón por todas sus letras. La estúpida resistencia de muchos gobernadores civiles nos tiene ahogado, contra ley, el Movimiento en Salamanca y otras varias provincias.

Yo he agotado mis gestiones con el ministro de la Gobernación, y como no es posible soportar más esperas, le he anunciado que plantearé en las Cortes la cuestión de nuestro funcionamiento. Tenemos aprobados los estatutos por la Dirección general de Seguridad y es no sólo injusto, sino anárquico, que cada gobernador civil someta a nueva deliberación lo que ya está admitido por autoridad superior.

Como el Parlamento, cifra de todos los defectos del sistema político, funciona según normas que jamás entenderé, no me es posible calcular cuándo me concederán la palabra para hablar de esto, pero puede creer que no descansaré si no logro remediar la situación por que pasan nuestras Juntas de provincias.

Saluda cordialmente por su conducto a todos los camaradas de ahí, José Antonio Primo de Rivera. (Firmado.)

Salamanca, 12 de octubre de 1934.

Camarada José Antonio Primo de Rivera.

Jefe nacional de F. E. y de las J. O. N. S. Madrid.

Querido Jefe: Por si presté al Movimiento algún servicio en las sesiones del Consejo y a tu autoridad, me permito—acaso abusando pedantescamente de tu atención—dirigirte estas líneas, en las que con toda disciplina y verdad quiero expresarte mis puntos de vista respecto al Movimiento y a sus hombres más destacados.

Abusando de tu bondad, empezaré por ti. Te sobra llaneza, bondad y simpatía. Me parece que esto lo dije ya en San Sebastián. Después de estos días de Madrid lo repito. Debes, robustecido por la autoridad suprema que el Consejo te ha dado, establecer la distancia necesaria entre tú y todos los demás. No dar beligerancia a todos, como ahora haces, portándote con esa bonhomía de fino andaluz aristocrático, que no se compadece bien con un caudillo rígido de un Movimiento férreo como tiene que ser el nuestro. Nada de familiaridades: la teatralidad es necesaria. Que en tu despacho no entre sino quien tú llames y que se te vea siempre por encima de la masa y de los demás escalones del mando. Muéstrate autoritario, terminantemente autoritario. Quien no pueda resistir esto no es fascista ni merece serlo. Y desestima todo complejo liberal; ni Unamuno, ni Ortega—ni, claro es, todos nuestros intelectuales—, valen lo que un rapaz rabioso de veinte años fanatizado por su pasión española.

Si alguna ventaja ha salido del Consejo ha sido precisamente esa. Puedes ahora hacer y deshacer sin que nadie pueda irte a la mano. Piensa en esta responsabilidad y en que, decidido a aceptarla, debes cumplirla inexorablemente.

a tarea es dura sobre todo porque en los elementos que pueden ayudarte hay muy pocos aprovechables, porque no son fascistas. Reclamo tu atención* hacia los que efectivamente pueden serlo, es decir, a los que intervengan en el aspecto sindical del Movimiento, del cual debes preocuparte primordialmente, como también a la organización de las milicias. Pero casi todo lo que tienes en rededor vale poco. Está además viciado por la época anterior, por ese triunvirato que debes extirpar con verdadera saña. Pon a prueba a todos, sea Ledesma, Ruiz de Alda o quien sea. Y a la menor vacilación o al menor momento de discutir tus decisiones, echa por la ventana al que

no sea capaz de disciplina absoluta. Ese caos que te cerca sólo tú puedes convertirlo en jerarquía y claridad. Y sobre todo, desecha todo prejuicio; posiblemente quien mejor organice las cosas sean los elementos nuevos. Así Aguilar, Aznar y otros me parecen capaces de establecer una organización de lucha en la que debe ser consigna fundamental, no que haya mucha gente, sino buena y capaz de todo.

Vencida la revolución socialista-separatista, estimo que se nos abre un ancho camino para lograr la incorporación al Movimiento de buena parte del proletariado español. Para esto es menester que funcionemos en plena legalidad. Como acaso hayamos hecho méritos ante Lerroux—ante la Ceda no los haremos así no dejemos un marxista—, debes explotar esto para que se nos permita legalizar nuestro Movimiento en todas partes apenas cese el estado de guerra. Nuestra acción proselitista debe encaminarse hacia las masas desengañadas del obrerismo y también de los grupos de la clase media que soñaron con la República y que ahora están atontados por la marcha regresiva de las cosas.

De ahí que me opusiera a que el Consejo trazara un programa que a mi modo de ver iba a ser un conjunto de garrambainas sin eficacia mítica sobre las masas. Lo que precisamos—recuerda el programa nazi— es un conjunto demagógico, de alta y tensa demagogia, de postulados fácilmente inteligibles y sin literatura. Y puesto acaso a ser indiscreto, quizá con indisciplina, me atrevo a enviarte redactado un esbozo de proyecto de programa, para que con la Junta Política, y según aprobó el Consejo, puedas imponerlo tú por promulgación jerárquica.

Entiendo que debes además entrar a saco en lo que hasta ahora ha llevado el nombre de Organización, para restaurar o crear lo que efectivamente puede ser un Movimiento férreamente articulado. Es menester —por ejemplo—que comuniques a todos los jefes de provincias que, dedicado a la reorganización del Movimiento sobre bases nuevas, se impone que se consideren en posesión de su jefatura de manera provisional. Así podrás ir seleccionando a los que más valgan, confirmando a los que ahora merezcan el cargo y echando a paseo a esos señoritos exhibicionistas que me parece son el peso muerto de Falange Española y de las J. O. N. S.

Y lo mismo en los demás cargos. Del más alto al más bajo. Quien no soporte las nuevas maneras, enérgicas, disciplinadas, absolutistas, por llevar por dentro una miserable alma liberal, que sé quede en casa o se vaya a otra parte.

Así resolverías esos problemas de jefaturas de Málaga, Cáceres, etc., que vician al nacer nuestras organizaciones.

Creo debes montar una Secretaría general ágil, que sepa lo que trae entre manos, y otra particular que sirva para contestar las cartas que, como ésta, no hay más remedio que dirigirte. Es decir: renuncia a todo lo que no sea el Movimiento, ya que te cabe el orgullo de tenerlo casi exclusivamente a tu cargo y responsabilidad. En los dos primeros meses acaso te parezca una carga excesiva. Pero si rehaces todo bien, las cosas irán como la seda. El supremo ideal que nos mueve y la sangre de nuestros muertos lo exigen. Los demás debemos ser sencillamente, no cadáveres que anden, sino vivos que no paren en tus manos y a tus órdenes.

Y después de leer todo lo anterior, que acaso sea aprovechable, procura no ordenar que me den de palos por excesivamente cargante.

Un abrazo subordinado y nacionalsindicalista, Francisco Bravo.—(Firmado.)

Madrid, 24 de octubre de 1934

Señor don Francisco Bravo.

Salamanca.

Querido camarada: Mil gracias por tu magnífica carta del 12 de octubre. Ya imaginarás la disculpa que me ofrece la agitación de todos estos días para no haberte contestado antes. Quiero, sin embargo, decirte que cada una de las palabras de tu carta ha sido leída, releída y pesada por mí, y que seguiré teniéndola en cuenta constantemente.

En cuanto al proyecto del programa, lo he entregado a la Junta Política, con los materiales del Consejo, para que urgentemente elabore un proyecto definitivo. En principio me parecen muy bien tus puntos, y algunos los estimo excelentes. Sin embargo, me propongo que el programa definitivo sea, a ser posible, algo más breve y más sistemático. Acaso haya perjudicado un poco al tuyo la diferente procedencia de algunos de los principios acogidos.

Como ya va cesando el estado de agitación, me propongo reanudar enérgicamente la organización y actividad del Movimiento, al que creo sin la más mínima duda que espera un año fecundísimo. Ya irás recibiendo comunicaciones.

Te abraza tu buen amigo y camarada, José Antonio Primo de Rivera.—(Firmado.)

Salamanca, 26 de octubre de 1934

Señor don José Antonio Primo de Rivera.

Madrid.

Querido Jefe y amigo: Agradezco tu carta del 24, más que nada por la afirmación de que leíste la mía del 12 y su proyecto de programa con el máximo interés. Te lo agradezco, porque no buscando nada personal ni ahora ni nunca en el Movimiento, y dispuesto al máximo sacrificio donde tú ordenes, estimo tener derecho a que se me considere que estoy en la línea más ortodoxa del nacionalsindicalismo.

Procura, pues, que el programa del Movimiento se apruebe cuanto antes y que tenga un aire de vibrante demagogia y un contenido audaz. Naturalmente que algunos puntos de los que yo redactaba parecen contradecirse, pero eso es sólo en apariencia y enfocados acaso desde un punto de vista liberal. No puede desconocerse que por su tendencia sincrética y su totalitarismo nosotros tenemos que despistar lo mismo a quienes se empeñan en clasificarnos como a una fuerza de derechas que a los que creen—y yo me alegro— que somos peores que los socialistas.

Que salga, pues, el programa y que se airee todo lo más que se pueda. Será la forma mejor de que definitivamente se despidan de nosotros los señoritos y de que venga francamente la gente obrera sana desengañada de las cobardías y torpezas del marxismo y del alocamiento del sindicalismo anarquista.

Pide también al Gobierno autorización para que en todas las provincias funcionen nuestros organismos. Aprieta en esto todo lo que puedas. Es menester que se nos deje abrir centros, constituir sindicatos y organismos a la luz del día. Si para esto es menester que visites a Lerroux o Vaquero, debes hacerlo. E incluso reiterar esos elogios que se os han ocurrido y que yo, la verdad, no me explico. De lo que pasa y de lo que sucederá es responsable toda esa turbamulta de mediocridades que acarrearán las gentes atontadas del cedorradicismo.

La apertura del Parlamento debe servirte de ocasión para hacer un gran discurso de Jefe condenando a todos, repudiando a la vieja España que ya se cree vencedora de la revolución y no es verdad y llamando al combate a los españoles de la tercera España. Pero nada de lerrouxismos ni complacencias hacia esos ancianos decrepitos.

Debes tremolar la enseña del más rabioso nacionalismo y combatir sañudamente a Gil Robles y todos los posibilismos que van a tolerar que se mantenga el Estatuto de Cataluña y que se fusile a algunos desgraciados del montón sin que paguen, como sería justo, los grandes jefes marxistas y separatistas.

En fin, perdona la molestia y desde luego intervén eficazmente para que todo se organice estupendamente en nuestro Movimiento. Y sobre todo mina, auxilia y protege a Mateo y demás amigos de los sindicatos que sean acreedores a ello.

Un saludo subordinado y un abrazo de tu amigo, Francisco Bravo.

Madrid, 3 de noviembre de 1934.

Señor don Francisco Bravo.

Salamanca.

Querido compañero: Los puntos programáticos están ya casi concluidos; creo que hoy me entregará su proyecto la Junta Política, y yo no emplearé más de un par de días en revisarlo y modificarlo.

En cuanto a nuestra posición frente a la chabacanería gubernamental, no te preocupe. ¿De dónde has sacado lo de nuestros elogios al Gobierno? ¿No has leído mi circular del 13 de octubre? ¿Ni mi artículo "Una ocasión de España" publicado en "Libertad" de Valladolid? Por si acaso, te envío unas pocas circulares y siento no poder hacer igual con el artículo porque no tengo de él ejemplar alguno.

Desde luego, para mí está bien claro el sentido del momento presente: lo profundo de España ha ganado una batalla que pudiera ser punto de arranque de un movimiento decisivo, y la mediocridad cedorradical va a esterilizar esa victoria ignorando sus factores profundos y aprovechándola para consolidar un sistema estúpidamente conservador. Espero poner esto en claro cuando hable en las Cortes. Pero ya sabes que hay censura de Prensa incluso para las sesiones parlamentarias.

Un abrazo, José Antonio Primo de Rivera.—(Firmado.)

Madrid, 1 de diciembre de 1934

Como Jefe de la Falange Española de las J. O. N. S., y con arreglo a las facultades que me concede el artículo 23 de los estatutos por que se rige la Organización, designo jefe provincial de Salamanca a Francisco Bravo.

Madrid, 1 de diciembre de 1934.—El Jefe, José Antonio Primo de Rivera.—(Firmado.)

¡Arriba España!

Camarada Francisco Bravo.—Jesús, 5. Salamanca.

Salamanca, 18 de enero de 1935.

Señor don José Antonio Primo de Rivera.

Madrid.

Querido Jefe y amigo: Supongo que todas las Jefaturas provinciales te habrán testimoniado su adhesión ante el acto de depuración realizado. Aun cuando no tfozoco, como es natural, la trayectoria final del asunto y tu contestación cuando yo te preguntaba en nuestra última entrevista me despistó un poco, lo sucedido no me sorprendió lo más mínimo. Lo malo fué que coincidió precisamente con el día de apertura de nuestro modesto centro social—en Consuelo, 20, segundo—, y los muchachos estaban un tanto desmoralizados, pues toda la Prensa burguesa, derechista y democrática, dieron al suceso los mejores titulares.

Te ratificamos por la presente, y según comunicación oficial adjunta, nuestra adhesión. En el telegrama que recibirías el día 16 en la mañana te lo decíamos ya.

Te supongo entregado de lleno sin desaliento ni flaqueza a la tarea de reorganización que anuncias en tu circular fecha 16. Es menester que tomes sobre ti la carga durísima de depurar, articular y llevar adelante el Movimiento en todos sus aspectos. Los que confiamos en absoluto en ti estamos ansiosos de comprobar cómo F. E. de las J. O. N. S. adopta un ritmo cada día más enérgico, rotundo y eficaz.

Perdona que te escriba particularmente. Aun cuando ello supone para ti más trabajo, me creo autorizado para hacerlo por tu confianza. Decídate en forma de que ni los Sindicatos ni nadie se vayan con los arrivistas y que todo quede montado en toda España sobre bases inexorables.

En cuanto a nuestra empresa en Salamanca no puedes hacerte idea de la hostilidad que nos rodea. Hemos conseguido reunir unos 60 muchachos y 25 hombres, es decir, mayores de edad. No tenemos un amigo poderoso que nos eche una mano. El centro y sus derivados nos va a costar doscientas pesetas mensuales, que ya veremos de dónde las sacamos. Pero si pretendemos que haya aquí un conato de organización, es el único camino. Como nuestra misión es cada día más nítida, las gentes de dinero, egoístas de por sí, no nos darán un céntimo. Y en cambio, la masa obrera, encerrada ahora en un adusto gesto despechado y repleto de odio, no se dejará ganar así como así.

Pero dándonos ánimos unos a los otros y sobre todo recibiendo los tuyos saldremos adelante. Mas no olvides que la responsabilidad máxima es la tuya y que a estas alturas y por nuestros mártires nadie puede retroceder.

Deseándote toda la energía que sabemos que tienes para cumplir tu tarea y tu deber, quedo a tus órdenes, Francisco Bravo.

¡Arriba España!

Madrid, 4 de febrero de 1935. Francisco Bravo. Salamanca.

Querido camarada: La proximidad de mi viaje a Salamanca me permitirá nivelar de palabra el retraso de correspondencia en que estoy contigo. Tú me disculparás y ya sabes que ni una de tus líneas cae para mí en saco roto.

Me parece excelente la alteración que has introducido en el programa, y comparto por entero tus motivos.

Pienso llegar a Salamanca el sábado por la tarde, hacia las cinco. Ya están avisados los jefes provinciales que tú indicabas.

En cuanto a la muchacha de Lamamié de Clairac que tan afectuosamente se interesa por nuestro Movimiento, creo que el viaje me proporcionará la mejor ocasión para conocerla, de lo que puedes creer que me alegraré mucho.

Te abraza, José Antonio Primo de Rivera.—(Firmado.)

Madrid, 9 de febrero de 1935

Como Jefe de la Falange Española de las J. O. N. S., y con arreglo a las facultades que me concede el artículo 31 de los estatutos por que se rige la Organización, designo miembro de la Junta Política al camarada Francisco Bravo.

Madrid, 9 de febrero de 1935.—El Jefe, José Antonio Primo de Rivera.—(Firmado.)

¡Arriba España!

Camarada Francisco Bravo.

Madrid, 15 de febrero de 1935.

Señor don Francisco Bravo.

Salamanca.

Querido camarada: Al regresar de Andalucía me encuentro con tu carta, que reaviva el recuerdo magnífico del domingo pasado en Salamanca. No puedes figurarte la resonancia que ha tenido nuestro acto, a pesar del semisilencio de la Prensa. Hasta en lejanos pueblos andaluces han valorado en su exacto sentido la presencia de don Miguel en el mitin y en el almuerzo. Acaso sea consecuencia indirecta del mismo acto el que los muchachos de Santander se hayan sublevado contra una vieja dirección, inepta y mediatizada por las gentes de siempre, y la hayan destituido "manu militari". He tenido que darles la razón.

Lo de que Mateo dé un mitin exclusivamente obrero ahí me parece muy bien. Le traslado tu nota y él se pondrá de acuerdo contigo.

Mil gracias por todo otra vez. Espero que no llegue tu separación del periódico; pero sólo el peligro de que pueda producirse aumenta el valor de tu magnífica perseverancia. Ya se van encontrando jefes, como verás. Si hay aún algunos puestos deficientemente atendidos es porque los hombres aptos abundan menos de lo que uno quisiera, pero todo se andará y puedes creer que no se descansa.

Un abrazo, José Antonio Primo de Rivera.—(Firmado.)

Salamanca, 11 de marzo

Falange Española de las J. O. N. S.—Jefatura provincial.

Salamanca, 11 de marzo.

Camarada José Antonio Primo de Rivera, Jefe nacional.

Madrid.

Querido Jefe: Cuatro letras para solicitar tu autorización a fin de que, organizada por el S. E. U., se verifique el domingo 24 una conferencia de Giménez Caballero, con proyección de la película "Camisas Negras". Personalmente la estimo ventajosa para el Movimiento. Le he escrito a Ernesto y sostiene que continúa dentro de la ortodoxia, aun cuando un poco al margen, según él, no por culpa suya. Sin perjuicio de rogarte, como ya hice en Valladolid, que quede resuelto este incidente con él, deseo tu permiso para organizar tal acto cultural, que ya hemos comenzado a

anunciar, pero que si a ti no te gusta se suspende. Mi opinión—por si puede influir—es que resultaría muy beneficioso al Movimiento.

RECUERDO DE VALLADOLID. — Me permito recordarte las decisiones de Valladolid. Conviene que las funciones de la Junta Política se organicen en forma y desde luego que sus decisiones queden debidamente consignadas y puestas en práctica. Interesa cada vez más la nota explicativa de nuestra diferenciación categórica y terminante. Así, por ejemplo, me enviaron una platea y una invitación para el mitin monárquico del domingo en ésta. Contesté diciendo que no podemos corporativamente tomar parte en mitin alguno, que no tenemos nada que ver con ellos y reprochándoles su ayuda a los mangantes de Madrid, expulsados por ti.

Si la nota se hubiese publicado no habría necesidad de esto.

Sigo recibiendo la hojita de Ledesma. Claro que ha dejado de venderse aquí; pero a mí me la manda "afectuosamente". Insisto en la necesidad de que pronto salga nuestro semanario. Si no hay dinero deben subscribirse con toda urgencia acciones de 25, 10 y 5 pesetas para buscar el modo de hacerlo.

Importa que dediques a esto la máxima atención—a mi modo de ver—, dejando la redacción en manos certeras y de lucha que hicieran de él un periódico de combate.

Te ruego contestación a estas cuestiones.

Respecto al mitin de Corrales, acaso no pueda ir yo, aun cuando irá una Comisión. Tenemos muchas cosas que hacer y seguimos, claro está, sin dos pesetas. Hemos preparado: mitin obrero el 17, conferencia de Giménez el 24, excursión campera el 31, mitin de Zamora el 7 de abril. De ahí que a Corrales sólo puedan ir algunos.

Saludos nacionalsindicalistas.

¡Arriba España!

Madrid, 13 de marzo de 1935

Señor don Francisco Bravo.

Salamanca.

Querido camarada: Lo primero de todo quiero encargarte, y no lo he hecho antes por haberseme traspapelado el documento, que des las gracias a todos los camaradas de # . por el magnífico escrito que me enviaron con ocasión de haber salido el llamado periódico "Patria Libre". Sé tú mismo quien mida mi agradecimiento y mi emoción ante la actitud lacónica y fuerte de los militantes que tú conduces por el camino de nuestra disciplina.

Contesto ahora, además, a tu carta del día 11, y lo voy a hacer punto por punto:

1.º No hay ningún inconveniente en que se proyecte ahí la película "Camisas Negras", con la conferencia de Giménez Caballero. Estoy seguro de que una conversación tuya con él le apartará de todo propósito de extravagancia, y le hará ver la conveniencia de sujetarse a la buena línea. Por cierto que te has distraído un poco al no revisar el anuncio de la conferencia redactado por el Sindicato de Estudiantes. ¿Qué es eso de que Giménez Caballero es "líder de la juventud española"? ¿A qué viene la cita del texto alemán—escrito por el propio Ernesto—parangonando su influencia en la juventud con la de Ortega y Gasset? ¿Y el infeliz recuerdo a sus artículos sobre los patronos? Conviene que revises todas las cosas de nuestro Movimiento destinadas a la publicidad.

2.º No se ha publicado aún la nota explicativa de nuestra actitud ante las futuras elecciones porque en este instante en que los únicos periódicos que acogen nuestras cosas están emperrados en el bodrio de la unión de las derechas, la salida de nuestra nota, con aire, en cierto modo, de reto, determinarla probablemente la clausura para nuestras informaciones de las únicas

columnas donde encuentran alguna acogida. Los acuerdos de Valladolid saldrán, no obstante, en nuestro periódico, que va a publicarse en seguida, como verás en el punto siguiente. Claro está que el retraso en publicar la declaración trae pequeñas confusiones como la que han cometido contigo los monárquicos de Salamanca; pero acaso esas pequeñas confusiones, desvirtuadas por actitudes locales terminantes, sean menos perjudiciales de momento que la reducción a un silencio total.

3.º El periódico iba a salir mañana jueves. Por dificultades de última hora, debidas especialmente a la lentitud de la censura, saldrá el jueves próximo sin falta, a menos que nos lo suspenda la autoridad. Va a titularse "Arriba", porque ninguno de los dos títulos anteriores se nos permite. De aquí al jueves, los jefes provinciales tendréis que anunciar animosamente su publicación.

Sentiré no verte en Corrales, pero me parece bien que ahorréis en viajes para emplear los pocos recursos que hay en intensificar el Movimiento.

Te saluda cordialmente.

Madrid, 16 de abril de 1935

Señor don Francisco Bravo.

Salamanca.

Querido camarada: He recibido tus dos cartas, y me parecen bien las decisiones que me comunicas y las razones en que las fundas. Estas razones serían distintas si, lo que Dios no quiera, se repitiese el caso; pero en las circunstancias presentes han tenido todo el acierto.

Te ruego no dejes de decir a nuestro camarada Juan Pérez Almeida la emoción y la impaciencia con que todos esperamos noticias de su mejoría. Si encontraras ocasión de comunicar a su familia el dolor de todos nosotros por la muerte de la pobre niña que asesinaron, te lo agradecería mucho.

Por medio del Banco Español de Crédito te envío quinientas pesetas para ayudar a esa J. O. N. S. en los gastos que esta peripecia le proporcione.

Yo salgo hoy para un viaje inexcusable que durará cuatro o cinco días, y pienso llegar para el mitin de Zamora el domingo próximo.

Te abraza tu amigo y camarada, José Antonio Primo de Rivera.—(Firmado.)

¡Arriba España!

Madrid, 28 de marzo de 1935

Señor don Francisco Bravo.

Jesús, 5. Salamanca.

Querido camarada: Agradezco el espíritu con que has recibido mi carta anterior y también agradezco tus indicaciones. Sin embargo, las que me aconsejan que me prevenga contra la adulación me parecen innecesarias; puedes creer que cada día tengo a mi alrededor más cosas amargas y que casi me vendría bien un poco de adulación como emoliente.

Supongo que habrás recibido ya el primer número del periódico. Salió con retraso por dificultades externas y pereza interna. Del segundo número me he encargado en persona, y hoy jueves están tirándolo ya. Va tu artículo sobre don Miguel, que es estupendo. En cuanto a la difusión del semanario, puedo decirte que tenemos ya más de quinientos corresponsales en España. La eficacia de estos corresponsales y el aumento de la venta dependerán ahora, más que nada, de lo que hagan los jefes provinciales. En Salamanca tengo muchos motivos para estar seguro de que la cosa andará bien.

Mateo, en efecto, se supera a sí mismo cada día. Es una magnífica adquisición. En cuanto a Onésimo, el domingo le veré en Tordesillas, por la tarde, e intentaré seguir esforzándome por entenderle.

Mucho te agradecería un informe con más detalles sobre la cuestión del trigo ahí.

Te abraza, José Antonio Primo de Rivera.—(Firmado.)

¡Arriba España!

22 de mayo 1935

Falange Española de las J. O. N. S.—Jefatura provincial.

22 de mayo 1935

Camarada José Antonio Primo de Rivera.

Madrid.

Querido Jefe: Convaleciente, aprovecho unos minutos para escribirte en felicitación por el gran mitin del pasado domingo y por tu indescriptible discurso. Lo llamo así porque los 35 muchachos y camaradas me lo han contado y tiene para mí ya la evidencia de lo plástico.

Después he visto los ataques de la escrofulosa "Época" y de "La Nación", es decir, del títere de Barrete Comprenderás ahora cómo estamos en la cuaderna vía, en el camino auténtico que tras de costosos esfuerzos nos ha de llevar al Poder. Todo eso y el mitin antifascista que anuncian los sarnosos de la revolución mezquina y antinacional para el Stádium valúan debidamente la importancia del mitin.

Precisamente, en estos días de reclusión, he vuelto a leer cosas de Ortega. En uno de sus trabajos de 1931 estampa esta frase, que me place recordarte, porque ahora nos viene bien aplicárnosla: "En la Historia sólo triunfa lo auténtico." Esto es una perogrullada. Pero con serlo, es de una inexorable exactitud.

Lo que necesitaríamos serían dos o tres millones de pesetas para dar a la Organización una estructura ambiciosa y utilizar siempre los grandes recursos de la propaganda.

La cosa va bien. Es una pena que no tengan patriotismo las gentes de dinero y no lo den ya ni a Gil Robles. Pero con todo y con eso, creo que todos iremos donde tú mandes, seguros de que, a medida que el Movimiento cuaja y aumenta, tu prestigio va derecho hasta la altura mítica que requiere nuestra Jefatura, puesto casi sagrado que debe reunir todo lo esencial al mando militar, al caudillaje popular y a la categoría del estadista.

Por aquí convalecemos también. Ya te explicaré todo lo sucedido en este mes y medio angustioso. Vamos ya salvando la crisis. No puedes hacerte idea de las resonancias múltiples e insospechadas que una brutalidad como la padecida logra en un pueblo pequeño como éste. Pequeño, frío, egoísta y cobarde. '

Si me deja la salud iré a esa a asuntos profesionales—de servidor de entidades patronales—el próximo domingo, y estaré ahí tres o cuatro días. Natural que iré a presentarme ante ti.

El semanario es excesivamente literario; ¿no podría dársele más aire combativo, más agresividad elegante y moderna? Debías pensar eso. No podemos dejarlo convertido en una hoja para los iniciados. Debería tratar campañas capaces de interesar al público ajeno a Falange. De esta forma lograría difusión y una autoridad más o menos panfletaria, que estaría bien.

Perdona la lata. Pero de todas formas hacía mucho que no te escribía. Recibida y entregada la carta del hermano de Almeida.

Un saludo nacionalsindicalista y un abrazo.

¡Arriba España!

Salamanca, 18 de febrero de 1936

Camarada José Antonio Primo de Rivera, Jefe nacional de Falange Española.

Madrid.

Querido Jefe: Por si quieres dedicar unos minutos a estas líneas, con las que refuerzo nuestra charla, en tu automóvil, desde Plasencia a ésta, hace cinco noches, no resisto a la tentación de escribirte. Lo hago, claro está, invocando tu benevolencia y pensando que quizás en estos momentos difíciles que se presentan ante nosotros no resultará inconveniente que tú conozcas la opinión de quienes están en el rango de militantes probados.

Supongo que en algún sector de nuestro Movimiento, el hecho de haber logrado tan escasas votaciones y de no tener ningún acta cause desilusión y como desencanto. Urge que contra esa desmoralización, más o menos latente, se dirija en seguida tu acción. Debes interponer tu autoridad cerca de los tibios, de los desanimados, para que se rehagan. Y si no lo consigues, mandarlos a paseo. Y sobre todo, pensar que para nosotros es cierto que lo primero es la Acción. Y lo demás se nos dará, más pronto o más tarde, de añadidura.

Se nos ofrece una magnífica plataforma, que debemos aferrar cuanto antes, mejor hoy que mañana. La lucha contra el separatismo. Ciertamente que no podemos seguir por el camino zafio de un Royo y demás gente de su cuerda. Pero nuestra intransigencia sobre el particular debe desdeñar toda concesión liberal, toda atenuación. Hay que levantar un misticismo apasionado para oponérselo al de la chusma de Companys. Hoy y mañana, como en 1933, lo que más estremece y cala en lo hondo de España es el temor a verse despedazada. Contando con la ayuda de la estupidez de la gente de la Esquerra, podremos conseguir que grandes masas vengan tras de nosotros. De ahí que crea que, apenas descanses unos días, haya que organizar mítines donde se pueda, para protestar de la reintegración del Estatuto y de las facultades autonómicas de Cataluña. Y estar vigilantes, si es preciso con una conducta implacable, para que ni en el Parlamento ni en parte alguna puedan Ventura Gassols y otros de su calaña infamar a la Patria.

Estoy seguro de que sabrás en este particular levantar a la Falange y a una poderosa corriente de opinión, poniéndonos a todos al servicio de España, tal como la deseamos y soñamos.

Estaría bien ahora, antes de que acaso nos declaren fuera de la ley si viene un Gobierno de izquierdas —atención al artículo de "El Socialista" de hoy—, que lanzaras un manifiesto, procurando su máxima divulgación, ratificando nuestra posición en los problemas más importantes de la hora: antiparlamentarismo (y perdona que use por una vez el anti), aspiración a la justicia social, intransigencia respecto a los demás grupos, etc. No se sabe a estas horas—al menos por aquí—a quién corresponde el triunfo electoral, ni si la mayoría es del Frente Popular o del resto de los partidos. Pero sea lo que fuere, no cabe duda que la obra del populismo queda tronchada. Se

iniciará ahora su curva descendente, máxime si no pasa a la oposición. Y eso hará que grandes masas agrarias y de la clase media se encuentren sin saber dónde irse a cobijar. Si sabemos nosotros explotar ese desencanto, a lo largo de unos meses, podríamos ver canalizada hacia nuestra turbina parte de esas fuerzas.

Perdona si te dirijo esta carta sin que tú hayas pedido conocer mi opinión. Pero un impulso irreprimible me ha guiado a hacerlo. Lo más que aspiro es a que logres superar las dificultades que se nos echan encima, no concediendo nada a los titubeos, porque en contra de lo que opinen los cortos de vista, para nosotros el camino está claro.

Sin perjuicio de cumplir tus órdenes como siempre, te ruego que en esta ocasión aceptes el reconocimiento de mi subordinación a la Falange y a ti.

Un saludo nacionalsindicalista.

¡Arriba España!

Madrid, 21 de febrero de 1936

Falange Española de las J. O. N. S.—Jefatura nacional.

Instrucciones a todas las Jefaturas territoriales, provinciales y de las J. O. N. S. ante las circunstancias políticas.

El resultado de la contienda electoral no debe, ni mucho menos, desalentarnos. La Falange luchaba simplemente, como ya sabéis todos, para aprovechar la magnífica ocasión de propaganda y ejercicio que se le ofrecía. No esperaba obtener puesto alguno, inasequible con una ley electoral que sólo los asigna a las dos candidaturas más fuertes; pero le urgía señalar, con una clara actitud de independencia, su falta de todo compromiso, y aun de toda semejanza, con los partidos de derecha. Esta finalidad ha sido conseguida con creces; nuestras candidaturas han sido perseguidas; no pocos votos nos han sido robados; hasta última hora se han puesto en circulación, de mala fe, rumores de retirada; pero, a costa de tales adversidades, hemos podido afirmar con más limpidez que nunca la línea inconfundible, nacionalsindicalista, anticapitalista y revolucionaria de nuestro Movimiento. Planteada prácticamente la lucha entre derechas e izquierdas, su resultado nos era extraño. Dos años de gobierno y Parlamento derechistas habían demostrado la absoluta esterilidad de tal sector. Las derechas, como tales, no pueden llevar a cabo ninguna obra nacional porque se obstinan en oponerse a toda reforma económica y con singular empeño a la reforma agraria. No habrá nación mientras la mayor parte del pueblo viva encharcado en la miseria y en la ignorancia, y las derechas, por propio interés, favorecen la continuación de este estado de cosas. En cambio, las izquierdas, hoy reinstaladas en el Poder, cuentan con mucho mayor desembarazo para acometer reformas audaces. Falta sólo saber si sabrán afirmar enérgicamente su carácter nacional y si se zafarán a tiempo de las mediatizaciones marxistas y separatistas. Como esto se logre, como al brío revolucionario en lo social se una el mantenimiento de una alta temperatura espiritual española, acaso el período de gobierno de izquierdas se señale como venturoso para nuestra Patria. Son muchas las dificultades y, por consecuencia, los riesgos de fracaso; pero mientras las fuerzas gobernantes no defrauden el margen de confianza que puede depositarse en ellas, no hay razón alguna para que la Falange se deje ganar por el descontento.

* * *

Una de las consecuencias más previsibles de la nueva situación política es la llegada en masa a nuestras filas de personas procedentes de otros partidos, señaladamente de los de derecha. Este incremento, por una parte apetecible, nos pone en peligro de deformación si permitimos que los nuevos núcleos, formados en doctrinas y estilos bien diferentes a los nuestros, aneguen nuestros cuadros. Todos los jefes territoriales, provinciales y de las J. O. N. S. cuidarán,

ahora más que nunca, de mantener la línea ideológica y política del Movimiento, en forma de impedir a todo trance su confusión con los grupos de derecha.

* * *

Para precisión del criterio contenido en los anteriores párrafos se formulan las siguientes instrucciones concretas:

1.a Los jefes cuidarán de que por nadie se adopte actitud alguna de hostilidad hacia el nuevo Gobierno ni de solidaridad con las fuerzas derechistas derrotadas. Nuestros Centros seguirán presentando el aspecto sereno y alegre de los días normales.

2.a Nuestros militantes desoirán terminantemente todo requerimiento para tomar parte en conspiraciones, proyectos de golpe de Estado, alianzas de fuerzas "de orden" y demás cosas de análoga naturaleza.

3.a Se evitará todo incidente, para lo cual nuestros militantes se abstendrán en estos días de toda exhibición innecesaria. Ninguno deberá considerarse obligado a hacer frente a manifestaciones extremistas. Claro está que si alguna de éstas intentara el asalto de nuestros Centros o la agresión a nuestros camaradas, unos y otros estarían en la obligación estricta de defenderse con la eficacia y energía que exige el honor de la Falange.

4.a A los que soliciten el ingreso en nuestras filas y se hallen en situación económica acomodada se les deberá exigir una cuota no inferior a 15 pesetas.

5.a De ninguna manera se conferirán puestos de mando a los afiliados de nuevo ingreso, en tanto no lleven por lo menos cuatro meses en la Falange y hayan acreditado suficientemente completa compenetración con su estilo y doctrina.

* * *

De momento, no hay más advertencias que formular. La consigna para todos puede ser ésta: serenidad, confianza en el mando y fe inquebrantable en los destinos de nuestro Movimiento.

¡Arriba España!

Madrid, 21 de febrero de 1936.—El Jefe nacional, José Antonio Primo de Rivera.—
(Firmado.)

Circular a todas las Jefaturas territoriales, provinciales y de las J. O. N. S.

Camaradas: Pese a las persecuciones y al silencio a que nos sujeta el estado de alarma, nuestro Movimiento crece por todas partes con entusiasmo incontenible. Ya esta Jefatura ha adoptado las medidas precisas para que, poco a poco, aprovechando todos los resquicios de oportunidad, se vaya rehaciendo en todas partes la red de nuestros mandos, rota en algunos sitios por el encarcelamiento de millares de militantes. Por otra parte, se está penetrando en capas de la sociedad española donde nuestra propaganda, hasta hace poco, había calado insuficientemente. Pronto llegarán a todas partes los efectos de esta tarea de reconstrucción, y en cuanto pasen los días del atropello inútil en que una autoridad torpe se desgasta, renacerá nuestro Movimiento con redoblado brío, para rabia y confusión de nuestros perseguidores.

Como consigna inmediata, a reserva de las órdenes e instrucciones que vayáis recibiendo, permaneced en vuestro sitio sin desmayo, y reanudad en cuanto podáis la comunicación con vuestros inmediatos jefes. Y ahora, una advertencia especial:

Andan por España algunas personas que, especulando con nuestras actuales dificultades de comunicación, aseguran a nuestros militantes que se han concertado fusiones o alianzas con otros partidos. Terminantemente: NO LES HAGÁIS CASO. No se ha llegado a pacto alguno con nadie. Quienes lo propagan sólo aspiran a aprovecharse de nuestro incremento en favor de

agrupaciones en eclipse. Si algún día nuestro Movimiento pactara con alguien, llegará a vosotros la noticia directamente, al través de nuestra jerarquía interna. NINGÚN RUMOR QUE NO LLEGUE POR EL CONDUCTO ORGÁNICO DE NUESTRAS JEFATURAS DEBE MERECER EL MENOR CRÉDITO.

¡Arriba España!

Madrid, 13 de mayo de 1936.—El Jefe nacional.

18 de mayo 1936

José Antonio Primo de Rivera, abogado. -Serrano, 86. Madrid.—Teléfono 61993. Cárcel Modelo, 18 de mayo 1936. A Francisco Bravo.

Querido camarada y amigo: Mil gracias por tu carta, no sólo por lo que tiene para mí de afectuosa, incluso ante el dolor familiar por la muerte de mi pobre primo Andrés, sino por el testimonio que me trae de vuestro admirable espíritu en la prisión. Podemos, en realidad, estar contentos: nunca ha habido organización política que haya padecido persecución tan intensa, y nunca tampoco ha conservado ninguna organización en trance semejante nuestro garbo, nuestra unión y nuestra eficacia revolucionaria. Esto último, sobre todo, es sorprendente. La hemos mantenido desde el primer día, y la mantenemos intacta, contra todo, como no se ha visto nunca. Por eso la gente empieza a venir a nosotros. Ya verás qué buena cosecha de camisas azules, como tú dices, tan pronto como ceda un poco la persecución, y aunque no ceda.

Yo aquí trabajo constantemente y ya he montado un aparato de reorganización del partido, del que pronto tendrás muestra.

A todos los presos ahí—hazme el favor de decirlo a los demás—os abraza cordialmente vuestro camarada, José Antonio Primo de Rivera.—(Firmado.)

Prisión provincial de Alicante, 18 de junio de 1936

Francisco Bravo.

Querido camarada: Mil gracias por tu afectuosa carta, en nombre de mi hermano Miguel y en el mío.

Me alegra lo que me dices del incremento de nuestro partido y te ruego de la manera más apremiante que no regatees esfuerzo hasta lograr que todas las organizaciones locales estén estructuradas en escuadras y células, según mis instrucciones últimas. Es perfectamente realizable, y a ello aspiro, que ni un solo militante ande como una rueda loca, sino que todos estén inscritos en células y escuadras.

Creo que pronto llegarán ocasiones difíciles y decisivas. Espero, antes, hablarte con mayor detenimiento.

Un fuerte abrazo.

Un saludo fraternal a todos los camaradas, José Antonio Primo de Rivera.—(Firmado.)

¡Arriba España!

El último manifiesto de José Antonio

Terminada ya la composición de este libro, el autor recibió una copia del original del último manifiesto de José Antonio, fechado el 17 de julio en la Cárcel de Alicante, y que no pudo ser distribuido públicamente ante el estallido de la guerra civil. Por su interés histórico lo reproducimos.

Dicho documento, del que se suponía no quedaría ningún ejemplar, fué conservado por un camarada que sobrevivió en Madrid a la persecución roja, y decía así:

"Un grupo de españoles, soldados unos y otros hombres civiles, que no quiere asistir a la total disolución de la Patria, se alza hoy contra el Gobierno traidor, inepto, cruel e injusto que la conduce a la ruina.

Llevamos soportando cinco meses de oprobio. Una especie de banda facciosa se ha adueñado del Poder. Desde su advenimiento no hay hora tranquila, ni hogar respetable, ni trabajo seguro, ni vida resguardada. Mientras una colección de energúmenos vocifera—incapaz de trabajar—en el Congreso, las casas son profanadas por la Policía (cuando no incendiadas por las turbas), las iglesias entregadas al saqueo, las gentes de bien encarceladas a capricho, por tiempo ilimitado; la ley usa dos pesos desiguales: uno para los del Frente Popular, otro para quienes no militan en él; el Ejército, la Armada, la Policía son minados por agentes de Moscú, enemigos jurados de la civilización española; una Prensa indigna envenena la conciencia popular y cultiva todas las peores pasiones, desde el odio hasta el impudor; no hay pueblo ni casa que no se halle convertido en un infierno de rencores; se estimulan los movimientos separatistas; aumenta el hambre; y por si algo faltara para que el espectáculo alcanzase su última calidad tenebrosa, unos agentes del Gobierno han asesinado en Madrid a un ilustre español, confiado al honor y a la función pública de quienes le conducían. La canallesca ferocidad de esta última hazaña no halla par en la Europa moderna y admite el cotejo con las más negras páginas de la Checa rusa.

Este es el espectáculo de nuestra Patria en la hora justa en que las circunstancias del mundo la llaman a cumplir otra vez un gran destino. Los valores fundamentales de la civilización española recobran, tras siglos de eclipse, su autoridad antigua. Mientras otros pueblos que pusieron su fe en un ficticio progreso material ven por minutos declinar su estrella, ante nuestra vieja España misionera y militar, labradora y marinera, se abren caminos esplendorosos. De nosotros los españoles depende que los recorramos. De que estemos unidos y en paz, con nuestras almas y nuestros cuerpos tensos en el esfuerzo común de hacer una gran Patria. Una gran Patria para todos, no para un grupo de privilegiados. Una Patria grande, unida, libre, respetada y próspera. Para luchar por ella rompemos hoy abiertamente contra las fuerzas enemigas que la tienen secuestrada. Nuestra rebeldía es un acto de servicio a la causa española.

Si aspirásemos a reemplazar un partido por otro, una tiranía por otra, nos faltaría el valor—prenda de almas limpias—para lanzarnos al riesgo de esta decisión suprema. No habría tampoco entre nosotros hombres que visten uniformes gloriosos del Ejército, de la Marina, de la Aviación, de la Guardia civil. Ellos saben que sus armas no pueden emplearse al servicio de un bando, sino al de la permanencia de España, que es lo que está en peligro. Nuestro triunfo no será el de un grupo reaccionario, ni representará para el pueblo la pérdida de ninguna ventaja. Al contrario: nuestra obra será una obra nacional, que sabrá elevar las condiciones de vida del pueblo—verdaderamente espantosas en algunas regiones—y le hará participar en el orgullo de un gran destino recobrado.

¡Trabajadores, labradores, intelectuales, soldados, marinos, guardianes de nuestra Patria: Sacudid la resignación ante el cuadro de su hundimiento y venid con nosotros por España una, grande y libre! ¡Que Dios nos ayude! ¡Arriba España!

Alicante, 17 de julio de 1936.—José Antonio Primo de Rivera."